

**Fernando Sánchez Marcos. *Tendencias historiográficas actuales*, 2009, 92 pp. Publicado online en <http://www.culturahistorica.es>**

I. LAS CONCEPCIONES TEÓRICAS Y LAS TRADICIONES PROFESIONALES QUE CONFORMABAN EL MODELO HISTORIOGRÁFICO DOMINANTE EN EL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XX.

Durante el primer tercio del siglo XX, hasta la renovación historiográfica producida con la creciente influencia de la “Escuela” de *Annales*, en todo el mundo occidental -nuestro ámbito fundamental de referencia- en la historiografía académica dominaba un modelo básico (Antiguo Régimen historiográfico) cuyas características comunes y aspectos diferenciales en los distintos países me propongo esbozar. He aquí un rápido y eficaz retrato de este modelo, en la pluma de uno de los hombres de *Annales*: «una historia que no descuida el relato, atenta a las grandes figuras, a los destinos ejemplares, a la suerte de las naciones y de los imperios»<sup>1</sup>. Una Historia de dominante política, hecha a partir de una cuidadosa crítica de fuentes -fundamentalmente textos-, vista desde arriba, ritmada por los grandes -y no tan grandes- acontecimientos.

Una Historia a la que el dueto fundador de la revista *Annales*, especialmente el combativo Lucien Febvre, y muchos otros después tras él, descalificarán como “historizante” y “événementiel”. Aunque no ha faltado alguna obra que, en cierto modo, ha reivindicado recientemente las aportaciones de esa denostada generación de Lavisser, Langlois y Seignobos<sup>2</sup>.

Las heterogéneas influencias teóricas que convergían en el modelo historiográfico tradicional, que perduró largo tiempo en las universidades

---

<sup>1</sup> Chaunu, Pierre: *Histoire et décadence*, Ed. Perrin, París, 1981, p. 1 (traducción personal).

<sup>2</sup> En concreto Boer, P. de: *Geschiedenis al beroep. De professionalisering van de geschiedbeoefening in Frankrijk, 1818-1914* (Le métier de l'historien. La professionnalisation de l'histoire en France), Nimega, 1987. (Recensión de esta obra en *Storia della Storiografia*, n. 17, 1990).

europas, han sido descritas por A. Eiras Roel, no sin forzar quizás algo los rasgos, desde una perspectiva afín también a *Annales*, hace ya algunos años<sup>3</sup>. Esas influencias teóricas eran a) el objetivismo y la aparente ingenuidad epistemológica de Ranke («las cosas tal como sucedieron», «wie es eigentlich gewesen ist») que enlaza con el Positivismo comtiano, b) el legado historicista que prima la fugacidad e irrepitibilidad del objeto histórico, el estudio de los personajes y las élites gobernantes, y c) el Nacionalismo que se sirve de la teoría del *Volkgeist* de Herder, según la cual el espíritu distintivo de cada pueblo impregna todas sus manifestaciones culturales y su evolución política. Una conjunción pues del Historicismo clásico alemán, encarnado por Ranke<sup>4</sup>, el Idealismo hegeliano y el Positivismo comtiano. En cualquier caso, y pese a todas las limitaciones reales de la Historia tradicional, deben hacerse, como mínimo, unas cuantas matizaciones a esta esquematización:

1) En primer lugar el valor y la importancia de la metodología de la crítica de fuentes (especialmente de las fuentes “literarias”) manifestada en obras que aún pueden leerse con provecho. Me refiero a las clásicas “Introducciones a los Estudios Históricos” de fines del siglo XIX o principios del XX, como las de Langlois y Seignobos, en Francia, o de Bauer, en Alemania. Es algo ya asumido y no es necesario insistir en ello.

2) Por otra parte, hay que reconocerle al Historicismo clásico que tiene tras de sí una teoría epistemológica nada desdeñable; al menos a partir de la gran obra de Wilhelm Dilthey *Einleitung in die Geisteswissenschaften* (1883)<sup>5</sup>. En ella se

---

<sup>3</sup> Eiras Roel, Antonio: “La enseñanza de la historia en la Universidad”, en AA.VV.: *Once ensayos sobre la historia*, Fundac. Juan March, Madrid [1976]. Contiene un breve y claro epígrafe sobre ‘La historia tradicional, ¿una historia periclitada?’ (pp. 189-201).

<sup>4</sup> Con ocasión del primer centenario de su muerte, en 1986 se celebró en Syracuse (USA) un importante congreso que reunió a la mayoría de las autoridades en historiografía germánica, para estudiar la influencia de Ranke en la ciencia histórica y su contexto. (Véase *Storia della Storiografia*, n. 12, 1987, pp. 137-147).

<sup>5</sup> La traducción castellana clásica es Dilthey, W.: *Obras*, vol. 1 “Introducción a las ciencias del espíritu”, F.C.E., México, 1949. Por la especificidad e imposibilidad de traducir unívocamente este término, le pedí al Prof. Iggers que redactase una nota aclaratoria del mismo para la traducción castellana de su obra (Iggers, G.: *La ciencia...*, 1995, p. 15). Hela aquí: «*Geisteswissenschaft*: ciencia cultural o ciencia humana (en plural *Geisteswissenschaften*). No es posible una traducción literal del término *Geist* al español (como tampoco al inglés, al francés o al italiano). *Geist* indica una comprensión de la conciencia humana y se diferencia tanto de “mente” como de “espíritu”. “Mente”, tal como ha sido usado en la psicología y la filosofía

reivindica la especificidad y la importancia del conocimiento histórico, como un tipo de conocimiento científico que es diferente del que podemos lograr del mundo natural. El hombre construye una Historia, puede comprender (*verstehen*) una realidad humana del pasado e identificarse con ella porque él mismo es histórico. Porque su individualidad existencial, vital, su devenir resulta de la encrucijada de unos sistemas culturales. Así, por su inserción en estos, en una comunidad de lengua, en una comunidad nacional que se despliega en el tiempo, etc., el historiador, como ser humano, a la vez que se autocomprende, aprehende realidades que sobrepasan su individualidad, que tienen cierta universalidad, pues, en último término, Dilthey no niega una común condición o naturaleza humana<sup>6</sup>. Esta interpretación de Dilthey del conocimiento histórico desarrolla la gran intuición de Vico, según el cual el hombre puede pensar la naturaleza pero sólo puede entender verdaderamente realidades que tengan su misma textura vital: las del mundo histórico, fruto de su acción. No en vano se hace hoy una reivindicación, desde la nueva izquierda italiana iconoclasta, del “Neohistoricismo crítico”.

3) Por último, y tal como ha explicado Georg G. Iggers, en ese modelo historiográfico, básicamente común, que tiene su matriz en el Historicismo clásico alemán, pueden distinguirse notorias diferencias. En el caso alemán, especialmente en Prusia, en una universidad muy elitista -en el interior de un estado bastante autoritario, insuficientemente modernizado desde el punto de vista político- (el famoso *Sonderweg* o trayectoria especial alemana), había una cesura entre los historiadores académicos y el público culto mayor de la que existía en Francia donde, por otra parte, se daba una mayor variedad y confrontación

---

asociacionistas británicas, tiene connotaciones racionales, mientras que *Geist* sugiere que es posible el conocimiento intuitivo. La filosofía idealista alemana emplea *Geist* para referirse no sólo a la conciencia individual, sino también al “espíritu” de una entidad colectiva o una época, el cual se encarna en las instituciones sociales y culturales concretas. El término *Geisteswissenschaft* implica que es posible el estudio científico y riguroso de las sociedades y culturas humanas pero que este estudio, a causa del énfasis que pone en el sentido o en el significado, difiere de las ciencias naturales, cuyo tema u objeto de estudio está desprovisto de sentido. El objetivo de las *Geisteswissenschaften* es el *verstehen* (comprender), *captar* el sentido en su concretitud, mientras que el de las ciencias naturales es la explicación en términos abstractos y cuantitativos».

<sup>6</sup> Para una ampliación de este tema véase la profunda obra de Raymond Aron, *La philosophie critique de l'histoire. Essai sur une théorie allemande de l'histoire*, París, 1969 (reimpresión del texto de 1934-35), pp. 86-88.

político-ideológica entre los historiadores, con una predominancia de la interpretación política liberal.

Por su parte, F. Dosse, en su capítulo sobre la “prehistoria de Annales”<sup>7</sup>, dedica unas sabrosas páginas a la “Era Lavisse”<sup>8</sup>, con estadísticas muy reveladoras sobre el francocentrismo<sup>9</sup> y la dominancia de la Historia política, y algunas expresiones felices en mi opinión. Así, cuando afirma que la Historia entre 1870 y 1914 llega a convertirse en el aperitivo de la movilización general patriótica, para una generación traumatizada por Sedán. «La escuela historicista francesa parece haber captado bien la doctrina científicista de Ranke con tal de adquirir la eficacia alemana, manifestada en el desastre que supuso para Francia 1870». Estamos muy lejos pues del Europeísmo como hoy lo entendemos. También contrasta la seguridad que había entonces en la aportación que la civilización de los países europeos realizaba al mundo, con la proclividad hacia un relativismo cultural absoluto que hoy constatamos en Europa. Hay por medio sin duda las vivencias históricas, algunas terribles, de nuestro siglo XX.

---

<sup>7</sup> Dosse, François: *La historia en migajas*, Ed. Alfons el Magnànim, Valencia, 1988 (1987), p. 39.

<sup>8</sup> El *Petit Lavisse* publicado en 1884 alcanza su edición n.º 75 en 1895.

<sup>9</sup> Según Alain Corbain, el 54,14% de los artículos de la *Revue historique*, desde su nacimiento en 1876 hasta 1926, trataron sobre historia de Francia.

## II. LA RENOVACIÓN HISTORIOGRÁFICA EN TORNO A LA REVISTA ANNALES: SUS CLAVES, SU INFLUENCIA Y SUS AMBIGÜEDADES

### *II.1. ANNALES: MÁS QUE UNA REVISTA, MENOS QUE UNA DOCTRINA*

Marc Bloch y Lucien Febvre (los hombres que fundaron la revista *Annales* en el Estrasburgo de entreguerras en 1929) y los que después se han considerado sus discípulos se niegan a hablar de escuela. Con todo, no cabe duda que, al menos en sentido lato, y por la necesidad de orientación y simplificación, en la práctica ha acabado considerándose como una escuela a quienes comparten el talento y el *esprit* que ha animado esa revista. Una escuela, en todo caso, con perfiles inciertos y cambiantes, como veremos. Una escuela que muestra una importante vitalidad durante, al menos, tres generaciones<sup>10</sup>. De esa “escuela” que significa en cierto modo *La revolución historiográfica francesa*<sup>11</sup>, se ha escrito ya su historia, tanto desde dentro como desde fuera. Disponemos también de importantes monografías sobre sus figuras clave, especialmente el dueto de Estrasburgo y Fernand Braudel, y está en curso de publicación el epistolario de los fundadores de la revista que le ha dado nombre<sup>12</sup>.

Sin duda, como ha escrito alguien, *Annales* es más que una revista y menos que una doctrina. Lo primero es obvio; en cuanto a lo segundo, basta pensar en el acusado contraste ideológico que puede percibirse, por ejemplo entre Pierre Vilar (marxista) y Pierre Chaunu (cristiano y liberal), para constatar el amplio margen de indefinición que hay entre los historiadores vinculados a ella. Entre esas dos piedras (*pierres*) ha existido durante más de medio siglo un ancho puente por el que han transitado gran número de historiadores, no sólo franceses. Por otra parte, los numerosos cambios en el subtítulo de la revista y el propio título “Historia

---

<sup>10</sup> En el debate sobre la Escuela de los *Annales* que tuvo lugar en el *16 Congrès International des Sciences Historiques* (Stuttgart, 1985), Pietro Rossi subrayó el llamativo contraste entre sus grandes logros en la práctica y la relativa pobreza de su construcción teórica.

<sup>11</sup> Este es el sugestivo y oportunista título del libro publicado por P. Burke, con el subtítulo *La Escuela de los Annales: 1929-1989* (ed. orig. inglesa, 1990; trad. cast., Barcelona, Gedisa, 1993).

<sup>12</sup> Müller, Bertrand (dir.): *Correspondance*, vol. 1. *1928-1933. Par Marc Bloch et Lucien Febvre*, Ed. Fayard, París, 1994. (Está previsto que a este sigan otros volúmenes).

abierta” (*Offene Geschichte*) que se ha dado a la traducción alemana del estudio de Burke sobre esta escuela<sup>13</sup>, son reveladores de esa indefinición. Una indefinición que ha constituido a la vez su grandeza y su debilidad.

Lo que me propongo a continuación es clarificar un poco las claves explicativas del nacimiento, auge y decadencia de esta escuela, así como sus ambigüedades y su profunda y extensa influencia.

Para empezar, recordemos algunos hitos cronológicos capitales que nos servirán también para organizar la exposición. En 1929 ve la luz en Estrasburgo, en la Alsacia de nuevo francesa desde 1914, el primer número de *Annales d'histoire économique et sociale*. Sus impulsores y fundadores fueron dos profesores de la Universidad de Estrasburgo: el medievalista Marc Bloch (1886-1944), muerto trágica y prematuramente en el combate contra el Nazismo, y el modernista Lucien Febvre (1878-1956). Este último logró, no sin alguna maniobra problemática, dar continuidad a la revista durante los años de la II Guerra Mundial, con el título de *Mélanges d'Histoire sociale*. Este dueto encarna, por antonomasia, aunque no pueda ser entendido aisladamente, la primera generación. Primera generación que se solapa con la figura extraordinaria, también por su talento de organizador, de Fernand Braudel, “el hombre de en medio” que obscurece por su protagonismo a los otros miembros coetáneos de la escuela como R. Mandrou<sup>14</sup>. Braudel sucedió a Febvre en 1957 como director único de la revista. Anteriormente, Braudel había publicado ya su celeberrima gran tesis *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* (1949). Pocos años antes, al terminar la Guerra, *Annales* había retomado su título originario y aparecía con el subtítulo que, hasta ahora, ha sido el más duradero: *Économies, Sociétés, Civilisations* (abreviado usualmente como *Annales. E.S.C.*). Simultáneamente, Braudel y Febvre habían logrado en 1946 un decisivo apoyo institucional: establecer en París y controlar un gran centro de investigación, la *VIème. Section de l'École Pratique des Hautes Études*, el cual irradiaría también fuera de Francia la influencia de *Annales*.

---

<sup>13</sup> Publicado en Berlín, 1991.

<sup>14</sup> Esta certera expresión, “el hombre de en medio”, la tomo de François Dosse: *La historia en migajas. De “Annales” a la “nueva” historia*, Ed. Alfons el Magnànim, Valencia, 1988, p. 160.

Desde 1970 se abre paso, y toma el relevo en la dirección colegiada de la revista, otra nueva generación, la tercera, aunque la figura majestuosa de Braudel continúa dominando entre bastidores el patronazgo y la proyección internacional. La nueva dirección estaba constituida por Marc Ferro, un contemporaneísta especialista en Rusia y en las relaciones entre Cine e Historia; Jacques Le Goff, medievalista; y Emmanuel Le Roy Ladurie quien, por su dedicación al Antiguo Régimen, mantenía la fuerte impronta modernista de la publicación. Pero esta troika no agota, ni de lejos, la nómina de grandes historiadores de esa tercera generación, entre la que podría incluirse además, por limitarnos por el momento sólo a Francia, a Georges Duby, Pierre Goubert, François Furet y Michel Vovelle, además de los ya mencionados Chaunu y Vilar.

Se ha sostenido, y me parece una tesis bastante plausible, que 1985, el año de la muerte de Braudel, el historiador sol, podría tomarse como hito simbólico de la desaparición como grupo articulado e influyente de la Escuela de *Annales*, pese a que la revista se siga editando y haya cambiado de nuevo de subtítulo en 1994. Este es ahora: *Annales: Histoire - Science Sociale*<sup>15</sup>.

Le dedicaremos una atención especial a esta Escuela de *Annales* por la importante renovación historiográfica que ha impulsado a escala mundial y su gran influencia en España. Algunas manifestaciones destacadas de esta última son el “temprano” y espléndido manifiesto fundacional<sup>16</sup> -inspirado por J. Vicens Vives<sup>17</sup> y sus colaboradores- de los *Estudios de Historia Moderna* (Barcelona, 1951) y, por señalar otro hito, el segundo y multitudinario congreso sobre “Metodología aplicada a las ciencias históricas”, celebrado en Santiago de Compostela en 1982 e impulsado por el Dr. Antonio Eiras Roel y sus discípulos. Casi todos los historiadores universitarios que estamos en edad madura hemos sido o somos en alguna medida *annalistes*. También por razones de hegemonía del francés como nuestra primera lengua de intercambio internacional.

---

<sup>15</sup> Este subtítulo coincide con el título de un libro de Pierre Chaunu: *Histoire, Science Sociale. La durée, l'espace et l'homme à l'époque moderne* (París, 1978; ed. cast., Ed. Encuentro, Madrid, 1986).

<sup>16</sup> Y recogido en parte en mi contribución en *Historia de la Historiografía española*, p. 15.

<sup>17</sup> Véase la correspondencia de Vicens Vives en Clara, J.; Cornellà, P.; Marina, F. ; y Simon, A (dirs.) : *Epistolari de Jaume Vicens*, vol. 1, Cercle d'Estudis Històrics i Socials, Gerona, 1994.

Otras dos razones complementarias para darle una cierta preeminencia a *Annales* son las siguientes: por un lado, porque como ya he indicado, muchas de las figuras más relevantes de esta escuela han trabajado en el ámbito de nuestra Edad Moderna, por motivos que ya mencionaré. También, porque su evolución a lo largo de tres generaciones nos permite captar cómo esa inquietud ínsita en el *esprit* de *Annales* se manifiesta en nuevas experiencias y tentativas, al compás de las coyunturas históricas inéditas, y deja su huella en los diferentes *looks* que ensaya Clío. Por ello, seguir la historia de *Annales* es, en buena medida, adentrarnos en las diversas dimensiones del debate teórico-metodológico de los últimos decenios en torno a la Historia.

## II.2. “AU BERCEAU DES ANNALES”: LA UNIVERSIDAD DE ESTRASBURGO EN LA COYUNTURA HISTÓRICA DE 1929

Más de una vez me he referido, en distintas obras, a la especial fertilidad de las tierras de encrucijada. Estrasburgo y la Alsacia de entreguerras son sin duda uno de los casos que abogan por esta tesis (Cataluña, otro). Tras su victoria sobre Francia en 1870, los alemanes crearon en Estrasburgo una universidad mimada, con excelentes profesores y bien provista biblioteca: la *Kaiser Wilhelm-Universität*. Allí, por ejemplo, Windelband enseñó y pronunció uno de los más celebres discursos sobre la Historia. Cuando Alsacia pasó a Francia, tras la I Guerra Mundial, la III República hizo un gran esfuerzo y la *Université de Strasbourg* se convirtió en la segunda universidad francesa por su prestigio. En ella enseñaban Marc Bloch y Lucien Febvre en 1929. El *milieu strasbourgeois* estaba animado por una rica vida intelectual interdisciplinaria, abierta, por ejemplo, a las enseñanzas de la geografía humana de Vidal de La Blache y a los enfoques sociológicos de F. Simiand<sup>18</sup>.

Por otra parte, tanto la fermentación ideológico-social, tras la Revolución Comunista en Rusia en 1917, como la tendencia al sufragio universal (al menos

---

<sup>18</sup> Ver Carbonell, Ch.-O.; y Livet, G. (dirs.): *Au berceau des Annales*, Toulouse, 1983. Contiene la comunicaciones leídas en un coloquio celebrado en Estrasburgo para conmemorar los 50 años de la fundación de la revista.



masculino) en el Occidente liberal, hacían más flagrante la necesidad de pensar la Historia en términos sociales más amplios que la Historia tradicional de las élites políticas. Además, los problemas y las variaciones de la coyuntura económica aparecían cada vez en una posición más relevante e invitaban a ensanchar en esa dirección una Historia adecuada a las nuevas realidades. Y tampoco podían ser insensibles los historiadores al ímpetu que había cobrado la filosofía vitalista en la época, representada, entre otros, por Bergson y Ortega y Gasset.

Sin duda había habido precedentes importantes, también en la propia Francia, de propuestas alternativas a la Historia política dominante en la Sorbonne. Basta pensar en la *Revue de Synthèse Historique* lanzada por H. Berr a principios de siglo o, más retrospectivamente, en los alegatos de Bodin y de Voltaire en favor de una Historia de la civilización.

Por otra parte, al menos según la interpretación retrospectiva del nacimiento de *Annales* que nos propuso Marc Ferro en su comunicación “Formes et fonctions du discours historique” (XVI CISH, 1985), *Annales* quiso expresar también una voluntad irénica, contra la excesiva ideologización de la Historia; fue una propuesta para superar las confrontaciones, como la estatista de Francia contra Alemania o la confesional de católicos contra protestantes. Según este punto de vista, en definitiva lo que *Annales* habría buscado es un discurso histórico más autónomo respecto a los diversos poderes o ideologías<sup>19</sup>. Siguiendo esta línea de pensamiento, así como Dosse ha hablado de Braudel como del “hombre de en medio”, por su centralidad en la escuela, la propia Escuela de *Annales* -soy yo el que concluyo ahora- podríamos denominarla la “escuela de en medio”, intermedia en el amplio espectro de las diversas tendencias ideológico-historiográficas.

### II.3. LOS DIFERENTES ASPECTOS DE LA RENOVACIÓN HISTORIOGRÁFICA QUE PROPUGNA LA PRIMERA GENERACIÓN DE ANNALES

---

<sup>19</sup> La intervención de M. Ferro como tal no ha sido publicada, pero esta idea de fondo es una de las que inspira su libro, editado ese mismo año, *L'histoire sous surveillance. Science et conscience de l'histoire* (Ed. Calman-Levy, París, 1985).

Bloch y Febvre compartían unas actitudes metodológicas y unas tendencias comunes en la manera de concebir y realizar el trabajo histórico. En buena parte, esas actitudes surgen como un intento de superar las deficiencias y limitaciones del “Antiguo Régimen” historiográfico, es decir, de la Historia tradicional, a la que, sobre todo Febvre, dedicó críticas punzantes y combatió de manera decidida. Sin embargo -recordemos: “menos que una doctrina”- los hombres de *Annales* no elaboraron una filosofía de la Historia explícita y formalizada, ni una antropología filosófica ni una sociología. Si algo caracterizó desde el principio a la escuela es su espíritu de insatisfacción y de búsqueda. Bien significativo de ese talante, desde la primera generación, son no sólo los cambios de subtítulo de la revista a los que antes ya me he referido sino también el título de un artículo de Lucien Febvre: “La vida, esa continua pregunta”<sup>20</sup>. Inmersos en un mundo cambiante, los *Annales* no tienen inconveniente en cambiar con él. Esta actitud fue subrayada ya por G. Barraclough en su famoso informe para la UNESCO sobre las “Tendencias actuales de la historia”. «Lo que conviene retener sobre todo a propósito de esta concepción nueva de la historia es que no buscaba imponer un nuevo dogma, ni una nueva filosofía de la historia, sino que invitaba al historiador a modificar su trabajo y sus métodos; no le ligaba a una teoría rígida, sino que le abría nuevos horizontes»<sup>21</sup>. Hablando en términos generales, la preocupación central de Bloch y Febvre consistía en ampliar la visión del historiador y dar a la Historia una mayor profundidad y una mayor amplitud de campo.

Dada la ausencia de corpus teórico articulado (ni Febvre ni Bloch escribieron una *Historik* a lo Droysen), los diferentes aspectos de la propuesta de *Annales* hemos de deducirlos o bien de sus trabajos más significativos, a nivel conceptual, o bien de la praxis que reflejan sus monografías de investigación. Entre los primeros cabe citar, aparte del breve manifiesto fundacional de la revista, la recopilación de artículos de Febvre *Combats pour l'histoire*, cuya primeras ediciones francesas son de 1949 y 1953<sup>22</sup>, y el pequeño gran libro de

---

<sup>20</sup> Febvre, L.: *Combates por la historia*, Ed. Ariel, Barcelona, 1970, p. 73.

<sup>21</sup> Barraclough, G.: *Tendances actuelles de l'histoire*, vol. 2, p. 75, Ed. Flammarion, París. (Ed. cast., *Tendencias de la investigación en ciencias sociales*, Ed. Tecnos-UNESCO, Madrid, 1981).

<sup>22</sup> En *Combates por la historia* se incluye “De cara al viento. Manifiesto de los nuevos “Anales”” [de 1946], en que aparecía el nuevo subtítulo E.S.C. (pp. 59-71).

Bloch, inacabado por su trágica muerte, *Apologie pour l'Histoire ou Métier d'historien*, publicado póstumamente en 1949. Dejo aparte deliberadamente, por ahora, las contribuciones específicas de Braudel, en una segunda etapa, de las que, por su acusada personalidad, merece la pena que nos ocupemos también de modo diferenciado.

En cuanto al planteamiento epistemológico, hay una propuesta de cambio de enfoque, en sentido antirankeano. Se enfatiza el papel activo del historiador en la construcción no sólo de la interpretación, sino del propio “hecho histórico”. El hecho histórico, como algo dado sustancialmente, no existe. Los documentos, las antes veneradas fuentes históricas, sólo dan respuesta a los problemas que el historiador previamente se ha planteado. Se postula pues una Historia conducida por hipótesis y por problemas, y se cuestiona “la vieja doctrina de las dos operaciones” consecutivas: primero establecer los hechos; después, interpretarlos.

¿De dónde surgen esas hipótesis y esos problemas, ese cuestionario con el que el historiador sale en búsqueda de los vestigios del pasado? En la respuesta a esta pregunta nos aparece otra dimensión capital, anteriormente ya mencionada, de la propuesta de *Annales*: el subrayar la conexión con el presente y el sentido vitalista del trabajo del historiador. Es desde el presente, zambulléndose en las complejidades de la vida, como el historiador configura ese cuestionario. Marc Bloch acuñó una expresión célebre para subrayar la continuidad solidaria del proceso histórico, que es todo un lema de esa primera generación: “explicar el presente por el pasado, explicar el pasado por el presente”. La primera tesis de este binomio pertenece al patrimonio común de casi todas las actitudes historiográficas; la segunda confluye con la famosa expresión de B. Croce de que toda Historia es en el fondo Historia contemporánea. El presente puede ayudar al historiador en la comprensión del pasado mediante dos vías: por una parte, puede suscitarle interrogantes y temas; por otra, las propias vivencias inmediatas del historiador le proporcionan hipótesis y claves explicativas. Naturalmente, esas vivencias, en buena medida, son vivencias comunes a los grupos sociales de los que forma parte.

Estas convicciones respecto a la proyección del presente en la tarea del historiador enlazan con una afirmación que ya había realizado Bodin en su

*Methodus* de 1566: para comprender verdaderamente una realidad el historiador necesita haber tenido experiencias análogas a las que estudia. Por otro lado, varios teóricos de la Historia de la Historiografía actuales, como Jörn Rüsen e Irmline Veit-Brause, han subrayado la importancia que tienen las “experiencias formativas” de un individuo o de una generación en la remodelación de sus lecturas del pasado. Pues el conocimiento histórico no es una actividad meramente intelectual, sino que tiene también una fuerte impregnación pragmática.

Otra de las aspiraciones capitales en Bloch y Febvre era la unidad de la Historia con las demás ciencias del hombre. En palabras de P. Vilar, ellos «combatían contra las barreras entre disciplinas, en favor de una relación orgánica entre Historia, Economía, Geografía, Sociología, por tanto en favor de la unidad de la materia y de la reflexión histórica». Chaunu corrobora por su parte esta idea, cuando escribe que la gran innovación que se produce a partir de 1929 es el acoplamiento que se produce entre las ciencias humanas del presente y los diversos aspectos de la Historia. Aunque debo matizar que esta tendencia no se circunscribe desde luego a la Escuela de *Annales*, esta la impulsará decididamente.

Ya he mencionado antes el clima interdisciplinar de la Universidad de Estrasburgo en los años anteriores a 1929, que sella la trayectoria intelectual de los fundadores de *Annales*. A las referencias antes mencionadas cabría añadir la influencia de la Escuela sociológica de Émile Durkheim (1858-1917), a través de Simiand. Durkheim<sup>23</sup> concebía la Sociología como una ciencia en buena parte empírica que se ocupaba de la totalidad de los fenómenos sociales, entre los cuales consideraba muy importante la conciencia colectiva. De hecho, la sensibilidad por el estudio de la mentalidad o conciencia colectiva queda clara en algunas de las monografías de los fundadores de *Annales*. Bloch había trabajado en ese dominio en su célebre *Les rois thaumaturges* (1924), y Febvre en su estudio sobre *Le problème de l'incroyance au XVIème siècle: la religion de Rabelais* (1942). Aunque Braudel, en la generación siguiente, fuera muy poco sensible a estos temas, serán retomados e impulsados en la tercera generación, en

---

<sup>23</sup> Durkheim, É.: *Reglas del método sociológico*, 1894.

la que se le concede gran importancia a la Historia de las mentalidades, como veremos, en conexión con la primacía que va cobrando la Antropología como interlocutor privilegiado de la Historia.

En definitiva, potenciando este diálogo de la Historia con las diferentes ciencias sociales, lo que Bloch y Febvre pretenden es ampliar el objeto de estudio histórico. Por una parte, integrando otras dimensiones, además de la política, en el acercamiento a la realidad humana. Van en pos de una Historia total, una *histoire à part entière*<sup>24</sup>. Una aproximación a esta *histoire totale* había sido ya intentada tempranamente por Febvre en su tesis sobre *Philippe II et la Franche-Comté. Étude d'histoire politique, religieuse et sociale*, en el que se propone estudiar «la vida interna de una individualidad política: el Franco-Condado, durante uno de los periodos *les plus vivantes* de su historia»<sup>25</sup>. No es difícil rastrear en la tesis de Febvre la huella de Michelet. Para hacer asequible el objetivo de comprender interrelacionadamente las diferentes dimensiones históricas, Febvre, como otros muchos hombres de *Annales* después, acota un ámbito político-geográfico reducido y bastante abarcable, una región (con una acusada personalidad diferencial histórica en este caso).

Ya he mencionado el aspecto de las mentalidades. Aún más explícita en los objetivos de *Annales* es la integración de la dimensión económica. No en vano la primera denominación de la revista es *Annales d'histoire économique et sociale* y el propio Bloch escribió en ese dominio una obra importante y ya clásica dos años después de la fundación de la revista: *Les caractères originaux de l'histoire rurale française* (1931)<sup>26</sup>.

La ampliación del objeto histórico propugnada por el dueto de Estrasburgo se orienta también en otro sentido. Además de nuevas dimensiones, nuevos protagonistas. Frente a la Historia centrada en las grandes individualidades y en

---

<sup>24</sup> El gran humanista valenciano J. L. Vives y los teóricos de la *histoire parfaite* francesa de la segunda mitad del siglo XVI habían preconizado ya esa misma Historia integral o de la civilización.

<sup>25</sup> Reedición por Ed. Flammarion, París, 1970 (con prólogo de F. Braudel), p. 70.

<sup>26</sup> Trad. cast., *Historia rural francesa*, Ed. Crítica, Barcelona, 1978.

las élites gobernantes, la aspiración ahora es estudiar y comprender la vida del hombre común.

Este interés por el hombre común, que aparece claramente marcado ya en el programa fundacional y en cierta medida en las obras de Bloch y Febvre, conducirá, especialmente en la segunda y en la tercera generación de *Annales*, como veremos, al empleo de la cuantificación y de la Estadística. Una utilización que no se limitará sólo, aunque comience por la Demografía y la Economía, a establecer tasas demográficas y la evolución de las rentas y los precios, sino que se elevará después (del sótano al desván) hasta el tercer nivel de las actitudes mentales. Por otra parte, este ensanchamiento del protagonismo en la Historia a nuevos grupos humanos sintoniza con la *history from below* (Historia desde abajo) tan cara a los marxistas británicos. Y converge también con el énfasis en *die kleine Leute* (la gente común) que pone la reciente *Alltagsgeschichte* (Historia de la vida o, mejor, de la experiencia cotidiana) alemana.

El ensanchamiento de horizontes y perspectivas historiográficas que *Annales* propugna tiene un aspecto complementario y coherente con las dimensiones ya mencionadas en la ampliación del concepto de fuentes, superando el fetichismo del texto documental clásico, el escrito. La Historia -escribe Febvre en un pasaje que se ha hecho clásico y en el que esboza un difícil ideal- ha de hacerse utilizando todo tipo de vestigio que proceda de la actividad humana: lenguaje, signos, formas del paisaje, sistemas de repartición de la tierra, brazaletes, colleras de los caballos, espadas... Todo lo que pueda significar algún indicio de la actividad humana. En realidad, esta propuesta ya la estaban llevando a cabo los historiadores del mundo antiguo; en boca de Febvre esta reivindicación era un testimonio más de su actitud interdisciplinar. No se echaría después del todo en saco roto. Basta pensar en la apelación a las complejas técnicas dendrocronológicas por parte de Le Roy Ladurie, como fuentes y método para el estudio del clima. Estas técnicas dendrocronológicas se basan en el cuidadoso análisis del diferente espesor de los anillos de los troncos de los árboles centenarios.

II.4. «LA MÉDITERRANÉE» Y LAS APORTACIONES A LA CONCEPCIÓN DE LA HISTORIA DE BRAUDEL (1902-1985), EN LA SEGUNDA GENERACIÓN DE «ANNALES»

Se ha dicho que hay una historiografía antes y después de la publicación por Fernand Braudel, en 1949, de su gran tesis *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II* (2.<sup>a</sup> ed. ampliada, 1966). No sin razón. Tal vez Braudel sea el historiador que mayor proyección e influencia internacional ha tenido en el siglo XX. Tanta que sería tedioso enumerar todas las traducciones de esta obra a otras lenguas, así como los reconocimientos académicos -doctorados *honoris causa*- que recibió en vida. Sí merece la pena destacar que en Nueva York se ha creado un *Fernand Braudel Historical Center*, que dirige o dirigía Immanuel Wallerstein.

El influjo de Braudel se debe sin duda a la importancia intrínseca y a las aportaciones de la obra maestra ya mencionada y de otros libros de los que hablaré. Pero también a su talento de organizador, plasmado en la dirección desde 1956 de la Sexta Sección de la E.P.H.E. (centro de gran prestigio en el que se prosigue el diálogo preconizado por los fundadores de *Annales* entre la Historia y las otras ciencias humanas) y en la creación de la *Maison de l'Homme*. Y, por último, pero no menos importante, a su ambigua actitud política y epistemológica, en un clima intelectual crecientemente dominado, en la Europa occidental, y especialmente en Francia e Italia, por el Marxismo y el Estructuralismo, en los años de la descolonización y de la Guerra Fría. Una Guerra Fría en la que Francia, enclavada en el bloque occidental (el mecenazgo americano fue clave para las realizaciones institucionales braudelianas) nunca dejó de ensayar un diálogo autónomo con la Unión Soviética y fue, en cierto sentido, un puente entre ambos bloques.

En las aportaciones específicas que Braudel realiza con sus propios trabajos hay dos dimensiones interrelacionadas en las que centraremos nuestra atención, pues me parecen las capitales: a) su acentuación del condicionamiento geográfico y b) su tipología de los distintos *tempos* históricos, con el concepto clave de la *longue durée*. Naturalmente considero relevantes también, pero no tan influyentes

y característicos, su enfoque del diálogo con la Sociología y la Antropología y su aproximación al Capitalismo.

a) Por lo que respecta a la acentuación del condicionamiento geográfico, hasta el punto de que se ha hablado de la Geohistoria braudeliana, hay realidades bien expresivas: la primacía que Braudel otorga al Mediterráneo en su gran tesis no sólo como ámbito de estudio, sino como “protagonista”. Ello tiene su correlato en que en esa obra histórica hay más de 500 páginas (cerca de la tercera parte del texto) dedicadas fundamentalmente al medio geográfico. Si son legibles, se debe en parte al estilo ágil, a veces casi poético, de Braudel. No me resisto a transcribir la traducción del inicio del prólogo (fechado en 1946) de la primera edición francesa: «Amo apasionadamente al Mediterráneo, tal vez porque, como tantos otros, y después de tantos otros, he llegado a él desde las tierras del norte. Le he dedicado largos y gozosos años de estudio que han sido para mí bastante más que toda mi juventud. Confío en que, a cambio de ello, un poco de esta alegría y mucho de su luz se habrán comunicado a las páginas de este libro»<sup>27</sup>. Lo que Braudel se propone captar, como algo que subyace a los destinos colectivos y a la acción política, es «la tensión cotidiana y eterna en la que el hombre y su medio se funden estrechamente y en la que la geografía se hace historia viva».

b) Pero la interacción entre el hombre y su medio geográfico es sólo una de esas continuidades, de esas realidades que permanecen en la larga duración, más allá de la espuma de los acontecimientos. La dialéctica entre el hombre y el medio geográfico es una estructura, en el sentido que Braudel da a esta palabra. Con ello nos hemos introducido en otra de las dimensiones claves de la aportación braudeliana: su remodelación y pluralización del concepto de tiempo histórico. Lo que Braudel propugna y realiza en *La Méditerranée* es rebasar el tiempo efímero, la corta duración de los hombres y de los acontecimientos en la que solían moverse los historiadores del antiguo régimen historiográfico, para comprender mejor las realidades humanas del pasado. Volverá sobre ello en uno de sus artículos más importantes, “Histoire et sciences sociales: la longue durée”

---

<sup>27</sup> Braudel, F.: *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, F.C.E., 2.ª ed., México, 1976, p. 12.



(1958)<sup>28</sup>. Braudel se propone captar, en la larga duración, esas realidades profundas y estables, que sólo muy lentamente se desgastan y perecen («los arrecifes de coral de la historia») y a las que Braudel llama estructuras. Él, pues, postula una Historia atenta en primer lugar a las estructuras, una Historia estructural, que se preocupe de establecer las relaciones estables y profundas de los hombres y las cosas (así la dialéctica espacio-hombre) o de los seres humanos entre sí. Estas estructuras, que constituyen fuerzas profundas permanentes o semipermanentes, tanto aquellas de las que los coetáneos son conscientes como aquéllas en las que viven de manera inconsciente, son como los fundamentos de una civilización.

El concepto braudeliiano de estructura retoma ideas de la Física social ilustrada a lo Montesquieu. Este concepto puede verse tanto como una consecuencia de la recepción e inflexión del propio concepto marxista de infraestructura, como una respuesta desde la Historia a la ofensiva de la Antropología o Etnología estructural de C. Lévi-Strauss. Este veía en la Antropología una ciencia conceptual, nomotética, de lo general; mientras que la Historia sería una ciencia empírica, ideográfica, de lo particular. Braudel recoge la idea de Lévi-Strauss de la importancia que tiene el estudio de las expresiones inconscientes de la vida social (campo privilegiado para él de la Antropología); pero Braudel modela esta idea, incorporándole la dimensión evolutiva, de su estudio en una dimensión espacio-tiempo. Así se justificaría una primacía o centralidad de la Historia-síntesis braudeliiana<sup>29</sup>.

En realidad, la respuesta de Braudel a Lévi-Strauss y a las ciencias sociales en general no se limita a oponerles la larga duración como estructura, sino que consiste en enriquecer en la práctica, pluralizándolo, el concepto de tiempo con el que venían trabajando los historiadores. Braudel, distingue tres planos de temporalidad: a) el tiempo de la larga duración, de un tiempo casi inmóvil; b) un tiempo intermedio, de unos cuantos decenios, que ritma los ciclos económicos y

---

<sup>28</sup> *Annales, E.S.C.*, n. 4, oct.-dic. 1958, pp. 725-753, reproducido en Braudel, F.: *La historia y las ciencias sociales*, Alianza Ed., Madrid, 1968, pp. 60-106.

<sup>29</sup> Sobre la relación entre Lévi-Strauss y Braudel véase Dosse, F.: *La historia en migajas*, pp. 110-111. Braudel publicó el artículo antes citado sobre la larga duración, en el mismo año en que apareció la *Anthropologie structurale* de Lévi-Strauss.

las evoluciones sociales -una escala temporal que le permite acoger en cierto modo algunas teorizaciones de la Historia económica de E. Labrousse-; y por último c) el tiempo corto, apropiado para el estudio de los acontecimientos y los avatares dramáticos de la Historia clásica. Sólo una visión complementaria, articulada, desde esas tres perspectivas permite comprender a fondo las realidades humanas.

He centrado mi análisis de la aportación braudeliana en su énfasis en el condicionamiento geográfico y en su ampliación y pluralización del tiempo histórico. Esto no implica que desdeñe desde luego la importancia de sus trabajos sobre el Capitalismo en la Edad Moderna, especialmente *Civilización material, economía y capitalismo*, ambiciosa obra en tres volúmenes iniciada en 1967. En ellos acentúa y prima, en cierto modo, el papel de la circulación sobre la producción, retomando tesis anteriores de P. Mantoux y de H. Pirenne. Podría decirse que Braudel, tal como lo percibe Dosse desde su postura marxista, «aplaude el mercado, lugar de transparencia, y rechaza el capitalismo como tumor maligno, cuerpo extraño al mercado, superestructura que da origen al intercambio desigual»<sup>30</sup>.

He hablado antes de la ambigüedad de Braudel en el plano político-ideológico, que ha facilitado una cierta acogida de sus planteamientos en círculos de historiadores muy amplios. Un testimonio que me parece particularmente claro de esta ambigüedad (o centrismo, si preferimos esta expresión) es la siguiente afirmación: «A aquellos que, en Occidente, critican los defectos del capitalismo, los políticos y economistas responden que es un mal menor, el reverso inevitable de la libre empresa y de la economía de mercado. No lo creo en absoluto. A los que por el contrario, siguiendo una tendencia sensible incluso en la URSS, les preocupa la pesadez de la economía socialista y quisieran facilitarle un poco más de “espontaneidad” (yo [Braudel] traduciría: un poco más de libertad), se les responde que es este un mal menor, el reverso obligatorio de la destrucción del azote capitalista. Tampoco lo creo. Pero, ¿acaso es posible la sociedad que yo considero ideal? ¡En cualquier caso, no creo que cuente con muchos partidarios

---

<sup>30</sup> Dosse, F.: *La historia...*, p. 152.

en este mundo!»<sup>31</sup>. Tal vez, añado yo, bastantes más de los que Braudel pensaba, incluso en su tiempo; y sin duda más ahora, cuando hay una cierta confluencia, con divergencias importantes con todo, hacia una economía social de mercado.

Braudel, con su poderosa personalidad, ha eclipsado demasiado, en cierto modo, a otros importantes historiadores franceses de su generación, dentro y fuera de la Escuela de *Annales*. Entre los de dentro a Robert Mandrou, más fiel, en cierto sentido, a las aspiraciones originarias a la Historia total que el propio Braudel, pues este fue un tanto insensible a los aspectos culturales y sobre todo a los religiosos, a diferencia de Febvre. Entre los de fuera, a R. Mousnier, un gran historiador que, aunque con puntos de partida distintos, y sin estar formalmente vinculado a los *Annales*, ha realizado muy valiosas contribuciones a la historia políticosocial y a la historia de las instituciones, a la vez que ha producido algunas magníficas e influyentes síntesis que en la práctica incorporaban buena parte de los planteamientos de *Annales*<sup>32</sup>.

## *II.5. EXPANSIONISMO Y EVOLUCIÓN HISTORIOGRÁFICA EN LA TERCERA GENERACIÓN*

En la tercera generación de la Escuela de *Annales*, la siguiente a Braudel, no hay una figura tan emblemática y que oscurezca a las demás como la de aquel. Si tuviera que primar una, al menos a juzgar por la cantidad de referencias que se le dedican en las distintas monografías sobre ese grupo de historiadores, destacaría tal vez a Emmanuel Le Roy Ladurie. Él es uno de los miembros del directorio que, como ya dije anteriormente, se hace cargo efectivamente de la revista en 1970, aunque bajo la supervisión de Braudel. Y la trayectoria historiográfica e ideológica de Le Roy Ladurie, a la que enseguida me referiré, es expresiva de la de un buen número de colegas. Pero antes del itinerario de Le Roy, vayamos al

---

<sup>31</sup> Braudel, F.: *La dinámica del capitalismo*, 1977, p. 129 (trad. cast., Madrid, 1985).

<sup>32</sup> Me refiero, ante todo, a su vol. 4, "Los siglos XVI y XVII", de la *Historia general de las civilizaciones* dirigida por M. Crouzet (Ed. Destino, Barcelona, 1959, 5.ª ed. 1984; traducido y completado, en los capítulos relativos a España, por Joan Reglà).

retrato de grupo y a las nuevas tendencias que se detectan en la escuela, en relación también con las nuevas realidades históricas.

En la tercera generación de *Annales* podemos incluir una brillante pléyade de historiadores como, en orden alfabético, Bartolome Bennassar, Pierre Chaunu, Georges Duby, Marc Ferro, François Furet, Jacques Le Goff, Pierre Goubert, Emmanuel Le Roy Ladurie, Pierre Vilar y Michel Vovelle. Muchos de ellos modernistas y autores, en bastante casos, de grandes tesis de Historia regional aparecidas en los años 60 y 70, período en el que quizás la escuela alcanza el clímax de su irradiación y prestigio. Este prestigio estuvo favorecido sin duda por una estrategia institucional y por factores exógenos, pero también por la solidez científica de unas monografías que se acercaban a la Historia total, o al menos a una Historia que integraba bien los aspectos demográficos, económicos y sociales.

Espigaré algunas de estas obras bien por tratarse de hispanistas, o por constituir modelos en cierto modo ya clásicos. Hispanistas influyentes, como Bennassar por su *Valladolid et ses campagnes*, y Vilar gracias a *La Catalogne dans l'Espagne Moderne.*; clásicos como Goubert, que a partir de su monografía sobre *Beauvais et le Beauvaisis*, centrada en una comarca francesa en el siglo XVII, llegaría a ofrecer una síntesis, muy difundida desde fines de los 70 en España, sobre *El Antiguo Régimen* (en Francia)<sup>33</sup>.

Pero no hemos de encajonar abusivamente a los hombres de *Annales* en ese género de la monografía regional. Su talante inquieto les lleva en casi todas las direcciones de la rosa de los vientos historiográfica. A Chaunu, hacia el estudio del tráfico atlántico de Sevilla (“Rutas, puertos y tráfico” será el nombre de una de las series de estudios de investigación que publica la VIème Section de l’EPHE.) Marc Ferro se interroga seriamente por las relaciones entre la Historia y un reciente medio de investigación, enseñanza y propaganda histórica: el Cine. Uno de mis maestros, Charles-Olivier Carbonell, propone una historia

---

<sup>33</sup> La tesis de B. Bennassar fue publicada como *Valladolid au siècle d'or* (La Haya, 1967). Los 3 vols. de la obra de P. Vilar aparecieron, en francés, en 1962 (trad. catalana, Edicions 62, Barcelona, 1964). La edición original de *L'Ancien Régime* de Goubert es de 1969, y la 1.ª ed. en castellano se realizó en Buenos Aires, por Siglo XXI, en 1971.

sociocultural de la Historiografía<sup>34</sup>, y varios de los autores mencionados orientan su labor en un momento u otro hacia la Historia de las mentalidades retomando - como ya anticipé- una inquietud inicial algo postergada en la época de Braudel.

Para dar algunos sólidos datos cuantitativos y no únicamente pinceladas impresionistas en los que apoyar esta panorámica de la tercera generación, veamos cómo ha ido evolucionando, según el estudio de Jean-Louis Oosterhoff, el número de artículos, en porcentaje, dedicados en *Annales* a Historia económica e Historia cultural, desde la fundación de la revista:

	<b>1929-45</b>	<b>1946-56</b>	<b>1957-69</b>	<b>1969-76</b>
Historia económica	57,8	40	39	25,7
Historia cultural	10,4	19,4	22,4	32,8

Estas cifras parecen corroborar la tesis de que el interés se ha desplazado, según la célebre expresión, “del sótano al desván”; de la infraestructura a la superestructura, si quisiéramos emplear terminología marxista clásica. Ya nos preguntaremos por qué.

Hay varios aspectos que merece la pena destacar en esta tercera generación. Uno de ellos es la preocupación por la cuantificación y la Estadística; lógico, puesto que se quiere abarcar todo el espesor social, mediante una *pensée globale* que se realiza empleando el utillaje conceptual facilitado por las ciencias sociales del presente. La Demografía histórica o la Historia de la población es un ejemplo paradigmático. No por casualidad, porque a partir del empleo creciente de la píldora anticonceptiva y del trabajo de la mujer fuera del hogar, la natalidad se desploma en Europa occidental.

---

<sup>34</sup> Testimonio de que esta propuesta de Ch.-O. Carbonell puede hacerse realidad es su gran tesis *Histoire et historiens. Une mutation idéologique des historiens français, 1865-1885* (Ed. Privat, Toulouse, 1976). A esa misma concepción responde su pequeño gran libro *La historiografía* (F.C.E., Madrid, 1986; 1.ª ed. francesa, 1981).

Lógica es también la preeminencia otorgada a las fuentes que permiten una seriación y un análisis comparativo, incluso en períodos relativamente dilatados de tiempo. De ahí el gran interés, por ejemplo, por los registros parroquiales y por los protocolos notariales. Estos últimos fueron, por cierto, la fuente estrella en el Congreso de Santiago de Compostela de 1982. Cuando la Informática se empieza a difundir, las bases de datos se disparan y se hacen profecías extremas -y luego desmentidas- por historiadores deslumbrantes... y deslumbrados. El historiador, en el futuro, será un programador o no será. *Le Roy a dit*.

Pero si la Historia cuantitativa o serial comienza en el primer nivel, no tarda en llegar al tercero, el de las mentalidades, al estudio, también cuantitativo, de las actitudes ante el amor y la muerte, por ejemplo. Los trabajos de Chaunu y de Vovelle acerca de estas últimas son una buena e influyente manifestación.

¿Por qué, ya es hora de encarar esta cuestión fundamental, se produce ese giro hacia la Historia antropológico-cultural o sociocultural, que no es privativo por lo demás de *Annales*? Una vez más, la historiografía, intento de comprensión, a través del pasado, de lo que nos interesa y admira en el presente, sigue a la Historia. La descolonización intensifica el contacto con *otras* civilizaciones. Admira y desconcierta la fuerza de resistencia de esas sociedades, la permanencia de sus estructuras, de sus valores, que parecen irreductibles al modelo occidental. Esa constatación favorece un discurso antropológico o etnológico. Esa alteridad u otreidad, cercana y lejana a la vez, que se experimenta en el propio tiempo, en los alrededores de París o Londres, impulsa una reflexión sobre la alteridad, la diferencia, aplicada a las sociedades europeas de la época preindustrial. ¿Cuál es la clave que permite comprender cómo un grupo humano se interpreta a sí mismo? Ya no basta la verificación de las hipótesis desde la lógica de las sociedades occidentales del presente. Se hace necesaria la escucha del discurso del otro... y los presuntos programadores se ponen a reconstruir, mediante el relato, las historias vitales que los campesinos de un pueblo del sur de Francia del siglo XIV han contado en los interrogatorios de un inquisidor. Es *Le Roy Ladurie en Montaignou, village occitane* (1975) uno de los más impresionantes éxitos

editoriales de los últimos tiempos<sup>35</sup>. Obra de un autor cuya peripecia ideológica e historiográfica es bastante más que un itinerario personal. Le Roy Ladurie pasa en lo ideológico del PCF, línea estalinista, al Liberalismo, y en lo historiográfico del estudio del reajuste homeostático bisecular entre población y recursos, en el magnífico libro sobre *Les paysans de Languedoc* de 1966, al relato histórico-antropológico. Es el reflejo de un cierto clima intelectual en el que se preanuncia la crisis de la Modernidad y de lo que algunos llaman, pomposamente, los grandes paradigmas científico-sociales.

Esta Historia antropológica puede considerarse que es “el último avatar de la Nueva Historia”. Ch.-O. Carbonell ha señalado recientemente algunos hitos significativos en esta evolución de una buena parte de la tercera generación de *Annales*. Entresaco algunos: en 1976, sólo un año después de la publicación de *Montaillou*, Jacques Le Goff cambia el título de su seminario en l'École d'Hautes Études en Sciences Sociales, de “Histoire et Sociologie de l'Occident médiéval” a “Anthropologie historique de l'Occident médiéval”. En 1978, André Burguière presenta al gran público la Antropología histórica como el nuevo territorio privilegiado, en la obra colectiva escrita por historiadores afines a *Annales*, *La nouvelle histoire*<sup>36</sup>.

## II.6. BALANCE RETROSPECTIVO: PUNTOS FUERTES Y LÍMITES DE LA “NOUVELLE HISTOIRE”

Hasta ahora he seguido las aportaciones que la nouvelle histoire, propuesta por los hombres de Annales, ha realizado al debate historiográfico, desde una perspectiva más bien de notable identificación con esta tendencia. Hemos precisado propuesta por Annales porque, como se ha recordado recientemente con

---

<sup>35</sup> Traducciones: inglesa, *Montaillou. The Promised Land of Error*, 1978; castellana: *Montaillou, aldea occitana de 1294 a 1324*, Madrid, 1981; alemana: *Montaillou. Ein Dorf unter dem Inquisitor*, Berlín, 1983.

<sup>36</sup> Véase “Antropología, etnología e historia: la tercera generación en Francia”, en Andrés-Gallego, J. (dir.): *New History, Nouvelle Histoire, Hacia una Nueva Historia* (Actas del Congreso “Historia a debate”, celebrado en Santiago de Compostela, Madrid, 1993, pp. 92-97).

razón, pocas expresiones o términos son tan viejos como el de “nueva historia”<sup>37</sup>. Sin embargo, cuando tratamos de la época reciente y empleamos la expresión en francés, no es difícil deducir que esa denominación alude a la propuesta de Annales. Pienso que, para matizar y concluir esta panorámica, es conveniente complementarla ahora con un breve balance retrospectivo. Un balance en el que tengo muy en cuenta el enfoque y las informaciones que ofrece un outsider, H. Couteau-Bégarie, en su importante y extensa obra *Le Phénomène nouvelle histoire*, publicada por primera vez en 1983. Un libro del que se ha hecho ya una segunda edición en francés, pese a que la gran mayoría de los historiadores afines a Annales ha procurado silenciarlo<sup>38</sup>.

Para Couteau-Bégarie, el ímpetu intelectual y el espíritu de conquista que mostraron los hombres de Annales en los años 60 y 70 se convirtió después en duda y en rutina. La cuarta generación no ha ofrecido esas obras maestras individuales sobre las que se ha fundamentado la reputación de la escuela. El *Dictionnaire de Sciences historiques*, compilado por Burguière y aparecido en 1986<sup>39</sup>, es un testimonio involuntario de esa pérdida de vigor. Prácticamente todos los trabajos citados en él como modelo figuraban ya en la influyente obra colectiva, ya citada, *La nouvelle histoire*, dirigida por Jacques Le Goff siete años antes<sup>40</sup>. Los hombres de Annales, que desde fines de los 70 perdieron su auctoritas, se han quedado sin la potestas desde que en 1985 no pudieron retener la presidencia de la *École des Hautes Études en Sciences Sociales*. No lograron encontrar un candidato con la cualificación requerida para reemplazar a Furet. Si a este hito le añadimos la muerte de Braudel en el mismo año, y algunas declaraciones casi coetáneas de influyentes personalidades vinculadas a Annales, se puede justificar que en 1985 se dé por finalizada la existencia de Annales como una escuela con importante peso, influencia y una cierta unidad. (Es cierto que

---

<sup>37</sup> Kelley, Donald: “El giro cultural en la investigación histórica”, en Olabarri, J.; y Caspistegui, F. J. (dirs.): *La “nueva” historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*, Ed. Complutense, Madrid, 1996, pp. 35-48.

<sup>38</sup> Couteau-Bégarie, Hervé: *Le phénomène nouvelle histoire. Grandeur et décadence de l'école des Annales*, Ed. Economica, 2.<sup>a</sup> ed. completamente revisada, París, 1989.

<sup>39</sup> Trad. cast., *Diccionario de Ciencias Históricas*, Ed. Akal, Madrid, 1991.

<sup>40</sup> Couteau-Bégarie, H.: *Nouvelle...*, pp. VIII-IX.



Burke extiende la cronología de *Annales* hasta 1989, pero ello obedece en buena parte, pensamos, a las connotaciones simbólicas que tienen esos dos últimos dígitos 89 en relación con la Revolución Francesa, término éste que Burke introduce, como sabio anzuelo, en el título de su estudio). Con todo, la revista *Annales* sigue existiendo y sigue constituyendo un importante observatorio del panorama historiográfico coetáneo, desde el que se avistan los nuevos interrogantes y los nuevos debates.

Entre los puntos fuertes más claros en el balance historiográfico de *Annales* se encuentran sus grandes aportaciones a la Historia económica, a la Demografía histórica, a la Historia de la cultura material, a la Historia de las mentalidades y a la Historia social. En cuanto a esta última, vale la pena matizar algo más. Por una parte, la Historia social llega a ser un género -o al menos un enfoque- dominante, como símbolo de la búsqueda de la Historia total. «L'histoire est sociale tout entière, par définition», decía L. Febvre. Y tanto M. Bloch como Braudel compartían este punto de vista. Pero de esta vocación a la totalidad resulta una “indeterminación fundamental” de la Historia social. Esta puede ser entendida de muy diversas maneras. A partir de la Historia económica, como hace E. Labrousse, aunque para él la Historia social no sea más que el envés de la Historia económica, o desde la Historia política e institucional, itinerario que ha seguido, por ejemplo, R. Mousnier -un autor situado, para mí, en las fronteras de los *Annales* y considerado como parte de la *nouvelle histoire* por Couteau-Bégarie-. Esa “indeterminación profunda” en cuanto a la concepción de la Historia social podría entenderse -pienso yo- como una condensación de la ambigüedad teórica de *Annales*.

Pero junto a estos puntos fuertes, ahora -con una cierta distancia- pueden trazarse también los límites que, en diferentes dimensiones, se detectan en la práctica historiográfica dominante en la Escuela de *Annales*. En cuanto a las épocas estudiadas, desde una perspectiva general, cabe señalar el escaso interés por la Historia antigua y por el siglo XX, correlato de una clara preferencia por la investigación del mundo preindustrial del Antiguo Régimen. En todo caso, esta preferencia no constituye necesariamente un demérito para los “modernistas”, sino más bien todo lo contrario. Y ¿a qué se debe? En alguna medida se debe a la especialización originaria de los fundadores de la “escuela”. Pero también a otras

razones. Una sería la existencia de una afinidad electiva entre las propias tendencias conceptuales de los Annales -con su acento en las estructuras- y la preeminencia que la escuela otorga, como tema de estudio, a las sociedades más estables. Otra, un cierto malestar respecto a la civilización del “presente”, un presente en el que hay más arenas movedizas que en las sólidas seguridades de la época victoriana. Por esta focalización en la época preindustrial, la *nouvelle histoire* francesa se distingue y contrapone a la Historia social (*Gesellschaftsgeschichte*) alemana practicada por la Escuela de Bielefeld -con la que por otra parte está emparentada- y de la que pronto nos ocuparemos.

Más importante es quizás la limitación de Annales en los dominios temáticos abordados habitualmente. Apenas se ha hecho historia política e institucional, historia de las relaciones internacionales, historia militar, y se ha desdeñado un tanto, pese a la atención inicial de Febvre, la historia religiosa. Todos estos dominios han quedado con frecuencia desdibujados en el cajón de sastre del “tercer nivel”, el nivel de las *civilisations*.

Por último, en cuanto a los géneros historiográficos, la Escuela de Annales ha privilegiado de facto las monografías en detrimento de las biografías, aunque de nuevo Febvre (y no sólo él) invitarían a introducir matizaciones.

Podría achacarse también a la Escuela de Annales que apenas se han fijado como objetivo producir grandes síntesis. Sabemos ciertamente que estas no abundan en ninguna escuela y que la ya citada *Las civilizaciones actuales*, de Fernand Braudel, es una obra de gran aliento en todos los sentidos que ha tenido una duradera e importante influencia incluso en los planes de estudios de la enseñanza media. Una de esas pocas obras que permite avizorar, en pocas páginas, una panorámica mundial, en la que resulta capital la gran perspectiva histórica y en la que se discuten términos y conceptos interpretativos fundamentales, comenzando por ese neologismo de *civilisation*.

Pero con todas sus limitaciones y más allá de la autopropaganda, el impulso que a la investigación y a la escritura de la Historia dieron los hombres nucleados por Annales ha resultado fecundo y ha dejado una huella importante. Es una lástima que, con el creciente desconocimiento del francés, la gran mayoría de los nuevos universitarios no puedan captar ese alentador *esprit* directamente. Por ello,

y porque el léxico básico de Annales no puede ya darse por conocido, pienso que ha sido una excelente idea de P. Burke el incluir un breve glosario al final de su estudio sobre *The French Historical Revolution*. Por mi parte, algo he contribuido también al conocimiento, aunque sea indirecto, de las obras maestras de esos autores. En la revisión y adaptación del libro de Iggers *La ciencia histórica en el siglo XX* he añadido las referencias de las traducciones al castellano disponibles, de entre las numerosas obras debidas a esa escuela, incluidas en la bibliografía seleccionada por dicho autor.

### III. PROPUESTAS Y CONTEXTO DE LA HISTORIA, COMO CIENCIA SOCIAL, EN ALEMANIA Y NORTEAMÉRICA.

#### *III.1. INTRODUCCIÓN.*

A veces existe una cierta tendencia a reducir excesivamente las propuestas historiográficas vigentes después de la II Guerra Mundial en el mundo occidental. Ciertamente persiste, aunque modulado, el modelo historiográfico básico. La renovación que supuso el espíritu de *Annales* a lo largo de tres generaciones, la he ponderado ya con algún detenimiento y más tarde me referiré a la evolución de la ciencia histórica en las diferentes corrientes del Marxismo. Pero no todo termina ahí.

Uno de los méritos del reciente y denso ensayo panorámico de Iggers estriba en haber reivindicado la importancia de algunas escuelas históricas alemanas<sup>41</sup>. Realiza esta tarea, por una parte, mediante el comentario de varias obras emblemáticas -con frecuencia no traducidas- y de algunas publicaciones como *Geschichte und Gesellschaft* (Historia y Sociedad), o de instituciones insignia de estas escuelas, como la Universidad de Bielefeld. Por otra, mediante la contextualización de esas propuestas en relación al rico legado teórico en que se fundan -en el que la figura de Max Weber pesa especialmente- y a las experiencias formativas y al debate políticosocial en que se suscitaron. Tras la “catástrofe alemana” del Nacionalsocialismo y la II Guerra Mundial, era imprescindible clarificar en profundidad las raíces y los motivos del descarrío políticosocial de Alemania en su proceso de modernización.

Aspiro a recoger en este capítulo lo que me parece más relevante de esta aportación, y le añado algunas informaciones. Porque el mundo germánico, respecto al debate historiográfico, no se agota en las teorizaciones ya clásicas, del siglo pasado, de Hegel y Marx como pensadores de la Historia; ni de Ranke como paradigma de la historiografía *savante* historicista, ni de Dilthey como filósofo de

---

<sup>41</sup> También es una de las razones por las que impulsé su edición en castellano: Iggers, Georg G.: *La ciencia histórica...*, 1995. Para este tema, cf. especialmente las pp. 33-38 y 62-72.

las *Geisteswissenschaften* (ciencias del espíritu, ciencias culturales o humanísticas).

Para facilitar el seguimiento, en esta sección relativa a las propuestas germánicas de Historia social, me apoyaré en buena medida también en las informaciones e ideas que he ya expuesto sobre *Annales* pues, al fin y al cabo, esta es una escuela más conocida y más próxima al ámbito historiográfico y cultural hispánico.

Por otra parte, la aproximación a la Historia en clave, en cierto modo, de Sociología retrospectiva, mediante modelos interpretativos diferentes al marxista, ha tenido también una importante plasmación en el mundo anglosajón (basta pensar en la influyente figura de Lawrence Stone) y especialmente en Norteamérica<sup>42</sup>. Aquí, en una sociedad industrial con una arraigada tradición democrática liberal, difícilmente podía encontrarse satisfactorio el modelo del Historicismo clásico alemán, con su concentración en el Estado, la política y las élites gobernantes. Además, la propensión de este enfoque de la Historia (como *Social Science*) a la cuantificación en gran escala tenía ancho campo para ejercitarse en el país de la IBM, adalid del ordenador personal y paraíso del mecenazgo desgravable. No es raro pues que allí surgieran los más sofisticados experimentos de los cliometristas, aunque a largo plazo estos hayan resultado decepcionantes en buena medida.

### *III.2. LAS RAÍCES INTELECTUALES Y SOCIOPOLÍTICAS DE LA HISTORIA, COMO CIENCIA SOCIAL EN ALEMANIA Y EN NORTEAMÉRICA.*

Antes y sobre todo después de la II Guerra Mundial, circulaba también en la Alemania Federal la misma savia historiográfica que en Francia. En este sentido no hay que desdeñar la influencia del fermento de *Annales*, ni tampoco de la

---

<sup>42</sup> La pequeña y gran síntesis de Peter Burke *Sociología e historia* (Madrid, Alianza Ed., 1987; ed. orig. ingl., 1980) constituye una útil y clara introducción al respecto. Trata de las relaciones históricas entre ambas ciencias, de los conceptos básicos que emplea la Sociología y de los modelos explicativos del cambio social más relevantes. La teorización weberiana, por ejemplo, se incluye en esta obra como un caso que se puede reducir en cierto modo al modelo de “modernización” y de “evolución social” que se denomina de Spencer.

difusión del Marxismo, en la evolución de un sector importante de la historiografía germánica desde el Historicismo clásico a lo Ranke hacia la Historia como ciencia social<sup>43</sup>.

En realidad, el modelo historiográfico rankeano había sido ya desafiado por Karl Lamprecht a fines del siglo XIX, oponiéndole una Historia sociocultural y socioeconómica, en la que la psicología colectiva tenía un papel importante. Pero Lamprecht, aunque acertado en la orientación general de su crítica y con atisbos indudables de genio, fue incapaz de construir una teorización alternativa sólida. En la discusión metodológica del cambio de siglo quedó bastante aislado y desacreditado frente a un gremio que cerró filas en aras de la legitimación del expansionismo del II Imperio alemán<sup>44</sup>.

Mucha más influencia y consistencia que la propuesta de Lamprecht iban a tener en la evolución de la historiografía germánica tras la II Guerra Mundial las aportaciones de Otto Hintze y especialmente de Max Weber, las cuales tuvieron su origen en la práctica científica de la Nueva Escuela Histórica de Economía Nacional. Una escuela en la que se encuadra por ejemplo Gustav von Schmoller, al que debemos los modernistas el término Mercantilismo como substantivo abstracto. Tanto Hintze como Weber participaron en la polémica sobre Lamprecht y su *Deutsche Geschichte*, y se sumaron a la posición de este de que la Historia, para ser científica, necesitaba una conceptualización rigurosa que permitiera aprehender no solo fenómenos singulares sino también colectivos. Por otra parte, Hintze y Weber compartían la tesis del Historicismo clásico de que toda sociedad constituía un entramado de significados y valores. Por ello Max Weber, un sociólogo con una gran formación histórica que participó activamente en la vida política de su país como uno de los impulsores de la constitución democrática de Weimar, buscaba una *verstehende Soziologie* (una sociología comprensiva o

---

<sup>43</sup> La existencia o no de traducciones al alemán de las obras más significativas de estas tendencias historiográficas y el *décalage* con el que estas se han realizado, sobre los que la bibliografía de Iggers (1995) nos permite informarnos, nos ofrecen algunas pistas acerca de esas influencias.

<sup>44</sup> Los escritos de teoría de la Historia de Karl Lamprecht suscitaban recientemente interés también en la RDA. Poco antes de la desaparición de esta, el Prof. Hans Schleier, miembro fundador de la Comisión Internacional de Historia de la Historiografía, editó la obra *Karl Lamprecht: Alternative zu Ranke. Schriften zur Geschichtstheorie* (Leipzig, P. Reclam, 1988), con un amplio estudio introductorio.

interpretativa) que no excluía sino que integraba en la comprensión el análisis racional y causal. Weber optaba por una «ciencia social histórica» que ciertamente «aspira a desarrollar teorías científico-sociales, pero, al mismo tiempo, ve su función propia en determinar la significación cultural de los procesos sociales»<sup>45</sup>.

Tal como ha sido resumida por Pietro Rossi en su introducción a la edición castellana de los *Ensayos sobre metodología sociológica*, la reinterpretación que Weber hacía de la teorización diltheyana consideraba legítimo que las ciencias histórico-sociales emplearan un procedimiento adecuado a su objeto, «si tal procedimiento no es ya un *Verstehen*, un acto de intuición, sino que se convierte en la formulación de hipótesis interpretativas que esperan su verificación empírica, que se las asuma sobre la base de una explicación causal. La comprensión ya no excluye la explicación causal sino que coincide ahora con una forma específica de ésta: con la determinación de relaciones de causa y efecto individuadas»<sup>46</sup>.

Para Weber, el científico social que considera la Historia puede y debe descubrir las líneas de desarrollo o la dinámica interna de las sociedades humanas, cuyo foco habría de ser buscado, tanto o más que en la esfera material, en las estructuras de pensamiento y de comportamiento que hacen comprensibles las relaciones sociales y el cambio socio-histórico. A partir del conocimiento concreto de estas estructuras de pensamiento y de comportamiento, se puede construir hipótesis explicativas o conceptuales, los famosos *Idealtypen*, para ilustrar y simplificar la complejidad de lo real. Weber aplica este método en su influyente y discutido ensayo sobre *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, publicado por primera vez en 1901 en la revista *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*.

---

<sup>45</sup> Cf. Mommsen, Wolfgang J.: “Max Weber y la ciencia histórica moderna”, en *Arbor*, n. 539-540, p. 107. W. Mommsen es uno de los especialistas que está llevando a cabo la edición crítica de las *Max-Weber-Gesamtausgabe* [obras completas de M. Weber], en la Verlag J.C.B. Mohr (Tubinga). En 1994, por ej., se publicaron sus cartas desde 1909 hasta 1910.

<sup>46</sup> Ed. Buenos Aires, Amorrortu, 1973 (3.<sup>a</sup> reimpr., 1990), p. 19. Los cuatro ensayos de Max Weber traducidos en esta obra, que fueron escritos entre 1904 y 1917, proceden del volumen *Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre* [Compilación de ensayos de doctrina de la ciencia, Tubinga, 1968], cuya primera edición, en 1922, corrió a cargo de Marianne, la esposa de M. Weber.

Este tipo de aproximación sociocultural a las realidades del pasado es la que emplearon también algunos autores en la estela de Weber, recientemente redescubiertos, entre los cuales está Norbert Elias. La tesis de éste *Die Höfische Gesellschaft* [*La sociedad cortesana*], escrita en 1933 en Frankfurt cuando era profesor asistente de K. Mannheim, se ha publicado (y reimpresso) recientemente en español, y nos interesa especialmente a los modernistas<sup>47</sup>.

Si he tratado de las propuestas metodológicas e interpretativas de Max Weber es porque estas han sido uno de los puntos de referencia más importantes para los historiadores aglutinados en torno a la revista *Geschichte und Gesellschaft*, como ha afirmado explícitamente Jürgen Kocka, uno de los más relevantes de ellos.

En Norteamérica, las tradiciones y el contexto histórico del que surgió la ciencia social histórica, aun teniendo algunos puntos en común eran sensiblemente diferentes. Era común con Alemania el esfuerzo por ampliar el objeto y el enfoque de la Historia, superando las limitaciones del Historicismo clásico rankeano<sup>48</sup>. Era bastante diferente -mucho menor que en Alemania- el peso que el Estado tenía en la sociedad. Por otra parte, en su enfoque de la Historia y de una aproximación científica a la misma, los historiadores de los dos países anglosajones, en un clima cultural más pragmático, se sentían menos inclinados a decantar una concepción sistematizadora que los historiadores alemanes (o franceses).

En Norteamérica el intento de superación del modelo historiográfico básico fue realizado por autores partidarios de una *New History* que implicaba una asociación distendida y ecléctica entre investigación histórica y ciencias sociales, aunque era bastante heterogénea de facto. Estos *new* o *progressive Historians* de

---

<sup>47</sup> El subtítulo de esta tesis era *Investigaciones sobre la sociología de la nobleza, la realeza y la corte, especialmente en Francia durante el siglo XVII*. La traducción del prefacio de R. Chartier a *La société de cour* puede encontrarse en *El mundo como representación* (Gedisa, Barcelona, 1992).

<sup>48</sup> La influencia de Ranke también había sido muy grande en Norteamérica en el siglo XIX hasta el punto de que fue nombrado *father of History* por la American Historical Association. Por una serie de circunstancias, la biblioteca privada de Ranke fue a parar a Syracuse, en EE.UU., donde se celebró un *symposium* internacional sobre él y su influencia en la Historia.



los primeros decenios del siglo XX<sup>49</sup> compartían en todo caso un cierto evolucionismo y un compromiso con una sociedad de frontera y en vías de democratización, insistiendo en la ruptura que se había producido en la sociedad americana con el pasado europeo “premoderno” (del Antiguo Régimen). Sin embargo, especialmente algunos de ellos, no dejaban de subrayar no solo los elementos de consenso, sino también los enfrentamientos internos en el seno de esa sociedad.

### III.3. LA ESCUELA DE BIELEFELD EN LA CIENCIA SOCIAL HISTÓRICA ALEMANA.

Se designa en ocasiones con el nombre de “Escuela de Bielefeld” a una tendencia historiográfica, liderada sobre todo por Hans-Ulrich Wehler y Jürgen Kocka, la cual adquiere un importante protagonismo e institucionalización con la fundación de una nueva universidad en esa ciudad de Bielefeld, en 1971, y de la revista *Geschichte und Gesellschaft* [Historia y Sociedad ] en 1975. El subtítulo de esta revista *Zeitschrift für Historische Sozialwissenschaft* [Revista de Ciencia Social Histórica] es ya muy expresivo de su orientación: hacer de la Historia una ciencia social interdisciplinar en estrecha relación con las ciencias sociales vecinas, especialmente la Sociología, la ciencia política y la Economía. *Geschichte und Gesellschaft* ha desempeñado un papel muy relevante como fórum para la discusión internacional y para poner al corriente a los especialistas alemanes de la investigación extranjera realizada con ese enfoque. Los dos primeros volúmenes fueron dedicados a dominios en los que la erudición histórica alemana se encontraba rezagada: Demografía, estratificación y movilidad social. Bien significativo de la importancia que esta escuela concedía a la formulación de teorías explícitas en la investigación histórica es el hecho de que en 1977 la revista publicase un número especial o monográfico, el 3.º, editado por Jürgen Kocka, dedicado al papel de las teorías en la obra del historiador.

---

<sup>49</sup> La expresión *The New History* da título a una obra de uno de estos historiadores, James H. Robinson, aparecida en 1912. Sobre los aspectos diferenciales entre estos historiadores véase Iggers, 1995, pp. 42-44, y el libro de R. Hofstadter *The Progressive Historians. Turner, Beard, Parrington* (Nueva York, 1968; ed. cast., Buenos Aires, 1970).

Desde 1972 este grupo de historiadores, en el que puede incluirse también a Wolfgang Mommsen, había comenzado a editar también una serie de monografías: *Kritische Studien zur Geschichtswissenschaft* [*Estudios críticos sobre la ciencia histórica*]. Esta serie se ha centrado en un problema considerado de capital importancia: el análisis de los desarrollos sociales y políticos en el mundo “moderno” industrializado, especialmente -pero no sólo- en Alemania.

Las iniciativas mencionadas han favorecido de modo similar a l' *École des Hautes Études en Sciences Sociales* respecto a los *Annales*, el diálogo interdisciplinar entre los científicos sociales y humanísticos y han potenciado una reorientación de los estudios históricos especialmente entre quienes iniciaban su madurez en los años 60.

La perspectiva político-intelectual desde la que se ha abordado el estudio social del pasado y el compromiso decidido de estos historiadores eran una perspectiva crítica respecto a las disfunciones de las sociedades capitalistas, afín en ese aspecto a la Escuela paramarxista de Frankfurt. La gran cuestión y gran compromiso eran estudiar en qué medida se había realizado y en que había fallado en Alemania la conexión entre el desarrollo económico e industrial y el progreso cívico, para construir una sociedad de ciudadanos libres y emancipados. En el fondo serpentea la gran interpelación: ¿cómo fue posible el Nazismo? De ahí el gran interés que, a diferencia de la Escuela de *Annales*, estos historiadores han mostrado por el mundo político contemporáneo. Por otra parte, bastante influenciados por la herencia intelectual de Marx y especialmente de Weber, han utilizado la cuantificación en menor medida y han enfatizado más fuertemente los aspectos cualitativos que operan en la intelección de la Historia como producto de las acciones humanas.

Esta Historia analítico-estructural, centrada en los procesos y en los cambios sociales, tiene un buen exponente teórico en la obra de Kocka *Sozialgeschichte* [*Historia, ciencia social*, 1977]<sup>50</sup>. Anteriormente, Kocka había

---

<sup>50</sup> Kocka, J.: *Historia social: Concepto. Desarrollo. Problemas*, Ed. Alfa, Barcelona, 1989 (trad. de la 2.ª ed. alemana de 1986, a su vez revisión de la primera de 1977 que recopilaba artículos escritos entre 1966 y 1975).

publicado ya sus grandes monografías sobre la historia sociopolítica de los empleados en las grandes empresas industriales, en Alemania y en USA.

La Escuela de Bielefeld, que durante algún tiempo hizo figura de corriente innovadora en la República Federal de Alemania, ha pasado a ser impugnada, sobre todo en el último decenio, como si fuese el *establishment* académico, por la tendencia de la *Alltagsgeschichte* [*Historia de la vida* (o de la *experiencia cotidiana*)] de la que me ocuparé más tarde. Pero esta tendencia a una Historia sociológica, utilizando modelos teóricos fruto de la conceptualización y propicios para realizar Historia comparativa, sigue teniendo su vigencia y su importancia. Un ejemplo de ello sería la creación y el debate en torno al paradigma interpretativo de la *Konfessionalisierung* (confesionalización), para explicar interrelacionadamente los cambios sociales, políticos y religiosos que se dieron en Europa, especialmente en Alemania, desde el comienzo de la difusión de la Reforma protestante hasta la Paz de Westfalia<sup>51</sup>. La importancia y las funciones metodológicas de la comparación han sido sintetizadas certeramente, en mi opinión, por Kocka, en un artículo muy reciente. Heurísticamente, la comparación sirve para identificar mejor problemas y cuestiones; descriptivamente, para perfilar de modo más explícito los casos individuales; analíticamente, para verificar mejor la validez de las explicaciones causales en las relaciones históricas; y en cuanto al estilo y la atmósfera de la obra histórica, la comparación ayuda a ampliar las perspectivas. Con todo, a pesar de sus grandes ventajas Kocka reconoce que hay una cierta tensión entre el proceso de comparación y algunos fundamentos inalienables de la ciencia histórica. Ello se debe a que, por una parte, un fenómeno no es totalmente aislable, a efectos comparativos, de los demás. Por otro lado, la comparación rompe la narración como totalidad continuada<sup>52</sup>.

---

<sup>51</sup> Uno de los autores que más activo y prolífico se ha mostrado en este debate es el Prof. Heinz Schilling.

<sup>52</sup> Kocka, Jürgen: "The Uses of Comparative History", en Björk, R.; y Molin, K. (dirs.): *Societies made up of history*, Edsbruck, 1996 (recopilación de ensayos como homenaje al Prof. Rolf Torstendahl con ocasión de su 60 cumpleaños).

#### III.4. LA HISTORIA, COMO CIENCIA SOCIAL EN EL MUNDO ANGLOSAJÓN. LOS CLIOMETRISTAS NORTEAMERICANOS.

Enlazando con las inquietudes ya mencionadas de la *New History*, los historiadores del mundo anglosajón se vieron involucrados también en esa especie de “guerra civil” metodológica en que se confrontaron los partidarios del modelo historiográfico básico y las nuevas tendencias de apertura a las ciencias sociales<sup>53</sup>. La influencia de los *Annales* se hizo notar más allá del Canal de la Mancha y al otro lado del Atlántico. La fundación y la evolución de la revista inglesa *Past and Present* y de alguna análoga americana en el decenio de 1960 son buenos testimonios de ese nuevo clima historiográfico<sup>54</sup>.

De hecho, hay más de una similitud entre la Demografía histórica francesa y los propósitos y objetivos, en Inglaterra, del *Cambridge Group for the History of the Population* dirigido por Peter Laslet. Y un estudio de Historia social tan emblemático para los modernistas como *The Crisis of the Aristocracy, 1558-1641*, de L. Stone (1965), está inspirado en buena parte en ideas que «proceden de la escuela francesa de historiografía» [de los *Annales*], según el mismo autor reconoce explícitamente en la introducción de esta obra<sup>55</sup>.

En cuanto a los Estados Unidos, hay varios desarrollos que conviene esbozar. Por un lado, una buena parte de las obras históricas surgen en los años cincuenta en el contexto político de la confrontación de bloques y de la concepción de los Estados Unidos como el modelo de las sociedades libres capitalistas de desarrollo acelerado. En los 60, la lucha por los derechos civiles produce una mayor fermentación social y tienen más fuerza los enfoques alternativos al mencionado, iniciándose, por ejemplo, los movimientos feministas a los que me referiré más tarde.

---

<sup>53</sup> Esta expresión ha sido utilizada por Lawrence Stone en su artículo “La historia y las ciencias sociales en el siglo XX”, incluido en el volumen *El pasado y el presente* (F.C.E., México, 1981, p. 29). Este artículo fue escrito en 1976.

<sup>54</sup> Por lo que respecta a los EE.UU. me refiero a *Comparative Studies in Society and History*. El tema concreto de la *Recepción de la Escuela de Annales en la historia social anglosajona* ha sido estudiado en una monografía específica de título homónimo por X. Gil Pujol (Fund. Juan March, Madrid, 1983).

<sup>55</sup> Cf. *La crisis de la aristocracia*, Revista de Occidente, Madrid, 1976, p. 18.

Por encima o por debajo de estos climas político-historiográficos conviene subrayar la tendencia a la cuantificación, que se potencia extraordinariamente desde la aparición del ordenador personal<sup>56</sup>. En los 60 es ya relativamente común aplicar esta cuantificación a varios dominios de Historia social: el comportamiento electoral, en relación con la Politología; el inicio de la Demografía histórica; el estudio de la movilidad social mediante los datos aportados por los censos; y los procesos económicos, intentando incluso una Econometría retrospectiva.

Por lo que tiene de ilustrativo como fenómeno límite en varios aspectos, me ceñiré únicamente a los supuestos metodológicos, realizaciones y deficiencias de la llamada *New Economic History*, una de las ramas de la Cliometría con perfiles más acusados. Los representantes más característicos de esta escuela, estudiada por Ralph Andreano y otros<sup>57</sup>, son quizás Fogel y Engerman. Estos autores se apoyan en las leyes de bronce de la Economía formuladas en su día por A. Smith y D. Ricardo; creen en el crecimiento imparable de la economía capitalista, la cual, con la modernización económica, conducirá al establecimiento de sociedades libres y democráticas. Por otra parte, conceden una gran importancia al método cuantitativo asociado al utillaje informático, no solo para el esclarecimiento de los procesos económicos sino también para estudiar los cambios sociales.

El fruto más emblemático de esta escuela, que llega a incluir en su metodología las hipótesis contrafactuales, fue el gran estudio, publicado en 1974, de Robert Fogel y Stanley Engerman sobre la discutida cuestión de la “rentabilidad” económica de la esclavitud en los estados sureños de la Unión y las condiciones socioculturales de los esclavos<sup>58</sup>. Pese a su éxito momentáneo y a que Fogel fuera llamado por eso a la Universidad de Harvard, el libro recibió después

---

<sup>56</sup>Puede encontrarse una interesante recopilación de artículos sobre las oportunidades, problemas y fuentes para la Historia cuantitativa, especialmente de Europa occidental, en Landes, David S.; y otros: *Las dimensiones del pasado. Estudios de historia cuantitativa*, Alianza Ed., Madrid, 1974 (ed. orig. ingl. 1972).

<sup>57</sup> *The New Economic History* [trad. franc., Ed. Gallimard, París, 1977].

<sup>58</sup> *Time on the Cross*, 2 vols. [ed. cast. *Tiempo en la cruz: la economía esclavista en los Estados Unidos*, Ed. Siglo XXI, Madrid, 1981].

críticas durísimas, no solo desde la historiografía tradicional, sino también desde el campo de otros historiadores cuantitativistas de la Economía que pensaban que en esta obra se habían convertido arbitrariamente testimonios cualitativos en datos cuantitativos. Desde luego, no es fácil calibrar en qué medida esas críticas obedecen a reales deficiencias metodológicas o a discrepancias frontales con el proyecto políticosocial que subyace, pese a toda la parafernalia cuantitativa, en ese discutido trabajo.

No todos los historiadores que aplican modelos tomados de las ciencias sociales del presente llegan a esos extremos de cuantificación, sofisticación y riesgo. Hay también muchas obras excelentes, incluso en la Historia económica, que dosifican perfectamente la cuantificación necesaria con la calidad narrativa. Aunque sea en este caso en el plano de una obra más de síntesis que de investigación, pienso por ejemplo en la *Historia económica de la Europa preindustrial* de Carlo M. Cipolla<sup>59</sup>.

---

<sup>59</sup> Revista de Occidente, Madrid, 1977 (ed. original italiana, Ed. Il Mulino, Bolonia, 1974). Cipolla ha estado muy vinculado a la historiografía norteamericana y ha enseñado en el prestigioso Institute of Advanced Studies of Princeton. Él ha sido el editor de la colección *The Fontana Economic History of Europe*, traducida al español por la Ed. Ariel de Barcelona.

#### IV. LA EVOLUCIÓN Y DIVERSIFICACIÓN DE LA HISTORIOGRAFÍA MARXISTA DESDE EL MATERIALISMO HISTÓRICO HASTA LA ANTROPOLOGÍA CRÍTICA

##### *IV.1. INTRODUCCIÓN*

Hasta ahora he tratado de la renovación y ampliación del concepto de Historia que propugnaron, frente al modelo básico tradicional, dos corrientes o tendencias bastante afines. Una de ellas, la Escuela de *Annales*, es designada por su revista emblemática. La otra toma su nombre más bien por la ciencia del presente -la Sociología- a que los adalides de esta corriente conceden especial importancia como fuente de teorización. Al abordar ahora la historiografía marxista me refiero a una corriente -la cual se ha plasmado en orientaciones sensiblemente diferentes como veremos- que toma su nombre de Karl Marx, un pensador alemán del siglo pasado cuyas teorías científicosociales y utopías revolucionarias han dejado una profunda huella en nuestro siglo. Un corto siglo, magnífico y atroz, acotado quizás por dos hitos: 1917, inicio de la Revolución Soviética liderada por un marxista ruso (Lenin), y 1991, cuando se desintegra la Unión Soviética, el coloso político cuya ideología oficial era una cierta interpretación (más o menos genuina o espuria) del Marxismo<sup>60</sup>.

Una de las especificidades del Marxismo, frente a otras teorías sociales, es su estrecha vinculación a un grandioso proyecto político para reemplazar y superar al Capitalismo. Proyecto que muchos identificaron con el Comunismo. Por ello, no tiene sentido hoy prescindir, en el debate historiográfico, del enorme impacto que ha tenido, también en el clima intelectual de Occidente, el súbito desmoronamiento entre 1989 y 1991 del “Socialismo real” en los países vinculados a la antigua Unión Soviética. Para constatarlo basta, por ejemplo, leer las intervenciones de los participantes en la mesa redonda sobre “Marxismo e Historia” celebrada en el I Congreso “Historia a debate”, celebrado en Santiago

---

<sup>60</sup> Cf. Vilar, P.: *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*, 1980, p. 129. La definición de las clases más válida teóricamente es la de Lenin.

de Compostela en 1993<sup>61</sup>. También es reveladora la afirmación de Aróstegui de que el «abandono de las posiciones marxistas [y la influencia polivalente del análisis del lenguaje son uno de] los dos movimientos cuya influencia sobre el futuro de la historiografía podemos ver de forma menos confusa»<sup>62</sup>.

Pero también sería distorsionador exponer la importancia y evolución, a lo largo del siglo XX, de las diferentes aproximaciones a la Historia inspiradas en el Marxismo, desde el punto de vista exclusivo de la crisis que ha vivido ese paradigma historiográfico -condensación, en cierto sentido de las esperanzas y frustraciones de la Modernidad- en los años más recientes.

Es cierto que como sucedáneo de la religión y como *Weltanschauung* (visión omnicomprensiva de la realidad, de la sociedad y de la Historia) el Marxismo ha perdido hoy casi toda su relevancia. Pero no debe desconocerse la gran influencia y las aportaciones que las diferentes interpretaciones del Marxismo han realizado a la teoría y a la práctica historiográfica a largo del siglo. (Las dos mismas tendencias historiográficas que he expuesto antes no serían totalmente comprensibles sin tener en cuenta la influencia del pensamiento marxiano). Interpretaciones tan diferentes que llevan a cuestionarse si no vale más hablar hoy de marxismos que de Marxismo<sup>63</sup>. Dar una idea de la importancia, evolución y heterogeneidad de esas aportaciones es lo que me propongo seguidamente.

Es más, existen importantes confluencias entre la concepción de la Historia derivada de la tradición marxista y las de las corrientes renovadoras historiográficas ya expuestas. Las tres consideran la Historia como una ciencia social que debe basarse en una teorización y en una lógica de investigación

---

<sup>61</sup> Están publicadas en 'Marxismo e historia en los años 90', en Barros, Carlos (dir.): *Historia a Debate*, t. 1 "Pasado y futuro", pp. 69-91, Santiago de Compostela, 1995.

<sup>62</sup> Aróstegui, Julio: *La investigación histórica: Teoría y método*, p. 134, Ed. Crítica, Barcelona, 1995.

<sup>63</sup> La opinión de que hablar de Marxismo en general «implica una posición cómoda pero carente de base real» fue expuesta por Bolívar Echevarría en el citado I Congreso *Historia a Debate*, p. 71. Aun sin llegar a ese extremo, la enorme diversidad e importante heterogeneidad de *Las principales corrientes del marxismo* se podía ya constatar desde años atrás en la obra homónima de Kolakowski, Leszek (3 vols., Alianza Ed., Madrid): 1, *Los fundadores*, 1980; 2, *La edad de oro*, 1982; 3, *La crisis*, 1983 (ed. orig., 1976-78).



común en buena parte a las ciencias naturales. Como las otras, la tradición marxista rechaza la separación, propuesta por el Historicismo, entre el método hermenéutico (que sería el propio de las ciencias humanas) y el analítico (como el adecuado a las ciencias naturales).

El Marxismo tiene en común con las corrientes sociohistóricas alemanas y anglosajonas a las que antes me refería la idea matriz de que las formaciones sociales tienen una lógica evolutiva y de progreso, a través de diferentes estadios, que es posible discernir; aunque la idea de progreso sea menos acentuada en Weber. Ambas tendencias, el Marxismo y las corrientes sociohistóricas, rechazan de manera aún más clara que los *Annales* la concepción de la Historia como una ciencia neutral y creen que debe estar al servicio de la crítica social: debe servir para la emancipación, para superar la alienación y la reificación del hombre.

Por último, pero no menos importante, el Marxismo, al igual que otras corrientes de la ciencia sociohistórica, se ha visto obligado a revisar desde mediados de los 70 y sobre todo en los 80 su aproximación macrohistórica y estructuralista para dar respuesta a la creciente demanda de una Historia más existencial y cercana a las experiencias vividas por los sujetos<sup>64</sup>.

#### *IV.2. LA AMBIGUA TRADICIÓN MARXISTA HASTA COMIENZOS DEL SIGLO XX Y SUS COMPLEJAS CLAVES*

Para entender la heterogeneidad de teorías y prácticas historiográficas que han reclamado ser marxistas en el último medio siglo, conviene referirse a algunas contradicciones o fuertes tensiones internas en las propias obras de Marx (y Engels). He aquí las que me parecen más nucleares.

Por un lado, las obras de Marx (especialmente del Marx maduro) y sobre todo las de su colaborador Engels tienen una clave científicista, naturalista, objetivista, dialéctica y casi determinista que impregna su consideración de la Historia humana. Esta queda así en buena parte predeterminada por unas leyes generales -asunción de la dialéctica hegeliana- que conducen, de forma

---

<sup>64</sup> Retomo y modulo personalmente aquí algunas ideas y expresiones de Iggers 1995, p. 72.

relativamente mecanicista, a estadios superiores de desarrollo hasta el Socialismo. En el análisis de las formaciones sociales los condicionamientos socioeconómicos o la infraestructura tiene un papel decisivo.

Si hubiera que escoger un texto para exponer esta visión global, evolutiva, de hegemonía de la infraestructura y en parte determinista, quizás el más adecuado sería el tantas veces citado de la introducción a la *Contribución a la crítica de la economía política* de Marx de 1859: «En la producción social de su existencia, los hombres entran en relaciones determinadas, necesarias, independientes de su voluntad; estas relaciones de producción corresponden a un grado de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la cual se eleva una superestructura jurídica y política y a la cual corresponden formas de conciencia social determinadas. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de vida social, política e intelectual en general. No es la conciencia de los hombres la que determina su ser; por el contrario, su ser social es el que determina su conciencia»<sup>65</sup>.

Esta clave filosófico-histórica, un tanto reduccionista y determinista, podría interpretarse en cierto modo como una predeterminación de los resultados de la investigación histórica. En estos resultados se debía encontrar la verificación de este esquema general.

Sin embargo, hay otra clave en el Marxismo difícilmente conciliable con la anterior: es la perspectiva socio-crítica, ética, en pos de una sociedad más justa, según la cual se rechaza el Objetivismo como Positivismo. Es una concepción que apuesta también por una aproximación problematizadora e interdisciplinar a las realidades sociales. Esta aproximación supone una importante contribución al conocimiento de las realidades históricas y al progreso social, por sus hipótesis conceptualizadoras (por ejemplo en torno a la clase y a la lucha de clases) y por su compromiso con los de abajo.

---

<sup>65</sup> El texto completo puede encontrarse, además de en las numerosas ediciones de la(s) propia(s) obra(s) de Marx, en Fontana, Josep: *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, pp. 145-146, Ed. Crítica, Barcelona, 1980. Fontana es uno de los mejores conocedores del Marxismo y de su incidencia en la Historia.

Las ambigüedades, si no contradicciones internas, latentes en el pensamiento de Marx se tradujeron en lecturas muy diferentes de su propuesta teórico-historiográfica. Ya desde comienzos del siglo pasado encontramos, por ejemplo, unas acusadas diferencias entre la interpretación más científico-naturalista y objetivista del austromarxista Karl Kautsky, secretario de Engels, y la concepción del Marxismo de un Jean Jaurès. Este, autor de una *Historia socialista de la Revolución Francesa* (1901-1903), muerto trágicamente en vísperas de la I Guerra Mundial, acentuaba en el Socialismo ante todo su dimensión de aspiración a la justicia y se declaraba también discípulo de Michelet.

#### IV.3. LA DOGMATIZACIÓN DEL MARXISMO EN LOS PAÍSES DEL SOCIALISMO REAL.

En octubre/noviembre de 1917 tiene lugar en Rusia el triunfo de la Revolución. Tras este triunfo, el Marxismo-leninismo se convierte en ideología oficial del nuevo Estado soviético<sup>66</sup>. Y la dogmatización y simplificación se incrementará durante la época estalinista, ya que Stalin (1879-1953) tuvo, o pretendió tener también, una dimensión de teórico del Marxismo. En 1938 Stalin publicó la obrita u opúsculo “Materialismo dialéctico y materialismo histórico” (que formaba parte del *Breve curso de Historia del Partido Comunista de la Unión Soviética*). Este texto fue saludado por algunos intelectuales -también en Occidente- como un “nuevo discurso del método”<sup>67</sup>. Se produjo así una paradoja: el Marxismo, que quería ser un método doblemente revolucionario -por su naturaleza y su finalidad-, fue transformado en instrumento de ordenación mecanicista de lo real y de mantenimiento del nuevo orden intelectual y social del

---

<sup>66</sup> Un importante testimonio de la excepcional significación que los historiadores conceden a este “acontecimiento”: es el único, junto con la *Revolución Francesa*, que da nombre a alguna de las numerosas Comisiones especializadas -denominadas según muy diferentes criterios- afiliadas al *Comité Internacional de Ciencias Históricas*.

<sup>67</sup> Sartre afirmaba en 1953: «La única interpretación válida de la historia humana es el materialismo dialéctico [...]. El materialismo histórico es su propia prueba [...]. Es la filosofía insuperable de nuestro tiempo» (cf. Carbonell, Ch.-O.; y Walch, J. (eds.): *Les sciences historiques de l'antiquité à nos jours*, Ed. Larousse, París, 1994, p. 606).

Estado soviético y de los países en su esfera de influencia<sup>68</sup>. La Historia, de arma revolucionaria se convertía en sierva de una *nomemklatura*. Bien es cierto que en esos años anteriores a 1956 –año en que Krushev denunció el régimen de Stalin en el XX Congreso del PCUS- las victorias que había conseguido el “Socialismo real” en los planes quinquenales o en su lucha contra el totalitarismo nazi (Estalingrado) eran más conocidas que los gulags y las purgas de la KGB y parecían legitimar aquel como la esperanza del futuro<sup>69</sup>.

La dogmatización del Marxismo en su versión marxista-leninista se manifiesta por ejemplo en la tesis de la acción permanente y determinante de la causalidad ascendente, y en la afirmación de la unicidad y linealidad de la ley de desarrollo histórico general, a través de los cinco tipos fundamentales de relaciones de producción (comunismo primitivo, esclavismo, feudalismo, capitalismo y socialismo). Pero constatar esa dogmatización no implica desdeñar en bloque la tarea, a veces creativa e importante pese a las limitaciones institucionales, desarrollada por algunos autores. Es lógico que esta se diera con más frecuencia en los países en los que, por tradición, había un mayor intercambio científico con el exterior. Así, por ejemplo, en Polonia, en donde hubo un grupo destacado de historiadores que mantuvieron contactos con el Boulevard Raspail (la sede parisina de *Annales*). Uno de estos testimonios de reflexión creativa sería por ejemplo el de Witold Kula con su *Teoría económica del sistema feudal*, cuya edición original polaca es de 1962. En esta obra Kula se propone estudiar la lógica interna del Feudalismo, de modo análogo y con la guía del análisis que Marx había hecho sobre el Capitalismo<sup>70</sup>.

También en la R.D.A. (Alemania Oriental) surgieron obras valiosas. Algunas de ellas, como la de Zwahr (1978) sobre la constitución del proletariado en Leipzig durante la Revolución Industrial, tienen como objetivo enlazar la historia de los grandes procesos y estructuras sociales con las acciones de los

---

<sup>68</sup> Con razón se ha podido titular alguno de los estudios de la historiografía oficial en esos países como “Captive Clio”. Véase Papacostea, Serban: “Captive Clio: Romanian Historiography under Communist Rule”, en *European History Quarterly*, v. 26 (1996), pp. 181-208.

<sup>69</sup> Cf. Courtois y otros: *Libro negro del comunismo*, 1998.

<sup>70</sup> Marx, como Lenin, son puntos de referencia para Kula, pero también Lévy-Strauss. Trad. cast. de esta obra por Siglo XXI (la 2.ª ed. Corregida, Buenos Aires, 1976).

seres humanos individuales. Recientemente, Georg G. Iggers, con la autoridad moral que le confiere su lucha por los derechos humanos, ha espigado y comentado en una obra específica las aportaciones en su opinión más válidas de la historiografía de la RDA<sup>71</sup>.

#### *IV.4. LA EVOLUCIÓN Y DIVERSIFICACIÓN DE LA HISTORIOGRAFÍA MARXISTA EN LOS PAÍSES OCCIDENTALES*

Me limitaré a presentar aquí solo una panorámica de las diferentes corrientes dimanadas en los países occidentales de la tradición intelectual y política marxista. Así y todo, este epígrafe habrá de ser más extenso que el anterior. Ello se debe a la gran influencia y diversidad de estas corrientes, a su estrecha interrelación con otras tendencias -en el ámbito de un debate intelectual abierto<sup>72</sup>- y a que, en definitiva, este es el marco geopolítico que nos concierne más directamente.

¿Las razones de la atracción del Marxismo sobre los historiadores e historiadoras de Occidente?: la invitación a pensar globalmente la realidad y el cambio social, la búsqueda de certezas intelectuales y éticas como sucedáneo de la religión, el compromiso en pos de un mundo unificado de progreso donde se pusiera fin a la dominación del hombre por el hombre. La interpretación marxista tenía el camino más abonado para llegar a ser hegemónica en los países donde la tradición societaria -eclesial en cierto sentido- era más fuerte que la liberal (como en los países latinos e Hispanoamérica). Especialmente cuando -como en el caso hispánico- parecía legitimar con singular fuerza la lucha contra una dictadura (luego dictablanda) de derechas. Con todo, hay que señalar que también en Estados Unidos y en Inglaterra han surgido algunas importantes tendencias históricas marxistas, aunque más bien minoritarias. Me concentraré fundamentalmente, por ahora, en las aportaciones anteriores a 1979, antes de que se extendiera el clima postmoderno y el retorno de la narrativa. (Aunque esta

---

<sup>71</sup> Iggers, G. (dir.): *Ein anderer historischer Blick. Beispiele ostdeutscher Sozialgeschichte*, Frankfurt am Main, 1991.

<sup>72</sup> Con la notable excepción ibérica hasta fines de los 60.

cronología, evidentemente, sólo sirve desde una perspectiva europea general; en el caso español, la evolución historiográfica presenta un desfase cronológico notable).

La renovación del pensamiento histórico marxista frente a la ortodoxia del Materialismo histórico comenzó en Occidente ya antes de la II Guerra Mundial. Basta evocar, por ejemplo, la importante e influyente figura de Gramsci, el cual reivindica una cierta autonomía de la superestructura y traslada al campo de la cultura (al igual que Lukács) una buena parte de la crítica marxista al Capitalismo. Pero sería fundamentalmente después de la II Guerra mundial cuando la influencia del Marxismo llegó a los medios académicos históricos.

Iggers distingue básicamente dos corrientes en la historiografía marxista occidental: una sería la estructuralista y la otra la culturalista. La estructuralista sería aquella más estrechamente ligada a la doctrina marxista de la infraestructura, la superestructura y los estadios. Para los historiadores de esa orientación, las relaciones sociales objetivas de producción y de posesión son el elemento determinante en el desarrollo de la conciencia de clase (un aspecto capital para la praxis revolucionaria).

En Francia, el referente teórico más importante de esta corriente estructuralista fue, durante algún tiempo, Louis Althusser, cuya lectura de Marx (*Pour Marx*, 1965; *Lire le Capital*, 1966) rechazaba toda interpretación historicista y humanista. Para él, el Marxismo era un método estructuralista de investigación estrictamente científico. En cuanto a Gran Bretaña, o, para decirlo con palabras del título del célebre libro de Kaye, entre los *Historiadores marxistas británicos*<sup>73</sup>, como M. Dobb, P. Sweezy<sup>74</sup> y R. Brenner<sup>75</sup> (así como en

---

<sup>73</sup> Kaye, Harvey J.: *Los historiadores marxistas británicos: un análisis introductorio*, Zaragoza, 1989 (ed. orig. ingl., 1984). La edición española de este libro ha sido preparada por Julián Casanova, autor también de un estudio sobre la Historia social, centrado especialmente en la historiografía marxista: *La historia social y los historiadores. ¿Cenicienta o princesa?*, Ed. Crítica, Barcelona, 1991. En esta obra sostiene que existe una segunda generación de historiadores marxistas británicos, formados en los 60 y 70, suficientemente diferenciados de los tratados por Kaye como una escuela. Casanova incluye en aquella a Gareth Stedman Jones, Raphael Samuel y el heterogéneo círculo en torno a la revista *History Workshop* (fundada en 1976 con el subtítulo *A Journal of Socialist historians*, en 1982 se cambió por el de *Journal of Socialist and Feminist Historians* y desde 1995 se prescindió del subtítulo).

los americanos G. Bois<sup>76</sup> e I. Wallerstein), buena parte de los esfuerzos se dedicaron un tiempo a estudiar la transición del modo de producción feudal al capitalista (del Feudalismo al Capitalismo). Con una perspectiva de decenios, quizá la propuesta interpretativa que ha tenido mayor trascendencia fuera de los ámbitos estrictamente marxistas ha sido la gran tesis de I. Wallerstein (afín en algunos aspectos a los *Annales*)<sup>77</sup>. Según este, el origen del Capitalismo y de las relaciones de dependencia de la periferia respecto al centro del moderno sistema mundial comienza ya en el siglo XVI. Esa propuesta tendría una gran repercusión en todas las teorías de la dependencia económica del que -todavía por inercia- se sigue llamando Tercer Mundo, aunque uno puede preguntarse qué sentido tiene hablar de tercero si no existe ya, como bloque articulado, el Segundo Mundo.

La corriente marxista más culturalista estaría formada por historiadores como G. Rudé<sup>78</sup>, E. Hobsbawm<sup>79</sup>, R. Jordan<sup>80</sup>, E. Genovese y, sobre todo, Edward P. Thompson. (Dejo aparte, por ahora, a los historiadores italianos de matriz marxista -gramsciana- como Ginzburg, Levi y Poni, sobre cuyas propuestas trataré más adelante en relación con la Microhistoria).

Esta corriente historiográfica sigue teniendo como centro de gravedad, en consonancia con sus convicciones marxistas, la lucha de clases y el problema de

---

<sup>74</sup> Sweezy, Paul: *La transición del feudalismo al capitalismo*, 1950. Mientras que Dobb atribuye el colapso del Feudalismo a sus contradicciones económicas internas, Sweezy lo atribuye a una razón externa: el auge del comercio.

<sup>75</sup> Brenner, Robert: *Estructura de clases agraria y desarrollo económico en la Europa preindustrial*, 1976.

<sup>76</sup> Bois, Guy: *Crise du féodalisme*, París, 1976. Fontana (1982) acusa a Bois de no haberse distanciado suficientemente del Maltusianismo.

<sup>77</sup> Wallerstein, Immanuel: *El moderno sistema mundial. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*, Ed. Siglo XXI, Madrid, 1979 (ed. orig., 1974). Una prueba de dicha trascendencia fue la inclusión de esa temática y el gran interés que despertó en el Congreso Internacional de Ciencias Históricas (CICH) celebrado en Madrid en 1990.

<sup>78</sup> Cf. Rudé, George: *La multitud en la historia. Disturbios populares en Francia e Inglaterra 1730-1848*, 1.ª ed. 1972.

<sup>79</sup> Cf. Hobsbawm, Eric: *Rebeldes primitivos*, Barcelona, 1968.

<sup>80</sup> En *The World the Slaves Made* (1976), Roll Jordan se ocupa de la relación amo-siervo en el sur de los Estados Unidos.

la dominación; sin embargo, recalca el papel de la conciencia y de la cultura como factores decisivos en la acción social.

Parece que hay un notable consenso entre los especialistas marxistas (por ejemplo J. Fontana y H. Kaye) y entre otros que ven el Marxismo con más distanciamiento, sin serle hostiles, como G. Iggers, en destacar la importancia y la gran aportación que han significado las obras de Edward P. Thompson en la renovación teórica del Marxismo occidental<sup>81</sup>. Pero ¿en qué residen éstas?

Thompson quiere renovar con su obra la interpretación del Marxismo como crítica abierta a los problemas de los nuevos tiempos. Unos problemas que no pueden resolverse simplemente de una manera escolástica con la invocación a unos textos surgidos hace más de cien años. En su obra más importante e influyente -convertida ya en clásico- *The making of the English Working Class, 1780-1832* (3 vols., 1963), la tesis de Thompson es que la formación de la clase obrera inglesa concreta no es simplemente el resultado de las nuevas fuerzas productivas. Es un desarrollo en el ámbito de la Historia política y cultural y en el de la Historia económica. La clase obrera no solo fue creada, fue al mismo tiempo su propio creador. Las relaciones sociales de producción no son cosas, solo existen en el marco configurado por el ámbito de la cultura y de la conciencia.

Además de este peso de los factores específicos político-culturales, Thompson se distancia del Marxismo clásico en su evaluación del proceso de industrialización. En Thompson vemos que comienza ya a vacilar la fe ilustrada: una convicción en el progreso heredada en general por las ideologías del siglo XIX como el Marxismo. La modernización, admite Thompson, trajo también pérdidas de calidad de vida. Así, en Thompson, a diferencia de Althusser, observamos algunos elementos en común con la perspectiva historicista de que cada tiempo tiene su propio valor y de que el pasado es algo más que el camino hacia el futuro.

Esta valoración creciente de los aspectos culturales en el análisis de la realidad y dominación social no puede separarse de la creciente atención que los

---

<sup>81</sup> Harvey J. Kaye y Keith McClelland han editado una recopilación de artículos que constituye «a critical engagement with E. P. Thompson's work», titulada *E. P. Thompson. Critical Perspectives* (Polity Press, Cambridge, R.U., 1990).



historiadores -también los marxistas- prestan a la Antropología. El concepto de cultura popular o plebeya, tan discutido en los últimos años por R. Chartier o P. Burke, será el engarce entre la tesis capital marxista de la lucha de clases, como factor teórico hegemónico, y las nuevas perspectivas en pos de la vivencia y de la interpretación del sujeto que aporta la Antropología cultural. Así E. P. Thompson puede entenderse también como un puente tendido entre la aproximación analítico-sociológica y la aproximación hermenéutica a la Historia.

Partiendo del Materialismo histórico clásico, la historiografía marxista se ha diversificado y evolucionado en diferentes orientaciones que la han llevado a conjugarse, en algunos casos pero no siempre, con el retorno de la narrativa o con el cuestionamiento de las aproximaciones macrohistóricas. Debates como este del retorno de la narrativa o la propuesta de cambio de escala en la observación histórica serán los que centrarán nuestra atención en los siguientes capítulos.

## V. EL RETORNO DE LA NARRATIVA Y DE LOS ACONTECIMIENTOS Y EL CUESTIONAMIENTO DE LA HISTORIA SOCIOESTRUCTURAL

### *V.1 INTRODUCCIÓN*

El título binómico de este capítulo retoma, en su primer elemento, la denominación de un célebre artículo publicado por Lawrence Stone en 1979 en *Past and Present*<sup>82</sup>, “The revival of narrative: reflections on a new old history”, que a casi todos nos resulta ya familiar. Aunque muy discutido en su momento, con la perspectiva de casi dos decenios aparece como un hito muy significativo y casi profético de la evolución historiográfica posterior. Las tendencias que Stone detectaba y resumía con esa *code-word* de *narrative* han ganado terreno ampliamente después como tendremos ocasión de ver. Así, ese título de “renacimiento de la narración” aparece también en uno de los artículos de la influyente obra de Peter Burke *New Perspectives on Historical Writing*, de 1991<sup>83</sup>. Ciertamente, en buena medida me apoyaré en estas dos contribuciones en este capítulo.

El “resurgimiento de la narrativa” no es sólo una apreciación o un fenómeno anglosajones. Ese paulatino cambio en la praxis historiográfica se ha dado en todos los países de Occidente. La *microstoria* italiana o la *Alltagsgeschichte* (Historia de la vivencia cotidiana) germánica, de las que trataré en el siguiente capítulo, encajan bien, en varios aspectos, en el retrato trazado por Stone. Por otra parte, esa renacida preocupación por la escritura de la Historia - aunque *revival of the narrative* implica mucho más que eso- tiene mucho que ver con el giro lingüístico, otra de nuestras temáticas obligadas por la ancha sombra de Hyden White.

---

<sup>82</sup> Exactamente en el n. 85. Aunque con algunas deficiencias serias -como registros perdidos en vez de resultados mediocres (*mixed records*)-, puede encontrarse una traducción castellana de este artículo en Stone, Lawrence: “El resurgimiento de la narrativa: reflexiones acerca de una nueva y vieja historia”, en *El pasado y el presente*, F.C.E., México, 1986, pp. 95-120 (ed. orig., Londres y Boston, 1981).

<sup>83</sup> Traducción española, Burke, Peter: “Historia de los acontecimientos y renacimiento de la narración”, en Burke, P. (dir.): *Formas de hacer historia*. Alianza Ed., Madrid, 1993, pp. 287-305.

La sintética e irenista panorámica crítica de Iggers aborda la temática suscitada por Stone desde una perspectiva más continuista y quizás un tanto apresurada. Para Iggers, más que la negación de la Historia socio-científica y estructural anterior, la nueva narrativa representaría su transformación; pues el retorno de la narrativa -y en esto no hay duda- no significa una vuelta al modelo historiográfico básico tradicional. Stone, por su parte, acentúa más el contraste y se extiende más en las causas de la crisis de la Historia analítico-estructural. Y puesto que a él pertenece la tesis “originaria” y el tiempo parece haberle dado la razón, bien merece la pena exponer qué entiende él por “resurgimiento de la narración” y qué pruebas aportaba en 1979 de ese, entonces, incipiente cambio<sup>84</sup>. (Su tesis no está lejos, como podremos comprobar, de la que más recientemente constata un “giro cultural” en la Historia).

Por su lado, Peter Burke, siempre muy atento a las nuevas inquietudes, ha ampliado el debate, antes centrado en las polaridades “historia narrativa / historia estructural”<sup>85</sup>. Burke he efectuado un interesante examen de los tipos de narrativa que, en su opinión, resultan más valiosos y constituyen una “regeneración de la narrativa”. Al hacerlo ha puesto de manifiesto, por lo demás, su gran bagaje literario y horizontes culturales que desbordan los límites del mundo occidental.

## V.2. TESTIMONIOS Y RAZONES DEL RETORNO ¿DE QUÉ NARRATIVA?

Veremos, en primer lugar, cómo sintetiza L. Stone los cambios en el discurso histórico que percibía en los años anteriores a 1979, entre sectores reducidos pero muy influyentes y significativos de los historiadores. He aquí las densas frases con las que concluye su artículo: «Está claro que una única palabra como “narrativa”, especialmente esta que encierra una Historia tan complicada

---

<sup>84</sup> Aunque anteriormente Pierre Nora ya había reivindicado la importancia del acontecimiento, muy ligado a la narrativa, en un artículo de 1972: “Le retour de l'événement”, en Le Goff, J.; y Nora, P. (dirs.): *Faire de l'histoire*, 3 vols., París, 1974, vol. 1, pp. 210-218.

<sup>85</sup> Esa polaridad “Narrative History and Structural History” fue la que articuló la revisión de toda la Historia de la historiografía, desde los griegos al siglo XX, en las sesiones científicas de la Comisión Internacional de Historia de la Historiografía que tuvieron lugar en el XVI CICH de Stuttgart de 1985. Buena parte de las intervenciones, entre ellas de la Jürgen Kocka, se han publicado en un número especial de la revista *Storia della Storiografia* (n. 10, 1986).

tras de sí, no resulta adecuada para describir lo que viene a ser de hecho un amplio conjunto de transformaciones con respecto a la naturaleza del discurso histórico. Existen indicios de un cambio en el problema histórico central, con un énfasis sobre el hombre en medio de ciertas circunstancias más bien que sobre las circunstancias que lo rodean; en los problemas estudiados, sustituyéndose lo económico y lo demográfico por lo cultural y lo emocional; en las fuentes primarias de influencia, recurriéndose a la Antropología y la Psicología en lugar de a la Sociología, la Economía y la Demografía; en la temática, insistiéndose sobre el individuo más que sobre el grupo; en los modelos explicativos de las transformaciones históricas, realizándose lo interrelacionado y multicausal sobre lo estratificado y monocausal; en la metodología, tendiéndose a los ejemplos individuales más bien que a la cuantificación de grupo; en la organización, abocándose a lo descriptivo antes que a lo analítico; y en la conceptualización de la función del historiador, destacándose lo literario sobre lo científico. Estos cambios multifacéticos en cuanto al contenido, lo objetivo de su método y el estilo de la historiografía, que están dándose todos a la vez, presentan claras afinidades electivas entre sí: todos se ajustan perfectamente. No existe una palabra única que los abarque a todos, y por ello la palabra “narrativa” nos servirá por el momento como una especie de símbolo taquigráfico para todo lo que está sucediendo.

«Tengo la esperanza de que al centrar la atención sobre el resurgimiento de la narrativa este artículo estimulará futuras reflexiones acerca de su importancia para el porvenir de la historia y acerca de la cambiante relación -la cual se vuelve ahora cada vez más débil- entre la historia y sus hermanas la ciencias sociales, suponiendo que la historia ataña en primer término a las ciencias sociales»<sup>86</sup>.

Aunque la cita es algo extensa para los estándares habituales, pienso que vale la pena, por las muchas y profundas dimensiones a las que se alude, en menos de una página, con esa *code-word* de narrativa. En cierto modo, su comentario es el resto de este bloque, relativo al debate historiográfico tras la II Guerra Mundial, de nuestra memoria.

---

<sup>86</sup> Este texto es una versión directa hecha por mí mismo, ligeramente distinta de la traducción española, a partir del original inglés en *The Past and the Present* (Boston, 1981, p. 96).

Para ilustrar ese viraje hacia la narrativa en la trayectoria que la investigación histórica ha tendido a seguir entre 1959 y 1979 Stone nos presenta el caso de Jean Delumeau, un destacado historiador vinculado a la Escuela de *Annales*. Comenzó en 1962 estudiando un producto económico: el alumbre; continuó en 1969 por una sociedad (Roma); en 1971 por una religión (el Catolicismo); en 1976 abordó un comportamiento colectivo (*Les Pays de Cocagne*<sup>87</sup>); y finalmente, en 1979, una emoción (el miedo)<sup>88</sup>.

Pero Delumeau no es un caso aislado. Stone nos enumera una serie de obras emblemáticas de autores de diferentes orientaciones ideológico-políticas que indican esa tendencia: *Le dimanche de Bouvines* (1973), relato de un acontecimiento (el 27-7-1214), ¡una batalla!, a partir del cual G. Duby esclarece las características de la sociedad feudal francesa; el *Cristofano and the Plague* de Cipolla (1973), que relata las reacciones personales ante la epidemia de peste en 1630 en Prato; el *Montaillou* de Le Roy Ladurie, de 1975, que ofrece un fresco apasionante de las formas de vivir la religión y el sexo en una aldea pirenaica a comienzos del siglo XIV; la narración por E. P. Thompson en *Whigs and Hunters* (1975) del choque en los bosques de Windsor entre las autoridades que amparan a los patricios y los furtivos plebeyos; o, *last but not least*, el relato por N. Z. Davis -en prensa cuando escribía Stone su artículo- de rituales de ignominia en las regiones de Lyon y Ginebra en el siglo XVII. Por entonces Davis todavía no había tallado su joya narrativa sobre Martin Guerre. No es difícil estar de acuerdo en que en conjunto estos autores constituyen un grupo muy relevante.

Las razones por las que se empezó a cuestionar la Historia socioestructural, según Stone, y se llegó a esta *new quest for Narrative*<sup>89</sup> son en lo esencial las que Jürgen Kocka, representante destacado de la Escuela de Bielefeld, reconoció en 1986 constatando esta tendencia también en Alemania Federal. Los excesos en la

---

<sup>87</sup> Delumeau, J. ; *La Mort des Pays de Cocagne: Comportemens Collectifs de la Renaissance à l'Âge Classique*, París, 1976.

<sup>88</sup> Para poner un contrapunto optimista, en esta elección de emociones también ha habido historiadores, como T. Zeldin, que han estudiado *Le bonheur* (la felicidad).

<sup>89</sup> Este término aparece en el título de una comunicación presentada por Jürgen Kocka en el Congreso de Stuttgart: "Theory Orientation and the New Quest for Narrative. Some Trends and Debates in West Germany", en *Storia della Storiografia*, n. 10 (1986), pp. 170-181.

cuantificación y la sofisticación conceptualizadora habían hecho casi indigeribles, cuando no ininteligibles, las obras históricas, en las que el elemento humano, el vino de la personalidad humana, escaseaba alarmantemente<sup>90</sup>. Y la merma del interés del gran público no había sido compensada por el grado de consenso que se podía esperar entre los historiadores, sobre problemas capitales como las causas de la revolución inglesa o si la revolución industrial trajo consigo un aumento o una disminución del nivel de vida de los trabajadores. Por otra parte, la gran crisis cultural coetánea vivida por los países occidentales y centroeuropeos en los decenios de los 60 y 70 (una de cuyas manifestaciones serían las revueltas estudiantiles de 1968) favorecía un clima de escepticismo general contra las macroteorías sociológicas omnicomprensivas y un relativismo que encontraba en la Antropología su aliado.

El retorno a la narrativa, la importante dedicación a la Historia de las mentalidades en la tercera generación de *Annales*, la deriva de una parte significativa de los historiadores marxistas italianos hacia la Microhistoria, el giro en cierto modo culturalista de un E. P. Thompson responden, en mi opinión, a un clima histórico occidental cultural común: la crisis de valores y de identidad de esa sociedad, cuyo progreso económico parece más claro que sus certidumbres básicas sobre las que articular la convivencia política y las relaciones con otras culturas. Ese retorno obedece en suma a una cierta crisis de la Modernidad ilustrada. Responden también a un lógico y necesario efecto de compensación frente al déficit de relato al que se encaminaba la Historia. Como había escrito Chaunu haciendo una cierta autocrítica desde *Annales*, quizás en el afán por no limitarse al relato y superarlo, algunos historiadores habían carecido de prudencia y de medida y ahora era necesario insistir de nuevo en lo que la Historia tiene de escritura.

### V.3. CARACTERÍSTICAS Y PROBLEMAS QUE PLANTEA ESTA NUEVA NARRATIVA

---

<sup>90</sup> «Las estadísticas nos suministran una dieta seca e insípida si no se las rehoga con el vino de la personalidad humana», había escrito ya el propio L. Stone en la introducción a su célebre monografía de Historia social *The crisis of the aristocracy*. (cita de la ed. esp., Madrid, 1965, p. 19).

El resurgimiento de la narrativa no implica necesariamente -aunque tampoco la excluye totalmente- la rehabilitación del modelo historiográfico básico. La nueva narrativa a la que Stone se refiere, y en cierto modo reivindica, se diferencia de la narrativa de los historiadores tradicionales en varios aspectos. Esta nueva narrativa se interesa por las vidas y los sentimientos del hombre común más que por el grande y poderoso, y no excluye el análisis que continúa siendo esencial en su metodología. Los historiadores revalorizan nuevas fuentes, como los procesos criminales o las transcripciones detalladas de comportamientos. En su intento de comprensión de la realidad humana, esta nueva narrativa intenta explorar también el subconsciente (aquí la influencia de la Psicología es decisiva) y busca el sentido simbólico. Y, *last but not least*, esta nueva narrativa cuenta la historia de una persona o un episodio dramático no por sí mismos, sino para esclarecer los entresijos de una sociedad y una cultura pasadas. De hecho, añado yo, estos relatos resultan esclarecedores si, como en el caso de N. Z. Davis o G. Duby, brotan de la pluma de historiadores que tienen un importante bagaje de conocimiento de las estructuras sociales, económicas, culturales, institucionales y políticas de los grupos humanos en los que se ubican sus *dramatis personae*.

Me parece importante señalar algunos de las ideas y modelos sobre los que Burke ha llamado la atención, en esta línea de intentar una narrativa enriquecida o regenerada; una propuesta de síntesis entre la Historia analítico-estructural (centrada en los grandes procesos y estructuras) y la narrativa (atenta ante todo a las vivencias y acontecimientos). Burke es sensible a la crítica que hace Hyden White a los historiadores de que descuidan las sugerencias que puede brindar la literatura coetánea para embarcar mejor al lector en el relato. Así, Burke hace suyo un desiderátum de Golo Mann (el historiador de Wallenstein e hijo del gran novelista). Según Mann, el historiador ha de ensayar la armónica conciliación de una doble perspectiva temporal en su relato: por una parte, la de los protagonistas del tiempo que estudia, “para nadar con la corriente de los acontecimientos” y poniendo de manifiesto la apertura del futuro; y por otra parte, la de un testigo posterior y mejor informado, que le permita analizar esas realidades con la

perspectiva y desde los puntos de vista de la influencia o resultado posteriores de esos mismos acontecimientos<sup>91</sup>.

Además, Burke piensa que para que “las voces diversas y opuestas” de los muertos se oigan de nuevo, el historiador, como el novelista, necesita practicar la heteroglosia. Así, presenta como modélico el estudio de Richard Price sobre Surinam (la otrora Guayana Holandesa) en el siglo XVIII, titulado *Alabi's World* y publicado en 1990. Price, un historiador (euro)norteamericano, habla más de multivocalidad que de heteroglosia. En su estudio trata de revivir y explicar el conflicto intercultural en Surinam a la par que la vida de Alabi (un saramaka, descendiente de esclavos africanos). Para ello enlaza en su obra, visualizándolas con tipografías diferentes, cuatro voces que son cuatro interpretaciones: la de los esclavos negros transmitida oralmente por sus descendientes samarakas no cristianos<sup>92</sup>, la de los administradores y gobernantes holandeses, la de los misioneros moravos germanos y la del propio historiador cuya intervención se visibiliza.

El problema fundamental y el reto para esta nueva narrativa creo que queda bien planteado en los términos en que Burke lo formula: «That of making a narrative thick enough to deal not only with the sequence of events and the conscious intentions of the actors in these events, but also with structures - institutions [no “intuiciones”, como se lee en la edición castellana], modes of thought, and so on- whether these structures act as a brake on events or as an accelerator»<sup>93</sup>.

Como posibles respuestas a esta cuestión, traducidas en prácticas historiográficas, Burke destaca algunos modelos. Por la relación más directa que tienen con nuestra Edad Moderna me centraré en dos de ellos. Uno es *El regreso de Martin Guerre* de N. Z. Davis, en que la autora presenta una historia insólita y

---

<sup>91</sup> Cf. Elliott, J.H.: *Richelieu y Olivares*, Barcelona, 1984.

<sup>92</sup> Estos testimonios formarían parte de la *oraliture*. Esta es una expresión utilizada en Francia desde hace algunos años para designar el conjunto de la “littérature orale”, incluidas las expresiones de la cultura oral transmitidas por escrito. (Véase el glosario de Poirier, J.; y otros: *Les récits de vie. Théorie et pratique*, PUF, 2.<sup>a</sup> ed., París, 1989).

<sup>93</sup> Burke, P.: *New Perspectives...*, p. 240.



de gran tensión dramática. A través de ella Davis recrea y explica –Michelet hablaba de la «resurrección integral de la vida»- la forma en que los campesinos, hombres y mujeres, de una aldea del sur de Francia a mediados del siglo XVI experimentan las limitaciones y posibilidades de sus vidas. Así, el relato es a la vez un drama social, en el sentido de los antropólogos, un suceso que revela conflictos latentes e ilumina estructuras sociales.

El otro modelo es el propuesto por el antropólogo social e historiador Marshall Sahlins, que ha analizado los encuentros culturales en el Pacífico, en las Islas Hawai y Fidji, especialmente con la llegada de la expedición del inglés Cook en 1778<sup>94</sup>. En su estudio Sahlins nos muestra cómo los acontecimientos son percibidos de acuerdo con las estructuras culturales, pero también cómo las categorías o estructuras mentales se ponen a prueba, peligran y pueden cambiar cuando se someten al choque de los acontecimientos y experiencias del mundo real. Así, algunas de las consecuencias estructurales de estos contactos y acontecimientos fueron tanto el fin del sistema cultural indígena del *tabú* como el nacimiento del comercio internacional entre Inglaterra y esas zonas.

Ese gran objetivo de combinar la aproximación al sujeto que vivió la Historia (mediante la narración interpretativa y empática) y la explicación del objeto histórico (mediante el análisis conceptual y distanciado) no se lo han planteado solo los historiadores anglosajones -a los que en este capítulo he dado en cierto modo preferencia. En buena parte de los capítulos que siguen, retomaré este debate bajo diferentes aspectos y centrando la atención también en algunas “escuelas” o tendencias más o menos acotadas, y ubicadas en diferentes tradiciones histórico-culturales.

---

<sup>94</sup> Ed. cast., *Islas de historia: la muerte del Capitán Cook. Metáfora, antropología e historia*, Gedisa, Barcelona, 1988.

## VI. EL GIRO LINGÜÍSTICO EN LA NUEVA HISTORIA CULTURAL Y EL PANORAMA DE LA PRÁCTICA HISTORIOGRÁFICA ACTUAL

### *VI.1. INTRODUCCIÓN.*

Si echamos un vistazo a los índices alfabéticos de algunas obras recientes sobre teoría de la Historia o Historia de la historiografía, o a los programas de algunos grandes encuentros internacionales de historiadores, constataremos hasta qué punto el giro lingüístico<sup>95</sup> y los autores emblemáticos asociados a él como Hayden White ocupan un lugar destacado en los debates actuales. No faltan tampoco declaraciones específicas al respecto<sup>96</sup>.

A su vez, esta problemática del giro lingüístico puede considerarse como una manifestación de un fenómeno más amplio que Donald Kelley ha denominado recientemente «el giro cultural en la investigación histórica»<sup>97</sup>. Con este término engloba, no sólo el “giro lingüístico” del que nos ocuparemos ahora, sino también otras dos tendencias de las que ya he tratado anteriormente en un mismo capítulo. Una de éstas es la que D. Kelley llama “el giro hacia dentro” (la

---

<sup>95</sup> "Linguistic turn" en inglés; "Wendung zur Sprachlichkeit", viraje hacia la "lingüisticidad", en Gadamer, H.G.: *Historia y hermenéutica*, p. 115, 1997.

<sup>96</sup> La presencia importante de H. White y de otros teóricos postmodernos se refleja bien en los índices de, por ejemplo, Aróstegui, Julio: *La investigación histórica: Teoría y método*, Ed. Crítica, Barcelona, 1995; Southgate, Beverley: *History: What & Why?*, Routledge, Londres, 1996; y de la propia obra de Iggers de 1995 repetidamente citada. En cuanto al XVIII CICH de ese mismo año 1995 en Montreal, la introducción al tema especializado n. 2, “Fiction, narrativité, objectivité (l'histoire et la littérature, l'objectivité historique)” -que tuvo gran audiencia-, se abrió con estas palabras: “The special theme. [...] is probably the most characteristic and endemic preoccupation of our common intellectual discipline at the close of the twentieth century” (N. Partner / M. Miyake: *Actes*, p. 159). No era esta, con todo, la primera vez que la relación entre lenguaje e Historia se discutía en un CICH. Esta temática había sido ya abordada en el XV Congreso, el de Bucarest, de 1980. Véase, por ej., la comunicación de Pietro Rossi “Die Sprache der Historiker zwischen Umgangssprache und Wissenschaftssprache” (El lenguaje del historiador entre el lenguaje común y el lenguaje científico), en *Rapports*, I, pp. 400-407. Otra valoración relevante sobre la importancia que han adquirido las cuestiones del lenguaje últimamente es la de Edoardo Grendi: “Este deslizamiento de una problemática de la producción y del intercambio [económicos] a la del lenguaje y de la representación es probablemente un elemento decisivo de la experiencia historiográfica del decenio último” (“Repenser la microhistoire?”, en Revel, Jacques: *Jeux d'échelles...*, 1996, p. 236). (Como ya dije, Grendi escribió este artículo en 1994).

<sup>97</sup> Kelley, Donald: “El giro cultural en la investigación histórica”, en Olabarri, I.; y Caspistegui, F. J. (dirs.): *La 'nueva' Historia...*, 1996, pp. 35-48.

Historia en pos del sujeto). La otra es el “giro hacia el exterior,” es decir la fascinación por el Otro cultural (los nuevos enfoques antropológicos).

El objetivo de este tema es clarificar, en la medida de lo posible, el contenido y las complejas implicaciones de los debates sobre el giro lingüístico. Digo complejas implicaciones porque esa nueva tendencia historiográfica nos invita -y en cierto modo nos obligará- a los historiadores a ponernos enseguida en contacto o a retomar -en el mejor de los casos- teorías, términos y tecnicismos del ámbito de la Lengua y la Literatura; de modo análogo a como en los años 70, por ejemplo, al menos en España, nos abocamos a la Sociología y la Economía.

¡Inquieta y siempre renovada Clío! a la cual ningún horizonte humano es ajeno, aunque sólo sea eso: un horizonte imposible de alcanzar. He ahí la grandeza y la debilidad de nuestro oficio. Tenemos que habérmolas con el ser humano en toda su complejidad e irreductible a cualquier aproximación unidimensional.

En realidad, considerados en profundidad, muchos de estos “nuevos” debates no son sino la reformulación, de manera más sofisticada y acorde con la actual situación cultural y política de Occidente, de una magna y vieja cuestión: ¿qué límites y posibilidades existen para un conocimiento histórico objetivo, que aprehenda la realidad? Por tanto, las cuestiones discutidas no tienen sólo que ver con la dimensión estética y retórica de la Historia (con el *delectare* y el *persuadere*), sino que poseen también una dimensión epistemológica. La conexión entre ambas es ya, por otra parte, muy antigua<sup>98</sup>.

Estamos ante una problemática que conlleva riesgos éticos importantes, como podría ser el de conducir -al menos en la teoría- a un relativismo cultural radical, propenso al nihilismo. Máxime si converge con la influencia de la Antropología cultural que tiende a hacer una apología a ultranza de la “diferencia”. De ahí, en nuestra opinión, la conveniencia de tomarse esas cuestiones en serio y de explorar algunas vías de refundamentación moderadamente realista del conocimiento histórico, a partir de las propuestas

---

<sup>98</sup> Un buen exponente de hasta qué punto se interrelacionan las diferentes dimensiones de la Historia lo tenemos en el hecho de que es en un célebre pasaje de un discurso de Cicerón titulado *De oratore* donde nos aparece una de las formulaciones más clásicas y tempranas de las pautas ético-metodológicas para el historiador en pos de la objetividad.

filosóficas de Hans G. Gadamer<sup>99</sup> y de Paul Ricoeur por ejemplo. Respecto a este último, la reciente edición de *Historia y narratividad* (1999) me ha facilitado el conocimiento del núcleo fundamental de su gran obra *Temps et récit* (Tiempo y relato)<sup>100</sup>, mediante el artículo “Para una teoría del discurso narrativo”.

Terminaré esta panorámica de los cambiantes rostros de Clío en la segunda mitad de nuestro siglo con un *tour d’horizon* en que trataré de reflejar lo que es de hecho la práctica historiográfica más usual. Ésta no puede ser constreñida a las formulaciones emblemáticas ya comentadas y presenta, en muchos casos, una notable dosis de saludable eclecticismo, combinando los nuevos enfoques con las tradiciones intelectuales sólida y plurisecularmente asentadas.

## VI.2. LAS IMPLICACIONES DEL GIRO LINGÜÍSTICO Y LA “REVANCHA DE LA LITERATURA”.

Entre los historiadores españoles la expresión “giro lingüístico” -aplicada a la teoría y a la investigación del pasado- es relativamente reciente. Sin embargo, tiene ya casi cuarenta años: fue acuñada en 1964 por Gustav Bergman. Comenzó a popularizarse desde la edición en 1967 de una colección de ensayos del filósofo norteamericano Richard Rorty titulada *The Linguistic Turn. Recent Essays in Philosophical Method*<sup>101</sup>. Indirectamente y de manera creciente este giro ha afectado de manera importante a la Historia. Así, en la *American Historical Review* apareció en 1987 un artículo cuyo título daba ya por descontada la existencia de ese giro lingüístico. Era concretamente el de John Toews “Intellectual History after the Linguistic Turn. The Authonomy of Meaning and the Irreducibility of Experience”. Y en 1991, una breve nota de Lawrence Stone publicada en *Past & Present* sobre “Historia y Postmodernismo” (agosto, n.º 131)

---

<sup>99</sup> Sobre Gadamer y su *Verdad y método*, ver Sánchez Marcos, F.: “La influencia de la historiografía germánica en España en el decenio 1990-1999”, en *Actas del II Congreso Internacional Historia a Debate*, La Coruña, 2000, pp. 129-138, especialmente pp. 134-135.

<sup>100</sup> Ed. orig., París, Seuil, 1983-1985.

<sup>101</sup> Traducción castellana por Ed. Paidós, Barcelona, 1990. R. Rorty es uno de los directores, junto con Q. Skinner, J. B. Schneewind y W. Lepeines, de la importante colección “Ideas in context” publicada por la Cambridge University Press (U.K.). En ella ha aparecido por ejemplo la influyente recopilación de ensayos de Pagden, Anthony (dir.): *The Languages of Political Theory in Early-Modern Europe*, Cambridge, 1987.

desencadenó un vivo debate, muy vinculado al impacto del giro lingüístico en la Historia y a sus potenciales ventajas y eventuales amenazas<sup>102</sup>.

¿Qué se quiere decir, básicamente, con esa expresión de “giro lingüístico”? Con ella se subraya vigorosamente lo que la Historia tiene de lenguaje, de discurso, de constructo literario y lingüístico. La Historia, en palabras de Hans G. Gadamer, es «la recopilación de la obra del espíritu humano, escrita en lenguajes del pasado, cuyo texto hemos de entender»<sup>103</sup>. Más precisamente, la idea directriz en este giro es poner de manifiesto que «el lenguaje no mantiene una relación simple, transparente y de referencia unívoca con las realidades multiformes de un mundo externo, extralingüístico y cognoscible»<sup>104</sup>. Porque, puedo también en esto estar de acuerdo con Gadamer, en cierto sentido «El pasado es lenguaje, descubierto en los textos por alguien que no habla el mismo lenguaje. Aunque esta distancia entre el pasado y el presente no puede ser salvada del todo, algunos aspectos de cada uno pueden ponerse de manifiesto a través de una ‘fusión de horizontes’, es decir comunicándose de tal manera que la tensión entre el horizonte del texto y el horizonte del lector se disuelve»<sup>105</sup>.

En cualquier caso, con el giro lingüístico y la teoría postmoderna, aunque no se lleve a sus extremos (Roland Barthes y Jacques Derrida), se insiste en que el lenguaje constituye una estructura relativamente autónoma (“*Sprache spricht*”: la lengua habla por sí misma en alguna forma) y relativamente opaca a la realidad extralingüística.

Fue justamente Gabrielle Spiegel, la autora del artículo cuya breve alabanza por Stone suscitó el debate de *Past & Present* antes mencionado, quien calibró en el mismo las aportaciones que el pensamiento postestructuralista y el giro lingüístico han supuesto para la Historia. Afirma Spiegel que «uno de los mayores [...] avances ha sido desplazar la metáfora controladora de la evidencia histórica de la reflexión a la mediación». El avance ha consistido en el cambio siguiente: se

---

<sup>102</sup> Los textos de ese debate pueden encontrarse traducidos al castellano en *Taller d'Història*, n. 1, 1.º semestre de 1993, pp. 59-73.

<sup>103</sup> Citado por Kelley, D.: “El giro cultural...”, p. 39.

<sup>104</sup> Partner, N.; y Miyake, M: comunicación al XVIII CICH, *Actes*, Montreal, 1995, p. 160.

<sup>105</sup> Gadamer, H. G.: *Wahrheit und Methode: Grundzüge einer Philosophischen Hermeneutik*, Tübinga, 1975. Citado en MacHardy, Karin: “Crisis in History, or: Hermes Unbounded”, en *Storia della Storiografia*, n. 17 (1990), p. 16.

pensaba «desde la noción de que los textos y documentos reflejan transparentemente las realidades pasadas, como creía el Positivismo, a otra en la que el pasado se capta en la forma mediatizada preservada para nosotros en el lenguaje». Por ello -concluye sensatamente Spiegel- «necesitamos pensar detenidamente cómo entendemos la mediación y cómo este entendimiento [o intelección] incide en nuestra práctica»<sup>106</sup>.

Así, el giro lingüístico centra la atención en la mediación que el uso del lenguaje introduce en el conocimiento histórico, y sobre todo también de forma inconsciente para el historiador. Este giro subraya a la vez la afinidad que la Historia tiene con la creación literaria. Como corolario de todo esto, se ha producido una especie de “revancha de la literatura”. De este modo, los teóricos de la Literatura<sup>107</sup> han adquirido un notable protagonismo en el debate reciente sobre el conocimiento histórico (F. Dosse: *L’Empire du sens*), en el sentido no solo de la creación sino también de la recepción literaria.

Llegados a este punto quizás convenga recordar que la dimensión estético-literaria, muy presente en la historiografía grecorromana, nunca se había descuidado totalmente por los historiadores. E incluso se había teorizado sobre ella. En el siglo XVII, por ejemplo, basta evocar los nombres de Cabrera de Córdoba y Francisco de Melo. El propio Ranke, padre para algunos de la Historia científico-erudita, consideraba importante esta faceta estética. Y en cuanto a Michelet y Braudel, ya he tenido ocasión de mostrar algún testimonio de la calidad literaria de su escritura histórica. Exceptuando quizás algunas formas extremas de Historia socio-científica, no ha existido ninguna historiografía sin un importante componente literario. Pero éste aparecía como un elemento subordinado en la Historia profesionalizada, desde Ranke. Justamente, la desretorización es para algunos teóricos de la Historia, como Jörn Rüsen, *la* característica distintiva de la historiografía “moderna” o postilustrada.

Ahora, tras el giro lingüístico, este aspecto literario que podríamos considerar formal y secundario se conecta más estrechamente con el conocimiento del historiador objetivado en sus relatos. Bien expresivo en este

---

<sup>106</sup> Citas tomadas del artículo de G. Spiegel traducido en *Taller d’història*, n. 1, 1993, p. 68.

<sup>107</sup> Como G. Steiner en *¿Hay algo en lo que decimos?*

sentido es el propio título de una recopilación de ensayos de Hayden White traducida recientemente al castellano: *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*<sup>108</sup>. Para White la coherencia que presta el historiador a los hechos al crear una trama narrativa -mediante un cierto número de posibilidades básicas- va asociada a una serie de decisiones metacientíficas. Así, para H. White la «narración es tanto la forma en que se realiza una interpretación histórica como el tipo de discurso en el que se representa una comprensión efectiva de una materia histórica»<sup>109</sup>.

White ha subrayado fuertemente la relación entre Historia y Literatura, de forma que difumina notablemente la diferencia entre literatura histórica y literatura de ficción. «Por lo general –escribe refiriéndose a los teóricos anteriores de la Historia- han mostrado una cierta aversión a considerar las narraciones históricas como lo que más [el subrayado es mío] manifiestamente son: ficciones lingüísticas [*verbal fictions*], cuyo contenido resulta tanto de la invención como del hallazgo y cuyas formas presentan más puntos en común con sus equivalentes en la literatura que con los que pueden tener en las ciencias»<sup>110</sup>. Con su referencia al “hallazgo”, White se remite a las fuentes, pero la “invención”, la forma de organizar la trama y la concatenación de los hechos dotándoles de sentido está determinada por apreciaciones estéticas y morales. Por lo que para White, y creo que en eso tiene razón, no hay una divisoria clara entre ciencia histórica y Filosofía de la Historia. Esta afirmación de que las apreciaciones morales y la filosofía de la Historia propia del historiador se traslucen en la forma de organizar el relato recuerda las tesis de E. H. Carr, efectuadas desde posiciones ideológicas muy diferentes en su célebre y clásico *¿Qué es la Historia?*, en el que decía que «el lenguaje nos veda la neutralidad» y que el historiador no puede escapar a la necesidad de efectuar juicios de valor político-morales.

---

<sup>108</sup> Ed. Paidós, Barcelona, 1992. Se ha respetado en la traducción el título de la obra original inglesa (The J. Hopkins University Press, Baltimore y Londres, 1987).

<sup>109</sup> White, H.: *El contenido...*, p. 78.

<sup>110</sup> White, H.: *Tropics of Discourse. Essays in cultural criticism*, Baltimore, 1978. Citado en Iggers, G.: *La ciencia histórica...*, pp. 96-97, a través de la traducción en alemán de la obra titulada *Auch Klio dichtet oder Die Fiktion des Faktische* (Stuttgart, 1986, p. 102).

Si H. White difumina bastante la frontera entre literatura de ficción e Historia, otros como Derrida y los deconstruccionistas han ido más allá. Quienes asumen la posición más radical postmoderna respecto al giro lingüístico, como el citado Derrida y R. Barthes, niegan la referencia de la historiografía a la realidad. Esta posición radical deriva en cierto modo de la concepción del lingüista suizo F. de Saussure. Según éste, el lenguaje es un sistema cerrado de signos. La interpretación de Saussure ha sido sintetizada, sin ser asumida, por John Toews. He aquí los términos en los que la expresa éste: «el lenguaje es concebido como un sistema autocontenido [*self-contained*] de ‘signos’ cuyo significado está determinado por sus relaciones entre sí, más que por su relación con algún objeto o sujeto ‘trascendental’ o extralingüístico»<sup>111</sup>. Por ese camino, comenta Roger Chartier, «las operaciones históricas más habituales se muestran sin objeto, comenzando por las distinciones fundantes entre texto y contexto, realidades sociales y expresiones simbólicas, discurso y prácticas no discursivas»<sup>112</sup>.

### VI.3. MÁS ALLÁ DEL POSTMODERNISMO: HACIA UNA RENOVADA LEGITIMACIÓN DE LA HISTORIA.

Frente a estos enfoques y amenazas que volatilizan la conexión entre discurso histórico y realidad, ha habido serios intentos, desde diferentes posiciones epistemológicas e historiográficas, de reformular esa referencia admitiendo a la vez lo que de positivo hay en las críticas efectuadas por los defensores del giro lingüístico a las falsas seguridades y objetividades de la historiografía moderna. Me centraré en dos actitudes que proceden de autores con serias cualificaciones para entender en profundidad esas críticas y no totalmente hostiles a ellas.

Uno de los itinerarios intelectuales o actitudes es el del citado Roger Chartier (*El mundo como representación*), partidario de mantener la vinculación de la Historia a las ciencias sociales, aunque él sea un representante importante de

---

<sup>111</sup> Toews, John: "Intellectual History after the Linguistic Turn: The Autonomy of Meaning and the Irreducibility of Experience", en *American Historical Review*, n.º 92 (1987), p. 882.

<sup>112</sup> Chartier, R.: "La Historia hoy en día: dudas, desafíos, propuestas", en Olabarri, I.; y Caspistegui, F. J. (dirs.): *La 'nueva' Historia...*, pp. 24-25.



la nueva Historia cultural. Chartier piensa, por una parte, que es necesario «identificar las propiedades específicas del relato de historia». Estas son dos indisociables: una su organización en “capas” o estratos, u “hojaldrada”, según la terminología de Michel de Certeau; el relato histórico es un relato que contiene y se basa en materiales, referenciados en las citas, que son efectos de una realidad acontecida. La otra propiedad es que el relato de Historia surge de unos procedimientos, largamente decantados y específicos, de acreditación, como conocimiento mediato pero real. Así, expuesta de otro modo esta segunda propiedad, la verdad (específica y limitada) del conocimiento histórico como relato reside en estar garantizado por operaciones controlables, verificables y renovables.

Además de argumentar esta referencia específica a la realidad del relato o discurso histórico, Chartier pone de relieve la relación entre este discurso y el contexto social. La construcción del discurso está socialmente condicionada por los recursos desiguales (conceptuales, materiales, etc.) de los que disponen los que lo producen. Y es tarea del historiador reconocer la manera en que los actores sociales dan sentido a sus prácticas y a sus discursos. Esta actitud es en lo esencial concorde con la posición de Gabrielle Spiegel. Sostiene Spiegel que así como las diferencias lingüísticas estructuran la sociedad, las diferencias sociales forman el lenguaje.

Por su parte, Paul Ricoeur y Hans Georg Gadamer ubican más la Historia en el terreno de las ciencias interpretativas o de la Hermenéutica. «Según Gadamer y Ricoeur, el ‘método’ de las ciencias histórico-genéticas es la hermenéutica, concebida menos como un desciframiento que como una ‘interpretación’, literalmente ‘traducción’, una translación de significados de una comunidad discursiva a otra»<sup>113</sup>. Pero ambos defienden igualmente la posibilidad de que la Historia signifique un acceso a la realidad. Resumiré brevemente sus posturas, que han alcanzado recientemente gran resonancia.

*Temps et Récit* de Paul Ricoeur, obra en 3 volúmenes, muy valorada también por Chartier, «puede considerarse -en opinión de Hyden White- la más

---

<sup>113</sup> White, H.: *El contenido...*, p. 66.

importante síntesis de teoría literaria e histórica producida en este siglo»<sup>114</sup>. La tesis dominante de Ricoeur es que la temporalidad es «la estructura de la existencia humana [en sí misma narrativa, a diferencia de la naturaleza] que alcanza el lenguaje en la narratividad» y que la narratividad es «la estructura del lenguaje que tiene a la temporalidad como su referente último». ¿Qué es para Ricoeur, ante todo, el discurso histórico? «El discurso histórico es una muestra privilegiada de la capacidad humana de dotar de significado a la experiencia del tiempo porque el referente inmediato (la *Bedeutung*, significación) de este discurso son acontecimientos reales, no imaginarios». Así pues, comenta White que «Ricoeur no anula la distinción entre ficción literaria e historiografía, como se me ha acusado de hacer [a H. White], pero [Ricoeur] difumina la línea entre ellas [en todo caso menos que White] al insistir en que ambas [ficción literaria e historiografía] pertenecen a la categoría de discursos simbólicos y comparten un único ‘referente último’. Aun concediendo [Ricoeur] de buen grado que la historia y la literatura difieran entre sí en cuanto a sus referentes inmediatos (*Bedeutungen*), que son, efectivamente los acontecimientos “reales” e “imaginarios”, subraya que en la medida que ambas producen relatos dotados de trama, su referente último (*Sinn* - sentido) es la experiencia humana del tiempo o las estructuras de temporalidad»<sup>115</sup>.

En cuanto a Hans G. Gadamer ha teorizado a fondo, en sus grandes obras *Verdad y método* y *Verdad y Método, II*<sup>116</sup>, desde una perspectiva profundamente humanista, sobre el conocimiento histórico. Se ha planteado en ellas cuestiones capitales que solo apuntaré. Así, la de la amplitud de la Hermenéutica y la posibilidad de comunicación por la común razón y la apertura común al mundo (p. 100). También, en muy hermosas paginas, otra gran cuestión: «¿pero las ciencias del espíritu [*Geisteswissenschaften*] satisfacen realmente eso que las hace

---

<sup>114</sup> El núcleo temático de esta obra se puede encontrar, como ya dije, en el artículo “Para una teoría del discurso narrativo” (1980) recogido en Ricoeur, P.: *Historia y narratividad*, pp. 83-155, Ed. Paidós, Barcelona, 1999.

<sup>115</sup> La edición original francesa en tres volúmenes de *Temps et récit* apareció en París entre 1983 y 1985. Los dos primeros fueron traducidos al castellano (Ed. Cristiandad, Madrid, 1987). Las citas efectuadas proceden de White, H.: “La metafísica de la narratividad: tiempo y símbolo en la filosofía de la historia de Ricoeur”, en *El contenido de la forma*, pp. 180-185.

<sup>116</sup> Gadamer, Hans G.: *Verdad y método*, Edics. Sígueme, Salamanca, 1977 (1.ª ed. orig. alem., 1960); *Verdad y método, II*, Salamanca, 1994 (2.ª ed.; ed. orig. alem., 1986).

tan relevantes: el ansia de verdad del corazón humano?»<sup>117</sup>. Gadamer relaciona este gran interrogante con el del poder y la libertad. Me limitaré a transcribir algunas de sus respuestas en relación a unos cuantos puntos esenciales, pues me parecen alentadoras en un tiempo de incertidumbres y de apatía.

Respecto a la posibilidad de comunicación pese a los diferentes lenguajes y de acceso del ser humano a la realidad, escribe: «Cuando el entendimiento parece imposible porque se hablan ‘lenguajes distintos’, la tarea de la hermenéutica no ha terminado aún. Ahí se plantea ésta justamente en su pleno sentido: como la tarea de encontrar el lenguaje común. [...] Nunca se puede negar la posibilidad de entendimiento entre seres racionales. Ni el relativismo que parece haber en la variedad de los lenguajes humanos constituye una barrera para la razón, cuya palabra es común a todos, como sabía ya Heráclito. [...] Es el mundo mismo el que percibimos en común y se nos ofrece (*traditur*) constantemente como una tarea abierta al infinito. No es nunca el mundo del primer día, sino algo que heredamos»<sup>118</sup>.

Y en cuanto a la misión especial de las ciencias humanas -precisamente por su especial vulnerabilidad frente a las voluntades de poder de la época-, es esta: «tener siempre presente en la labor científica la propia finitud y el condicionamiento histórico, y resistir la autoapoteosis de la Ilustración»<sup>119</sup>. Pues si se piensa tener toda la Razón -soy yo el que comenta ahora- es difícil no creer tener derecho a todo el Poder. Entendida como nos propone Gadamer, la Historia no es solo, como también pensaba Cassirer, un medio para la libertad, sino que

---

<sup>117</sup> Gadamer, H.: *Verdad...*, II, p. 44. Sobre la imposibilidad de traducción unívoca de *Geisteswissenschaften*, que se traduce aquí por ciencias del espíritu pero que puede traducirse también por ciencias humanas o de la cultura, véase la n. 42.

<sup>118</sup> Gadamer, H.: *Verdad...*, II, p. 392. En K., R.; y Gadamer, H.-G.: *Historia y hermenéutica* (1997; ed. orig. 1993), Gadamer afirma que «el lenguaje no es proposición y juicio, sino que únicamente es si es respuesta y pregunta» (p. 116, apartado “La diversidad de las lenguas y la comprensión del mundo”).

<sup>119</sup> Gadamer, H.: *Verdad...*, II, p. 48. Al hilo de esta referencia a la Ilustración me pregunto si el posible fin de la Modernidad ilustrada, planteado como cuestión abierta por Iggers, no tiene que ver con esa tendencia a la autoapoteosis (de una clase, una raza, una cultura, un sexo) frente a los otros grupos humanos y frente a la naturaleza, tendencia que ha impregnado muchas ideologías desde fines del siglo XVIII.

resulta así mismo un acicate y una ayuda para el diálogo y la paz. Este diálogo que tiene su resultado en una cierta fusión de horizontes de los interlocutores.

Muy influida por la filosofía hermenéutica de Gadamer se nos presenta también una corriente o tendencia historiográfica que rescata la referencia de la historia a la realidad y es, a la vez, como una variante alemana del giro lingüístico, sin excesos nihilistas. Me refiero a la tendencia de la *Begriffsgeschichte* a la que sólo recientemente se presta una cierta atención en España. Se puede valorar la importancia y la incipiente difusión de la corriente o tendencia de la *Begriffsgeschichte* [la Historia conceptual o de los conceptos] mediante, al menos, dos artículos que hoy están disponibles en castellano. Uno de ellos es la introducción (unas 40 p.) escrita por los profesores universitarios de filosofía J. L. Villacañas y F. Oncina al pequeño y gran libro, *Historia y hermenéutica* (Barcelona, 1997)<sup>120</sup>. El otro artículo, titulado “Fundamentos teóricos de la historia de los conceptos” es obra de Lucian Hölscher.<sup>121</sup> L. Hölscher es uno de los principales historiadores que ha colaborado en el monumental léxico-buque insignia de esa escuela: el *Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland* [Conceptos fundamentales históricos (o Conceptos históricos fundamentales). Léxico histórico para el (o del) lenguaje político-social en Alemania ], editado bajo la dirección de Otto Brunner, Werner Conze y Reinhart Koselleck entre 1972 y 1992<sup>122</sup>. El de L. Hölscher es un artículo especialmente para nosotros los historiadores porque, por una parte, nos da una idea de la importancia, de la magnitud (casi 7.000 págs.) y criterios organizativos de ese

---

<sup>120</sup> El libro recoge textos extensos (conferencias) de R. Koselleck y H.-G. Gadamer de 1985, junto con amplios elencos bibliográficos. Ha sido publicado por la ed. Paidós (en su colección “Pensamiento Contemporáneo”) junto con el I.C.E. de la U.A.B.

<sup>121</sup> Se encuentra en I. Olábarri y F. J. Caspistegui (eds.): *La “nueva” historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*, Madrid, 1996, p. 69-82.

<sup>122</sup> Significativamente, la introducción (p. XIII-XXVII) al vol. 1 (A-D) de este léxico (Stuttgart, 1972) está firmada por R. Koselleck. El artículo, capital, dedicado al concepto de progreso [*Fortschritt*], ha sido escrito también por el mismo Koselleck y ocupa las p. 351-423, del vol. 2 (E-G). Debo a Claudio S. Ingerflom la información de que algunos de los artículos de *Geschichtliche Grundbegriffe* han sido traducidos al francés. No conozco traducciones a lenguas hispánicas. Por lo que respecta, al historiador medievalista austriaco Otto Brunner (+ 1982), disponemos de la traducción castellana de su *Sozialgeschichte Europas im Mittelalter* con el título *Estructura interna de Occidente*. Madrid, 1991 (Present. y apéndice de Julio A. Pardos).

gran léxico al que compara, en cierto sentido, a la *Encyclopedie* de Diderot, y por otra nos contextualiza el origen de esa empresa histórico-semántica. Además nos presenta de manera más asequible quizás que el propio Koselleck, y con algunos ejemplos, la teoría de la *Begriffsgeschichte* de éste. Uno de los ejemplos que nos subraya: la importancia que tuvo en la década de 1960 la creación por algunos grupos pacifistas del concepto de “*Abrüstung*” (desarme) que fue un progreso extraordinario porque el concepto existente de *desmovilización* tenía la connotación negativa de la derrota y era mucho más difícil de asumir por los dirigentes militares y político-sociales.

Tomaré prestadas ahora algunas frases del mencionado artículo de Villacañas y Oncina, así como del propio R. Koselleck para contextualizar mejor y clarificar más la historia conceptual. “Ya desde 1967, y obedeciendo a la impronta sociológica de su origen, la *Begriffsgeschichte* plantea la relación de convergencia entre la historia de los conceptos y la historia de la sociedad”<sup>123</sup>. La problemática central es

“investigar la disolución del mundo antiguo [pre-moderno] y el surgimiento del mundo moderno en la historia de su aprehensión conceptual”<sup>124</sup>. Koselleck afirma que “Para el ámbito de la lengua alemana se puede mostrar que desde 1770, aproximadamente, surgieron una gran cantidad de nuevos significados para palabras antiguas y neologismos que modificaron, junto con la economía lingüística, todo el ámbito social y político de la experiencias y fijaron un nuevo horizonte de espera”<sup>125</sup>. Así, el concepto de progreso [*Fortschritt*], capital en el origen de la modernidad, [tiempo nuevo, *neue Zeit*] surge como resultado y actor de la disociación entre las experiencias hechas hasta entonces y unas nuevas expectativas que se han ido alejando cada vez más de aquéllas. En el enfoque de la *Begriffsgeschichte*, “los conceptos son registros de la realidad y, a la vez, factores de cambio de la propia realidad” ya que “un concepto no es solo indicador de los contextos que engloba; también es un factor suyo. Con cada

---

<sup>123</sup> *Historia y Hermenéutica*, 1993, p. 21.

<sup>124</sup> *Geschichtliche Grundbegriffe*, Bd. (vol.), 1, Stuttgart, 1979 (reimpr.), p. XIV. Transcribo aquí simplemente la traducción que presentan Villacañas y Oncina del texto original en alemán.

<sup>125</sup> R. Koselleck, *Futuro pasado*, 1993, p. 11.

concepto se establecen determinados horizontes, pero también límites para la experiencia posible y para la teoría pensable”. Por esto la historia de los conceptos puede proporcionar conocimientos que desde el análisis objetivo no se tomarían en consideración. Así “el lenguaje conceptual es un medio en sí mismo consistente para tematizar la capacidad de experiencia y la vigencia de las teorías”<sup>126</sup>

En consecuencia, ante la pregunta clave de, ¿qué hace la identidad de un ‘concepto’: la identidad de la palabra o la identidad del objeto? De hecho, en la teoría de la *Begriffsgeschichte* es algo “entre ambos”<sup>127</sup>. Los conceptos no sólo representan la realidad sino que son realidad.

Naturalmente, puesto que el principal teórico de la Historia conceptual es Koselleck, la justificación y clarificación teórica de ella es uno de los ejes temáticos que retorna una y otra vez en la recopilación de trabajos de Koselleck traducida en 1993 como *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*.. Desde luego la *Begriffsgeschichte* puede considerarse un testimonio del giro cultural en la investigación histórica del que habla Donald Kelley , en un aspecto concreto: el giro lingüístico o el giro hacia la lingüisticidad.

#### VI.4. CONSIDERACIONES LIMINARES SOBRE LA PRÁCTICA HISTORIOGRÁFICA ACTUAL.

En los capítulos anteriores hemos realizado un recorrido por las distintas tendencias historiográficas que se han presentado, sucesiva o coetáneamente, como propuestas para renovar el modelo historiográfico básico que dominó, casi de forma exclusiva en el mundo académico, hasta el primer tercio del siglo XX. He hecho referencia a autores, revistas, centros de investigación o enfoques considerados habitualmente emblemáticos, porque han llegado a constituir puntos de referencia posteriormente para muchos historiadores.

---

<sup>126</sup> *Futuro pasado*, 1993, p. 118. (Cit. en *Historia y Hermenéutica*, 1997, p. 21)

<sup>127</sup> Hölscher, “Fundamentos teóricos de la historia de los conceptos (*Begriffsgeschichte* )”, en Olábarri y Caspistegui, *La “nueva” historia cultural* , 1996, p. 77.

Sin embargo, si analizáramos en profundidad la gran mayoría de los trabajos de investigación y de las obras publicadas en un país concreto, lo que encontraríamos serían trabajos realizados con unos enfoques y una metodología predominantemente ecléctica. En cada uno de ellos se combinan, de forma desigual, los prototipos historiográficos en los que antes he hecho especial hincapié. Ello no significa que estas obras forjadas con esos criterios eclécticos sean menos importantes y valiosas. Pero a efectos de tipificación y de orientación pienso que resulta útil marcar, en el amplio círculo de la práctica historiográfica, una especie de rosa de los vientos destacando algunos puntos de referencia. Esto es lo que he intentado hacer apoyándome tanto en bibliografía como en vivencias. Pero desde luego, cada historiador tiene un derrotero y rara vez navega en una dirección coincidente con algunos de los puntos cardinales (suponiendo que fuera posible ponerse de acuerdo sobre cuáles fueran estos), ni siquiera en las otras direcciones justamente intermedias entre ellos.

En esta práctica dominante ecléctica hay casi siempre, como un componente importante, la referencia del modelo historiográfico básico, sólidamente decantado y que responde a la necesidad profunda de explicar la evolución de la propia comunidad política. Al fin y al cabo ¿no es la política la resultante de todos los vectores y dimensiones de la actividad humana? Así, no es de extrañar el retorno a la Historia política, en los últimos años, de hombres como Le Roy Ladurie, o el que no la hayan abandonado nunca algunos de los más prestigiosos modernistas, como John Elliott. Pero es una Historia política que incorpora las propuestas de la Historia sociológica y/o de las mentalidades.

Por otra parte, ¿cómo no estar atento de nuevo a la Historia de los estados y de las nacionalidades que forman parte de ellos, cuando el mapa político de Europa ha estado en ebullición después de permanecer congelado -mediante una tensa *pax* tutelada por las superpotencias USA y URSS- durante medio siglo (el medio siglo de existencia de la RDA)? ¿Cómo no interesarse de nuevo por las relaciones internacionales cuando se empieza a ensayar esquemas diferentes para sustituir al que desapareció en 1989-91? Y en una época marcada por el individualismo ¿no es lógico que retorne la biografía con fuerza creciente? Por otra parte, la acrecentada intensificación del contacto de civilizaciones en los últimos años (en diálogo o confrontación) nos plantea el difícil reto de conciliar

una aproximación a la historia multicultural y postcolonial con la apuesta por unos valores humanos universales a cuyo reconocimiento Occidente ha realizado una contribución importante. Además la convicción naciente de que la presión antrópica sobre el entorno natural no puede crecer insosteniblemente, ha hecho que comiencen a surgir una historia medioambiental<sup>128</sup>.

Si algo caracteriza el panorama historiográfico actual es la diversidad, el pluralismo y la labilidad de los grupos y escuelas intelectuales. Es un momento de crisis de los grandes paradigmas o metarrelatos (aunque esta crisis sea especialmente acusada para algunos de ellos, más vinculados a experiencias políticas frustradas). Para algunos, el fenómeno más relevante es el fin de la idea de una (única) racionalidad central de la Historia, al menos el fin de la idea de una racionalidad clara y distintamente discernible. Esta postura se ha expresado bien, con palabras de Vattimo en *La sociedad transparente*: «Concluida la idea de una racionalidad central de la Historia, las *Weltanschauung[en]* se multiplican [...] el mundo de la comunicación generalizada estalla en una multiplicidad de racionalidades “locales” -minorías étnicas, religiosas y estéticas- que toman la palabra, al no ser, por fin, silenciadas y reprimidas por la idea de que hay una sola forma verdadera de realizar la humanidad, en menoscabo de todas las peculiaridades, de todas las individualidades, limitadas, efímeras, contingentes. El mundo se hace crecientemente complejo en todos sus ámbitos, en todas sus dimensiones. Concluye el mito de la transparencia [de la realidad a la razón]. Termina la *Historia, la gran Historia*, para ser sustituida por incontables historias»<sup>129</sup>.

---

<sup>128</sup> El último Congreso Internacional de Ciencias Históricas (Oslo, 2000) puso de manifiesto tanto esas inquietudes como las dificultades conceptuales y la aún muy precaria precaria institucionalización de esas iniciativas.

<sup>129</sup> Morales-Moya, Antonio: “Postmodernismo e historia”, en Andrés-Gallego, J.: *New History...*, 1993, p. 151.



## VII. LOS NUEVOS ENFOQUES DE LA HISTORIA EN POS DEL SUJETO: LA HISTORIA DE LA VIVENCIA COTIDIANA, LA MICROHISTORIA Y LA HISTORIA ANTROPOLÓGICA.

### *VII.1. INTRODUCCIÓN.*

En este tema me propongo ofrecer una panorámica de cuáles han sido las tendencias e incluso escuelas o cuasi escuelas historiográficas en las que se ha plasmado, en el mundo occidental en el último cuarto de siglo, la revisión de la Historia sociológica analítico-estructural.

El título de este tema está inspirado, en parte, en la expresión “Retorno del sujeto” escogida para el segundo volumen de las actas del I Congreso “Historia a Debate” (1993), y en parte en los contenidos de uno de los capítulos de *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales*<sup>130</sup>.

Como ya anticipé, analizaré las propuestas teóricas y las realizaciones prácticas más destacadas de la *microstoria* italiana y de la *Alltagsgeschichte* germánica. Una y otra tienen aspectos en común, por la temática y el enfoque, con la Historia de las mentalidades, tan importante en la tercera generación de *Annales*, a la que ya me referí. En todas estas tendencias la influencia de la Antropología cultural y social resulta muy decisiva. Por ello precisaré en qué sentido y a través de qué autores -como Clifford Geertz- se recibe esta principalmente. El hecho de que haya nacido en Alemania recientemente una importante revista de Antropología histórica es todo un símbolo al respecto<sup>131</sup>.

Una realidad que me parece importante subrayar es la internacionalidad y relativa homogeneidad del debate historiográfico. La nómina de miembros del consejo asesor editorial de *Historische Anthropologie* es un dato muy relevante en este sentido. Como afirma Iggers, desde la Ilustración no ha habido quizá ninguna

---

<sup>130</sup> Iggers, G.: *La ciencia histórica...*, 1995 (2.ª ed. alemana), II parte, cap. 4: “Historia de la vida cotidiana, microhistoria y antropología histórica. La puesta en tela de juicio de la ciencia social histórica”.

<sup>131</sup> Cf. Sánchez Marcos, F.: “Influencia de la historiografía germánica en España 1990-1999, en Actas del III Congreso *Historia a debate*, Santiago de Compostela, 1999.

coyuntura en la que haya existido la prevalencia de un discurso histórico tan homogéneo, extendido por Italia, Francia, Estados Unidos, Inglaterra, la República Federal de Alemania, Japón y otros países.

## VII.2. EL CUESTIONAMIENTO DE LA HISTORIA SOCIOESTRUCTURAL Y EL CONTEXTO Y PROPUESTAS HERMENÉUTICAS DE ESTOS NUEVOS ENFOQUES.

Estos nuevos enfoques en la lectura del pasado derivan en buena parte de un clima filosófico-cultural diferente. En los años 70 y 80, en sectores intelectuales influyentes se empieza a cuestionar radicalmente la valoración optimista del progreso técnico y civilizador. Anteriormente, tanto las visiones de Marx, como - aunque con algunos matices- las inspiradas en Weber (J. Kocka) y las teorías americanas del crecimiento (F. Fukuyama), hacía una valoración globalmente optimista del progreso, a la vez que dejaban en la penumbra las fuerzas destructivas: el coste humano de la industrialización y del desarrollo económico a largo plazo. A fines del siglo XX, con la experiencia de una extendida pauperización en el Sur, las amenazas nucleares, las experiencias totalitarias y las catástrofes ecológicas, el clima cultural es menos optimista y más propenso a considerar también la actuación de las fuerzas destructivas.

Ya no se contempla con tanta arrogancia ni la época preindustrial, ni las culturas extraeuropeas. Estos nuevos enfoques son tentativas históricas en un tiempo de incertidumbres o de crisis de paradigmas. La quiebra, por otra parte, de algunas utopías colectivistas influye también en ese interés por los sujetos y sus praxis, en el seno del desenvolvimiento de las grandes realidades históricas: el Estado, la clase, la nación, el mercado, etc.

El problema metodológico y epistemológico es cómo captar los comportamientos y las vivencias subjetivas de las muchas personas que constituyen cada una de esas grandes realidades más o menos abstractas<sup>132</sup>. Una

---

<sup>132</sup> Cf. Iggers, G.: *Historiography in the Twentieth Century. From Scientific Objectivity to the Postmodern Challenge*, Wesleyan University Press, Hanover, 1997, cap. 9: "From Macro- to Microhistory: The History of Everyday Life". El autor habla también del cuestionamiento de los «macrohistorical social science approaches».

de las propuestas será la utilización preferencial, si no única, de una escala distinta de observación de la realidad, más cercana a los sujetos individuales; otra, la reivindicación de la percepción de los propios sujetos, de los propios protagonistas de la Historia, en la vivencia cotidiana. En algún sentido, hay una aproximación a los postulados del Historicismo clásico, aunque con importantes diferencias<sup>133</sup>. La Historia se aleja de la Física social y de su *quasi* determinismo.

Es interesante observar que en esos nuevos enfoques convergen historiadores criados en distintos humus culturales (buena parte de ellos, entre los italianos, en la tradición gramsciana), pero pertenecientes básicamente a una misma generación de postguerra. Son historiadores que han compartido unas experiencias formativas e intelectuales: su iniciación profesional -la de un Levi o un Medick, por ejemplo- se realizó en el marco de la Historia socioestructural (socioeconómica en ambos casos) y cuantitativa.

Una de las discrepancias de estos nuevos enfoques con la Historia científico-social radica en que cuestionan la validez del método histórico científico-analítico, de verificación de teorías abstractas, antes empleado.

Los teóricos de la Historia de la vida cotidiana y de la Microhistoria -como Hans Medick - se inclinan por un método más próximo a la Hermenéutica y, en diálogo con la Antropología, por la descripción densa propuesta por Clifford Geertz. Pero advierten a la vez contra la falacia de la hermenéutica que propugnaba el Historicismo clásico. Este postulaba o daba prácticamente por resuelta la compenetración directa con el objeto de investigación. Levi, Medick y Ginzburg enfatizan que solo es posible para el historiador una comprensión indirecta y problemática.

Medick propone tratar de aprehender la lógica informal de la vida y dejar hablar a los sujetos. Mediante la descripción densa se procura reconstruir y describir el entramado de significados del grupo sociocultural estudiado y descubrir esa alteridad, esa otra "lógica". Pues las acciones y los modos de vida

---

<sup>133</sup> F. Ferraroti emplea por ello el término *neohistoricismo crítico* en *La storia e il quotidiano* (Ed. Laterza, Bari, 1986).

del pasado forman un “texto”, un conjunto interrelacionado de símbolos que puede y ha de ser interpretado unitariamente.

En ese acercamiento al pasado el historiador verifica y ha de resaltar la cualidad de extraño (*Fremdartigkeit*) que tienen para nosotros hoy, por ejemplo, los campesinos del Württemberg del siglo XVII (como también los actuales habitantes de Bali), pues *el pasado es un país extranjero*<sup>134</sup>. El historiador, nos dice Medick, no ha de renunciar a la interpretación, Sí, en cambio, debe renunciar a suscitar en el lector la «[falsa] apariencia de univocidad, coherencia y finalidad de una intervención interpretativa»<sup>135</sup>.

Los teóricos de la *microstoria* italiana, como C. Ginzburg, comparten la idea de que es necesario que el historiador haga visible su intervención y su itinerario *cognitivo* por pistas más o menos indiciarias. Estamos pues muy lejos, no sólo del método científico-analítico de la verificación de las hipótesis generales surgidas de nuestro presente, sino también de la concepción, ingenuamente realista, del historiador “amanuense” («la verdad es la que dicta, yo quien escribe»), de la que sería un ejemplo excelente Francisco de Melo<sup>136</sup>. Un ejemplo anticipatorio de *ese noble sueño* que, sin embargo, es un saludable horizonte y un difícil compromiso ético del historiador, que ha de conocer (y contener) sus inevitables condicionamientos<sup>137</sup>.

Si bien los teóricos de la *microstoria* italiana, como Ginzburg o Levi, están de acuerdo en esta conveniencia de que el historiador se haga visible en su obra al

---

<sup>134</sup> *The Past is a Foreign Country* es el título y la tesis de un bello libro de David Löwenthal (1.ª ed., Cambridge University Press, Cambridge, 1985).

<sup>135</sup> Medick, Hans: “Missionare im Ruderboot? Ethnologische Erkenntnisweisen als Herausforderung an die Sozialgeschichte”, en Lüdtke, Alf (dir.): *Alltagsgeschichte. Zur Rekonstruktion historischer Erfahrungen und Lebensweisen*. Frankfurt am Main, 1989, pp. 48-84 (citado en Iggers: *La ciencia...*, p. 93; trad. ingl., “Missionaries in the Row boat”, en *Comparative studies in Society and History*, n, 29 (1987), pp. 76-98; y trad. catalana, “Els missioners en la barca de rems? Vies de coneixement etnològic com a repte per a la història social”, en Colomines, A; y Olmos, V.S. (dirs.): *Les raons del passat*, Catarroja y Barcelona, 1998, pp. 147-181).

<sup>136</sup> Melo, Francisco de; (y Tió, J.): *Historia de los movimientos y separación de Cataluña, y de la guerra entre la majestad católica de D. Felipe el IV, rey de Castilla y de Aragón, y la diputación general de aquel Principado*, Ed. Universidad de Barcelona, Barcelona, 1981, p. 5.

<sup>137</sup> Novick, Peter: *That Noble Dream: The “Objectivity Question” and the American Historical Profession*, Cambridge University Press, Cambridge, 1988.

lector (tal como sucedía también con Price en su *Alabi's World*, según vimos ya), esto no significa que compartan totalmente la orientación geertziana de Medick. Carlo Ginzburg está más cerca de ella; Giovanni Levi, en cambio, piensa que esa es una actitud demasiado relativista y culturalista<sup>138</sup>. Levi, más afín al Marxismo clásico en sus concepciones epistemológicas, reprocha a Geertz por una parte que con su antropología interpretativo-simbólica descuide los conflictos sociales internos dentro de una cultura y no tenga en cuenta suficientemente la realidad de que ninguna sociedad es un sistema totalmente integrado. Por otra, le reprocha su propensión al relativismo.

Así pues, en sus concepciones epistemológicas, estos nuevos enfoques, pese a que tengan unos objetivos o puntos de partida comunes, presentan notables diferencias. Incluso dentro de una misma presunta “escuela” como puede ser la *microstoria* italiana, cuando se contempla desde el exterior. El concepto de “escuela” es más cuestionable aún en este caso que en el de *Annales*, como veremos, puesto que no existe ni una revista común.

### VII.3. ALGUNAS REALIZACIONES EMBLEMÁTICAS DE LA “ALLTAGSGESCHICHTE”.

*Alltagsgeschichte* se traduce habitualmente por Historia de la vida cotidiana. Recientemente, sin embargo, J. Revel, en una obra colectiva sobre Microhistoria, se ha propuesto -con acierto a mi entender- traducir mejor ese término alemán por Historia de la experiencia cotidiana<sup>139</sup>. Me referiré aquí brevemente a algunas realizaciones emblemáticas de esta tendencia historiográfica, muy vinculada a la Antropología cultural. También me referiré al paso importante, en la institucionalización de la *Alltagsgeschichte*, que significa

---

<sup>138</sup> Levi, G.: “El perfil del geertzismo”, en Colomines, A.; y Olmos, V.S. (dirs.): *Les raons...*, pp. 241-350. Levi discute los peligros de la orientación geertziana partiendo de la recensión de Darnton, R.: *The Great Cat Massacre and Other Episodes in French Cultural History*, 1984. Darnton, catedrático de Historia en Princeton, es autor del artículo “History of Reading” de Burke, P. (dir.): *New Perspectives on Historical Writing*, 1996.

<sup>139</sup> Revel, Jacques (dir.): *Jeux d'Échelles. La micro-analyse à l'expérience*, Ed. Seuil/Gallimard, 1996. Cf. también el título de la obra de A. Lüdtke (dir.) *Alltagsgeschichte. Zur Rekonstruktion historischer Erfahrungen und Lebensweisen* (Frankfurt am Main, 1989).

la reciente creación de una revista específica: *Historische Anthropologie. Kultur-Gesellschaft-Alltags*.

El interés por la vida cotidiana de las élites culturales o políticas, e incluso de grupos sociales más amplios, no es nuevo y hay importantes precedentes en épocas históricas anteriores. Tito Livio ya encarecía la importancia de conocer las *mores* de sus conciudadanos romanos, Alcuino retrató las de Carlomagno y, ya en nuestro siglo, Huizinga las de la nobleza borgoñona en *El Otoño de la Edad Media*. A las figuras relevantes de la *Alltagsgeschichte* (como Hans Medick, Alf Lüdtke y Carola Lipp<sup>140</sup>) lo que les interesa son las experiencias y la vida cotidiana de *die kleine Leute* (los hombres y mujeres comunes, de a pie, “pequeños” en rango social). Microhistoria, Historia antropológico-cultural e Historia de las experiencias cotidianas de la gente corriente serían algunas claves simples para describir la temática y enfoque de esta tendencia.

Por otra parte, la *Alltagsgeschichte*, a diferencia de la Escuela de Bielefeld, no ha descuidado el estudio de la época preindustrial y está relacionada, en cierto modo, con la recepción de la Historia de las mentalidades, francesa, en Alemania. Todas sus obras más relevantes se han centrado en el estudio de pequeñas comunidades alemanas. Algunas veces en un ámbito cronológico extenso, como Medick en *Leben und Überleben in Laichingen<sup>141</sup>. 1650-1900* (1994); otras en la duración breve de un acontecimiento, como la Revolución de 1848 y su impacto en las relaciones personales cotidianas, en el estudio de Carola Lipp y Wolfgang Kaschuba sobre Esslingen (una pequeña ciudad cercana a Stuttgart).

Es interesante señalar que el viraje hacia la *Alltagsgeschichte* lo ha realizado un cierto grupo de historiadores desde la ciencia histórica marxista. El núcleo más definido y aglutinado en este itinerario lo representa el grupo de historiadores de Göttingen (o Gotinga) que comenzó trabajando sobre la Protoindustrialización. Este grupo se proponía observar la relación «entre el cambio económico, el social y el demográfico en la Europa de la Edad

---

<sup>140</sup> Carola Lipp es la autora de un importante y combativo artículo: “Writing History as Political Culture. Social History versus ‘Alltagsgeschichte’ - A German Debate”, en *Storia della Storiografia*, n. 17 (1990), pp. 67-99.

<sup>141</sup> Entre Stuttgart y Ulm.

Moderna»<sup>142</sup>. En él se incluían Peter Kriedte, Hans Medick, Jürgen Schlumbohm y otros como F. Mendels<sup>143</sup>. Veamos cómo ha sintetizado Schlumbohm en cierto modo su itinerario conceptual, en la introducción metodológica a una importante monografía. Versa esta sobre los campesinos y personas privadas de propiedad en la feligresía de Belm (cerca de Osnabrück) entre 1650 y 1860. Schlumbohm escribe: «cuanto más progresa la investigación, tanto menos los hombres -cuyo modo de vida es el objeto de la misma- aparecen enteramente determinados en su comportamiento, por las duras estructuras, las condiciones económicas y el macrocambio; y tanto más patente se hace que ellos colaboraron de manera activa en la configuración de la estructura social en la que vivían»<sup>144</sup>.

En 1993 apareció el primer número de una nueva revista alemana que está bastante vinculada, por sus planteamientos y el equipo que la ha impulsado, a la tendencia de la *Alltagsgeschichte*. Se titula, como ya anticipé, *Historische Anthropologie*, pero la expresión *Alltags* aparece como el tercer término de su subtítulo (trinómico, como el de *Annales*): *Kultur-Gesellschaft-Alltags* [Cultura-Sociedad-Vida cotidiana]. No por casualidad.

En una presentación de *Historische Anthropologie* por uno de los fundadores de esta revista (Michael Mitterauer), se hace una referencia expresa a la influencia de *Annales*, así como a Clifford Geertz<sup>145</sup>. Es muy interesante reparar por un momento en que mientras que el subtítulo de *Annales* más estable fue *Économies, Sociétés, Civilisations*, el de *Historische Anthropologie* otorga la primacía a la Cultura, mantiene en el lugar intermedio -¿o mediador?- a la Sociedad y sustituye la antes preeminente Economía por la Vida Cotidiana (sin especificar ninguna dimensión prioritaria en esta última). Otra analogía con

---

<sup>142</sup> Este estudio cuajó en el libro *Industrialización antes de la industrialización* (Ed. Crítica, Barcelona, 1986), cuyos autores son Peter Kriedte, Hans Medick y Jürgen Schlumbohm. Esa edición contiene un muy breve y muy útil glosario de términos alemanes. La edición original alemana es de 1977.

<sup>143</sup> Franklin Mendels, un norteamericano de origen belga, acuñó el término protoindustrialización en 1972.

<sup>144</sup> Iggers, G.: *La ciencia...*, p. 95.

<sup>145</sup> Concretamente en *Quaderni Storici*, n. 82, pp. 267-276.

*Annales*: también en este caso, una revista nueva y que probablemente será un punto de referencia importante en el futuro surge en una zona de encrucijada, pues la dirección de la redacción está en Saarbrücken (a menos de 100 km en línea recta de Estrasburgo).

El director de *Historische Anthropologie* es el Prof. Richard van Dülmen, del Instituto Histórico de la Universidad del Saarland (Sarre). La iniciativa de fundar la revista se debió también a Alf Lüdtke, Hans Medick y al ya mencionado Michael Mitterauer. Todos los miembros del consejo editorial de esta nueva publicación pertenecen al ámbito germanohablante. Sin embargo, en la treintena de miembros de su consejo científico asesor se descubren las conexiones internacionales de la *Historische Anthropologie* y las relaciones con la *microstoria* italiana, pues entre esa nómina encontramos, por ejemplo, a Natalie Z. Davis, Carlo Ginzburg y Giovanni Levi. Todos sus miembros son europeos y norteamericanos, excepto sendos profesores de Tel Aviv, Melbourne y Osaka.

La misma inquietud interdisciplinar que guió en su momento a los fundadores de los *Annales* ha alentado a los impulsores de *Historische Anthropologie*, aunque ahora los interlocutores privilegiados de los historiadores sean los antropólogos o etnólogos, además de los sociólogos, a juzgar también por la formación y los centros donde trabajan los autores de los artículos. Entre ellos hay una gran presencia de mujeres, si bien estas están ausentes del equipo editorial y escasamente presentes en el consejo científico asesor.

#### VII.4. APORTACIONES DE LA MICROHISTORIA, ESPECIALMENTE EN ITALIA

La difusión entre nosotros del término Microhistoria se debe muy probablemente a que en *New Perspectives on Historical Writing* -la influyente recopilación editada y presentada por Peter Burke (1991)- apareció un artículo sobre la Microhistoria. Fue escrito por uno de adalides de esta tendencia historiográfica, Giovanni Levi<sup>146</sup>. Desde entonces, esta tendencia parece haber

---

<sup>146</sup> "On Microhistory" (pp. 93-113). Ed. cast. en Burke, P. (dir.): *Formas de hacer historia*, 1993, pp. 119-144.



adquirido carta de naturaleza y casi de escuela en el panorama internacional. En efecto, se han publicado después, al menos que yo conozca, varias recopilaciones de artículos dedicadas específicamente a ella.

Comentaré brevemente tres obras, pues considerar los títulos que se les han dado me parece una buena manera de efectuar una primera aproximación a esta tendencia. En orden cronológico, la primera fue la obra de E. Muir<sup>147</sup> y G. Ruggiero *Microhistory and the Lost Peoples of Europe*, en ese mismo año 1991. La segunda, aparecida en 1996, es la mencionada recopilación en francés dirigida por Jacques Revel, *Jeux d'échelles. La micro-analyse à l'expérience*<sup>148</sup>. La tercera es una colección de textos en alemán editada por Hans Medick -de cuya vinculación con la *Alltagsgeschichte* ya he hablado- que se denomina *Micro-historie. Neue Pfade in die Sozialgeschichte (Microhistoria. Nuevas sendas hacia la Historia social)*<sup>149</sup>. Si consideramos en conjunto los títulos y autores vemos una propuesta renovadora de la Historia social que juega con el cambio de escala de observación y se beneficia de la información suplementaria que esta aporta, y que tiene como tema de interés los pueblos europeos, la gente común, “perdida” en cierto sentido por los historiadores y dejada al estudio de los antropólogos. Digo pueblos europeos porque los trabajos del núcleo principal y solo relativamente homogéneo de esta corriente historiográfica han sido realizados por historiadores mayoritariamente (al menos en el origen) del norte de Italia (de Bolonia, Turín o Venecia), que han trabajado con un enfoque socio-antropológico o de Antropología cultural sobre grupos humanos ubicados en diferentes regiones italianas.

La *microstoria* italiana tiene sus representantes más destacados quizás en Carlo Ginzburg, Giovanni Levi, Edoardo Grendi y Carlo Poni. Surgió de manera

---

<sup>147</sup> “Observer les petites choses”, de Edward Muir, se incluye en Colomines, A; y Olmos, V.S. (dirs.): *Les raons del passat*, 1998. Muir es autor de *Ritual in Early Modern Europe*, Cambridge, 1997.

<sup>148</sup> Publicada en París por Hautes Études/Gallimard-Le Seuil.

<sup>149</sup> Ed. Fischer, Frankfurt, ¿1996/1997? Tanto de esta última obra como de la citada en la n. 10 he tenido noticia por la recopilación de Revel. De hecho, uno de los artículos publicados en esta, el de Edoardo Grendi “Repenser la micro-histoire?” (pp. 233-243), se incluye también en la recopilación de Medick. Apareció por primera vez en *Quaderni Storici* (n. 86, 1994), aunque fue escrito para la obra planeada por Medick.

informal y sin textos fundacionales en la segunda mitad de los 70, como una práctica y un estilo de hacer Historia. Los artículos en los que se reflejaban esas inquietudes de los adalides de la Microhistoria fueron apareciendo en *Quaderni Storici*, y desde 1981 –dos años después del “retorno de la narrativa”- comenzó a editarse en Turín, por la Editorial Einaudi, la colección *Microstorie* ahora ya desaparecida como tal<sup>150</sup>.

Uno de los pocos rasgos que claramente tiene en común esta tendencia historiográfica es la convicción de que si el historiador reduce su escala de observación puede aprehender realidades significativas que de otra manera le pasarían inadvertidas en el dato promedio o se considerarían suficientemente descritas<sup>151</sup>. Otro es que son autores que tienen unas aspiraciones teóricas fuertes, en buena medida procedentes de la herencia intelectual gramsciana de la cual toman su concepción inicial de dominación social y cultural; así como un interés preferente por los dominados y marginados. Desde estos presupuestos, lo que les interesa es el margen de maniobra y de libertad, las estrategias seguidas por los individuos o los pequeños grupos familiares u otros, en el seno de las estructuras económicas, sociales y culturales.

Para Grendi (1994), la Microhistoria o el microanálisis «ha representado una especie de ‘vía italiana’ hacia una Historia social más elaborada (y mejor fundamentada teóricamente) en un contexto particular», pero a diferencia de los *Annales* no ha producido nunca un manifiesto ni trazado nunca un programa coordinado de investigación. «Como sucede a menudo, es el hecho de haber renunciado a un compromiso exigente lo que puede explicar por qué una experiencia colectiva ha terminado»<sup>152</sup>.

---

<sup>150</sup> Grendi, en el artículo ya citado de 1994 “Repenser...”, afirma que la empresa colectiva ha terminado y habla de «la heterogeneidad y el carácter profundamente informal del grupo de ‘microhistoriadores» (p. 239).

<sup>151</sup> Así, Levi pudo apreciar en el caso del mercado de la tierra en el Piamonte del siglo XVII, que «el objeto de observación era un mercado complejo en el que las relaciones sociales y personales tenían una importancia determinante» y hacían oscilar muchísimo los precios de tierras de una misma calidad y la forma en que la tierra pasaba de unas manos a otras (*La herencia inmaterial*, 1990, p. 125).

<sup>152</sup> Grendi, E.: “Repenser...”, 1944, pp. 240 y 242.

Se puede adscribir en el haber de esta corriente, ya que no escuela, algunas obras en su momento rupturistas y que se han convertido casi en clásicos. Así *El queso y los gusanos* de Carlo Ginzburg (1976), traducida en el decenio de 1980 a diversas lenguas europeas<sup>153</sup>, en la que se indaga con maestría narrativa en la cosmología y la mentalidad de un molinero heterodoxo de Friuli; o *La herencia inmaterial*, sobre un exorcista en el Piamonte del siglo XVII, de Giovanni Levi (1985)<sup>154</sup>, escrita con un gran bagaje de trabajo sobre el mercado de la tierra.

En el decenio de los 90 la Microhistoria ha llegado en cierto modo a España. Un testimonio de ello sería las referencias a ella en algunas comunicaciones al congreso *Historia a Debate* de 1993: la breve, clara y esquemática contribución de James Amelang<sup>155</sup>, así como la referencia que hace Roger Chartier en su panorámica historiográfica a la obra de Jaime Contreras *Sotos contra Riquelmes* (1992), situándola como un buen testimonio de microhistoria<sup>156</sup>. Y en ese mismo artículo Chartier alude a las importantes diferencias que existen entre los planteamientos por ejemplo de un Levi, que tiene mucho más en cuenta los condicionamientos socioeconómicos y defiende un claro realismo epistemológico, y los de un Ginzburg, más afines al Culturalismo y con mayor propensión al relativismo geertziano.

---

<sup>153</sup> 1976 es el año de la edición original italiana. Traducciones: al francés en 1989; al español en 1981 (Mario Muchnik, Barcelona; 3.ª ed. en 1994); al alemán en 1982; y al inglés en 1986.

<sup>154</sup> Trad. francesa *Le Pouvoir au village*, 1989; trad. cast., Madrid, 1990.

<sup>155</sup> “Microhistory and its discontents: the view from Spain”, en *Historia a Debate*, t. 2, 1995, pp. 307-312.

<sup>156</sup> Chartier, Roger : “L’histoire aujourd’hui: doutes, défis, propositions”, en *Historia a Debate*, t. 1, p. 121. (La edición castellana de esta comunicación aparece en Olábarri, I.; y Caspistegui, F. J. (dirs.): *La “nueva” historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*, Ed. Complutense, Madrid, 1996, pp. 19-48. La obra de J. Contreras *Sotos contra Riquelmes* fue publicada en Madrid por Ed. Anaya/Mario Muchnik (1992). En esta misma línea de interés por la Microhistoria podría ubicarse la publicación de C. Ginzburg “Microhistoria: dos o tres cosas que sé de ella”, en *Manuscripts*, n. 12, pp. 13-43.

## VIII. OTRA VISIÓN DE LA HISTORIA: HISTORIA DE LAS MUJERES, HISTORIA FEMINISTA Y PROBLEMÁTICA DEL GÉNERO

### *VIII.1.INTRODUCCIÓN.*

«La única revolución que cuenta. Georges Duby presentó el quinto y último tomo de su “Historia de las mujeres”». Con estos sensacionalistas titulares, buscaba atraer al lector de *La Vanguardia* el autor o autores (Redacción) de un artículo de la sección de Cultura del 29 de octubre de 1993. En él se informaba de ese hecho y se entreveraban algunas frases de una conversación con el ilustre medievalista de las que derivaba el titular<sup>157</sup>. Probablemente, la revolución protagonizada de forma más o menos silente por las mujeres no será la única del siglo pasado que pasará a la Historia, pero sin duda es una de las más importantes. Y el movimiento feminista o el Feminismo es uno de los pocos “ismos” políticosociales verdaderamente relevantes surgidos en el siglo XX. Aunque desde luego tenga claras raíces anteriores; ahí están, por ejemplo, *La declaración de los derechos de la mujer y de la ciudadana* escrita por Olimpia de Gouges en 1791 o el movimiento sufragista inglés y norteamericano que encontró un aliado intelectual en la obra del liberal John Stuart Mill, el cual denunció *The Subjection of Women* en 1869. Ahora las historiadoras feministas están rescatando del olvido las vidas de sus antecesoras y editando sus escritos<sup>158</sup>.

Pese a esas primeras movilizaciones, no será hasta bien entrado el siglo XX cuando en un buen número de países occidentales la mujer consigue la equiparación en derechos políticosociales con el hombre. En 1975 la ONU consideraba importante declarar ese año como el “año internacional de la mujer” a fin de favorecer la eliminación de toda discriminación contra la mujer, persistente entonces y ahora en numerosos países, incluso en el ámbito del Derecho.

---

<sup>157</sup> Esta *Historia de las mujeres* ha sido publicada por la Editorial Taurus de Madrid.

<sup>158</sup> Así por ejemplo Felicia Gordon y Máire Cross (dirs.) en *Early French Feminisms, 1830-1940. A passion for Liberty* (Ed. Edward Elgar, Cheltenham, Glos, 1996).

Puesto que la historiografía sigue a la Historia, no es extraño que sea en la última centuria, especialmente en los últimos decenios, cuando se ha reclamado, ante todo -pero no únicamente- por las propias mujeres, un mayor protagonismo de estas en la Historia en el doble sentido: como temática específica de estudio y como sujetos, como creadoras/es de una nueva manera diferente de abordar el pasado.

En el XVIII Congreso Internacional de Ciencias Históricas celebrado en Montreal en 1995 la cuestión de “Women, Men and Historical Change” fue uno de los grandes temas, también por la cantidad de participantes. Ello ha significado un hito bien expresivo, para la comunidad internacional de historiadores e historiadoras, de este nuevo papel de la mujer<sup>159</sup>. En ese congreso tuvo sus sesiones una recién creada Comisión Interna del Comité Internacional de Ciencias Históricas: la *Fédération Internationale pour la Recherche d’Histoire des Femmes*<sup>160</sup>.

Apurando la significación del mencionado hito institucional conviene reparar en la asimetría de los títulos utilizados para denominar el tema, tal como puede verse a pie de página. Mientras que en inglés, mejor dicho en el mundo anglosajón, se ha hecho usual el concepto metodológico de *gender* asociado a la Historia de las mujeres, y por eso se incluyó ese término en el antedicho título, no se hizo así en cambio en el título en francés. La razón estriba en que, como ratificó una de las intervinientes en los debates de este tema, en Francia *genre* «ne passe pas du tout»<sup>161</sup>.

Quizás haya que relacionar esta asimetría con la mayor fuerza en el mundo anglosajón de los movimientos y centros institucionalizados de estudios desde la perspectiva feminista. Un claro reflejo de ello puede encontrarse en los lugares

---

<sup>159</sup> Las comunicaciones se encuentran en: *18th International Congress of Historical Sciences. Proceedings: Major Themes*, 2: “Le rapport masculin/féminin dans les grandes mutations historiques / Women, Men and Historical Change: Case Studies on the Impact of Gender History”, Montreal, 1995, pp. 47-107.

<sup>160</sup> La responsable general de las sesiones científicas de esta comisión fue Karen Offen, del *Institute for Research on Women and Gender* de la Universidad de Stanford (California).

<sup>161</sup> Así lo escuché y anoté, pero no podría precisar quién pronunció la frase.

donde se publican revistas especializadas en esta problemática: ante todo los Estados Unidos e Inglaterra<sup>162</sup>.

Mencionaremos otra manifestación de la hegemonía anglosajona en este dominio e, incluso más específicamente, norteamericana: la contribución dedicada a la Historia de las mujeres en el libro compilado por Peter Burke sobre las nuevas perspectivas historiográficas ha sido confiada a una historiadora norteamericana: Joan Scott. Para cuanto sigue en este capítulo nos vamos a apoyar, en buena medida, en sus ideas.

Desde luego, la hegemonía anglosajona no es incompatible con la internacionalidad del fenómeno de la difusión de una Historia realizada con otra mirada, sobre las mujeres, y a veces -aunque yo no considero esta la mejor opción- solamente por las mujeres. Por ello utilizaremos también algunas ideas y referencias surgidas en el ámbito hispánico. Por lo que respecta a Italia, conviene mencionar que, entre otras muchas iniciativas, allí se está editando una colección destinada a estudiar las distintas etapas culturales (Renacimiento y Barroco, por ejemplo) centrando la atención en las figuras prototípicas femeninas de ese tiempo<sup>163</sup>, en paralelismo a los prototipos masculinos tratados en otras obras similares. En esta ocasión, al menos por lo que concierne a la época barroca, las contribuciones, pues se trata de una obra colectiva, no han sido escritas exclusivamente por mujeres.

### VIII.2. LA EMERGENCIA DE LA HISTORIA DE LAS MUJERES Y SU RELACIÓN CON EL MOVIMIENTO FEMINISTA.

En los últimos veinticinco años la Historia de las mujeres se ha convertido en una práctica historiográfica asentada, vinculada con intensidad diversa al

---

<sup>162</sup> He aquí algunos títulos de revistas consolidadas: *Feminist Studies* (Maryland), *Women & History* (Nueva York); *Gender & History* (Oxford, UK - Cambridge, MA) Miembro del Consejo Asesor de esta última es la Prof. de la Universitat de Barcelona Mary Nash, autora también de algunos balances de los estudios sobre las mujeres en España publicados en *Historia Social* (1991, n. 9, y 1994, n. 20).

<sup>163</sup> Por ejemplo, Calvi, Giulia (dir.): *Barocco al femminile*, Ed. Laterza, Roma-Bari, 1991. (Trad. castellana, con un importante cambio de matiz en el título, *La mujer barroca*, Alianza Ed., Madrid, 1995).

movimiento feminista de reivindicación del papel de la mujer en la sociedad. Esta vinculación es, a la vez, evidente y compleja. Evidente, porque es indudable que en muchos casos, probablemente en la mayoría, la extensión de esta práctica o tendencia historiográfica ha estado asociada con la fuerza y la necesidad de legitimación de ese movimiento. Hasta el punto de que, para algunas representantes feministas de la Historia de las mujeres, ésta implica necesariamente un compromiso político con el Feminismo y con la denuncia de la dominación masculina. Esta es la posición que sostuvo, por ejemplo, en el congreso de *Historia a Debate* en 1993 Cristina Segura<sup>164</sup>.

Pero la asociación entre Historia de las mujeres y Feminismo es al mismo tiempo compleja porque -pensamos que Joan Scott tiene razón al afirmarlo- se ha dado un creciente distanciamiento entre el trabajo académico y el compromiso político. La Historia de las mujeres se ha ido complejizando y diversificando y cobrando una cierta autonomía. No es, ni mucho menos, un mero reflejo de la política feminista extraacadémica. A fines del siglo XX -en analogía con lo que sucede acerca del Marxismo- más que de Feminismo, en singular, procede hablar de feminismos en plural por las distintas orientaciones político-historiográficas que, a partir de unas pocas ideas comunes básicas, ha ido tomando la práctica de la Historia de las mujeres y en favor de las mujeres<sup>165</sup>.

Ciertamente, la asociación entre Historia de las mujeres (como temática) y el compromiso feminista preconizado por algunas líderes puede suponer los riesgos de caer en unas ideas preconcebidas nocivas, como serían las de una Historia bien en clave única de victimismo (al considerar el papel de la mujer a lo largo del tiempo bajo la dominación masculina) o bien en clave triunfalista (magnificando la presencia de la mujer en el pasado)<sup>166</sup>.

---

<sup>164</sup> Su intervención se halla recogida en el vol. 2 de sus actas, *El retorno del sujeto*: “Algunas cuestiones a debatir sobre la historia de las mujeres”, Santiago de Compostela, 1995, pp. 285-297.

<sup>165</sup> Judith P. Zinsler, en *History & Feminism. A Glass Half Full* (Ed. Twayne, Nueva York, 1993, p. viii), dice: “There are feminisms, but no single monolithic feminism”.

<sup>166</sup> Para una exposición más matizada y completa de estos *caveat* remitimos al artículo de C. Segura ya mencionado.

Joan Scott ha propuesto analizar la compleja y ambigua evolución de la Historia de las mujeres mediante un concepto que nos parece importante y logrado: el de “la lógica contradictoria del suplemento”, que le ha sido inspirado por unas palabras de la escritora Virginia Woolf (*Una habitación propia*, 1929). Esta especie de contradicción que conlleva la aparición de la Historia de las mujeres respecto a la Historia establecida (de protagonismo y hegemonía masculina) puede resumirse así: «El proyecto de la historia de las mujeres comporta [...] una ambigüedad perturbadora, pues es al mismo tiempo un complemento inofensivo de la historia instituida y una sustitución radical de la misma»<sup>167</sup>.

La Historia de las mujeres puede entenderse simplemente como una Historia a la que se ha(n) añadido un(os) tema(s) más, sin que esto implique trastocar los criterios y enfoques anteriores ya establecidos como objetivamente válidos. O puede entenderse, y ahí radica su potencialidad desestabilizadora o su alternatividad, como otra mirada. Otra mirada u enfoque que cuestiona los criterios anteriores de investigación, de priorización de la *his-story* frente a la *her-story*. En el fondo, esta segunda manera de entender la Historia de las mujeres puede llegar a poner en duda «tanto la suficiencia de cualquier pretensión de la historia de contar la totalidad de lo sucedido, como la integridad y obviedad del sujeto [protagonista y objeto de estudio] de la historia»<sup>168</sup>. Así pues, esta es una actitud que conlleva la reformulación de una pregunta capital: ¿cuál es la relación del historiador (o historiadora) con los temas de los que escribe? Una pregunta importante, desde luego, no solo respecto a la dimensión sexual de toda persona (la pertenencia a un género), sino también respecto a otras dimensiones grupales que nos condicionan (cultura, religión, etnia, clase...).

En cualquier caso, y una vez expuesto este enjundioso concepto interpretativo empleado por Joan Scott, añadimos por nuestra parte que la relación femenino/masculino puede ser abordada no sólo desde esa lógica del suplemento,

---

<sup>167</sup> Scott, Joan: “Historia de las mujeres”, en Burke, P.: *Formas de hacer historia*, 1993, pp. 59-89. La cita concreta anterior está en la p. 69.

<sup>168</sup> Scott, J.: “Historia de las mujeres”, p. 72.



sino también desde la lógica (o la antropología filosófica) del complemento. Según ésta, la persona femenina y la persona masculina además de ser diferentes, en algún sentido profundo y existencial, son también complementarias y, sin duda, iguales en su dignidad compartida de personas de la que dimanar unos mismos derechos cívicos<sup>169</sup>.

En la práctica hegemónica en la Historia de las mujeres, en general, como hemos ya mencionado, ha habido un fuerte compromiso con esta categoría de “mujeres”. El foco central de ellas ha sido el antagonismo binario hombre-mujer en que el hombre, mediante un sistema de patriarcado, habría dominado siempre. Es a ese patriarcado al que se atribuía la opresión y la falta de visibilidad de la mujer en la Historia, sin que en esa práctica dominante de la Historia de las mujeres se enfatizara mucho las otras variables (clase, raza, cultura) que podían cuartear la conciencia unitaria de la mujer.

A fines de los 70, la disciplina de la Historia de las mujeres estaba establecida ya en algunos centros pioneros. Entonces, razones endógenas y exógenas a la disciplina, exigieron profundizar en la categoría de mujeres y teorizar sobre la diferencia sexual en sí misma y en relación también a otras diferencias. La categoría metodológica básica para pensar y verificar históricamente la diferencia sexual fue la de género, procedente en parte de la teoría lingüística y en parte de las aportaciones sociológicas. Esta categoría es un instrumento para analizar, comparativamente y relacionadamente, la realidad femenina. En un tiempo y contexto dado, se considera esta realidad en relación con la situación de los hombres de ese mismo medio<sup>170</sup>. Y ello porque lo que interesa no es la mujer abstracta e intemporal, sino la realidad plural y cambiante de las mujeres. «El género, como práctica metodológica, lleva a establecer la realidad social, con lo que se profundiza en la historia de las mujeres y se contribuye a un avance de la historia en general»<sup>171</sup>. Las teóricas del Feminismo

---

<sup>169</sup> Esta interpretación no es únicamente mía. La terminología de que me apropio y en la que me parece que se puede reflejar bien, *persona femenina*, *persona masculina*, la he tomado del libro de Blanca Castilla de título homónimo (Ed. Rialp, Madrid, 1995).

<sup>170</sup> Scott, Jean Wallach: “Gender: A Useful Category of Historical Analysis”, en Scott, J.W. (dir.): *Feminism & History*, 1997, pp. 152-181.

decidieron insistir en las connotaciones sociales del género para subrayar más el aspecto relacional que tenía este concepto, y primaron las connotaciones sociales y culturales frente a las connotaciones físicas de la palabra “sexo”.

En los Estados Unidos, país pionero en la Historia de las mujeres, los debates político-teóricos de los años 80 en torno a la “identidad” (de raza, de opción sexual, religiosa, de clase, etc.) hicieron más problemática una categoría y una identidad unitaria de mujeres, incluso considerando un mismo tiempo histórico. Era preciso reconocer la realidad diferenciada de mujeres de color, judías, pobres, lesbianas, etc. respecto a la mujer WASP heterosexual<sup>172</sup>. Se hacía necesario dar un énfasis cada vez mayor a la conceptualización de la diferencia, en general, y no solamente del género<sup>173</sup>. La propia categoría de género se volvía más problemática en lo que respecta a su legitimación y aplicación práctica. Por otra parte, el giro general culturalista e incluso lingüístico de la historiografía planteaba nuevos retos.

Frente a esta problemática se ha propuesto distinguir entre dos actitudes o corrientes teóricas: una de ellas más basada en el enfoque sociológico estructuralista y otra que pone más énfasis en la construcción cultural de la identidad.

La primera de estas opciones problematiza menos las identidades separadas de hombres y mujeres, que han correspondido a roles sociales distintos. Por lo demás, en esta aproximación se da por sobreentendida y no se cuestiona la correspondencia entre categoría socio-sexual y las identidades subjetivas de hombre y mujer; aunque se reconoce que existen otras variantes sociales objetivas que influyen en esta identidad. Con esta aproximación teórica, parece más fácil preservar una conciencia o identidad unitaria femenina en la que basar una

---

<sup>171</sup> Segura, C.: “Algunas cuestiones...”, en Actas del I Congreso “Historia a debate”, vol. 2, p. 301, 1995.

<sup>172</sup> En Scott, J.W. (dir.): *Feminism & History*, 1997, una historiadora de color (“black woman”) llamada Higginbotham, Professor at Harvard University, habla de las limitaciones de la teoría feminista por lo que respecta a la incorporación de la raza en el análisis.

<sup>173</sup> En la introducción de J.W. Scott (dir.) a *Feminism & History*, 1997, el término conceptualizador analítico capital es “Difference”, no “Genre”.

decidida y correcta acción política y reivindicativa. Este enfoque teórico ha reclamado que es el único que puede fundamentar una acción política eficaz.

Frente al enfoque anterior, algunas feministas, en consonancia con el giro lingüístico-cultural de la Historia en el último decenio, han problematizado el proceso de construcción de la identidad femenina. Han pasado de la comprobación de ese antagonismo dicotómico (hombre/mujer) como un hecho dado y una oposición preexistente, al estudio de la construcción cultural del significado de hombre y mujer. Para esta aproximación, la hegemonía masculina ha de entenderse en función de procesos discursivos que producen diferencias (y subordinaciones)<sup>174</sup>.

Al insistir más en la contextualización y en la variabilidad histórica de la identidad femenina, este enfoque más cultural y postestructuralista queda expuesto a las críticas de las feministas contrarias, que lo han denunciado como una teoría abstracta, elitista y masculinista. Así pues, parece que, tal como habíamos escrito antes, resulta más ajustado a la realidad hablar hoy de feminismos en plural que de Feminismo en singular, a la hora de tratar de la Historia de las mujeres y de su conexión con la acción políticosocial.

En realidad, tanto para unas como para otras tendencias de la Historia de las mujeres se plantea muy seriamente un problema: ¿cómo escribir una Historia de las mujeres de forma coherente sin una noción fija y compartida de lo que ellas son?

Pero con unos enfoques u otros, por encima de los matices o contraposiciones teóricas se impone la constatación de que la presencia y la visualización de las mujeres en la Historia ha aumentado en los últimos años en gran medida<sup>175</sup>. Buena parte de los estudios se centran o bien en las antecesoras

---

<sup>174</sup> Para una exposición más completa y precisa de estos debates, véase Scott, J.: "Historia...", pp. 81 y ss.

<sup>175</sup> En estrecha relación con este hecho hay que señalar el incremento de los cursos universitarios de historia de las mujeres en el último decenio (Un balance estadístico comentado, para el caso de España, en Segura, Cristina: "La docencia de la historia de las mujeres en la universidad española", en Barros, C. (ed.), *Historia a Debate*, t. III, *Actas del II Congreso Internacional "Historia a Debate"*. La Coruña, 2000, pp. 181-188.) También, el surgimiento de algunas iniciativas editoriales como la Colección "Feminismos", dirigida por Isabel Morant. En esta colección, justamente ha aparecido la ed. española de otro importante libro de Natalie Z. Davis, *Mujeres de los márgenes. Tres vidas del siglo XVII*. Madrid, Cátedra, 1995.

del Feminismo, por su actitud o sus logros. Otros estudios, sin embargo, abogan por estudiar las experiencias de las mujeres más representativas de cada época; también de las que estaban lejos de las actitudes feministas actuales. El estudio dirigido por Calvi sería un buen ejemplo. En él, Gabi Jancke-Leutzsch escribe que «es importante que el estudio de la Historia de las mujeres y del género en sentido amplio, no preste atención sólo a las figuras excepcionales y revolucionarias, sino también a las mujeres corrientes, incluidas las que vivieron en órdenes religiosas»<sup>176</sup>. Por otra parte, hasta qué punto las historias de hombres y mujeres pueden entrelazarse con maestría, tensión dramática y una perspectiva femenina, nos lo demuestran obras tan emblemáticas como *El regreso de Martin Guerre* de Natalie Z. Davis. En ésta, Bertrande de Rols, la esposa del personaje que da título al libro, es una coprotagonista, quizás la gran protagonista, por la empatía que la autora ha mostrado hacia ella.

\*\*\*\*\*

La Historia, tomando en préstamo una metáfora de Domenach, ya no se parece a ese río que corría hacia nosotros, sino que está constituida por arroyos y estanques que se extienden en todas direcciones. Quizás –añado yo- lo que necesitemos para recuperar una cierta visión abarcante de la historia, por encima de esa aparente fragmentación, sea tener más perspectiva temporal y espacial y recuperar la conciencia del núcleo de nuestra común dignidad humana. Entre 1989/91 y 2001 ha terminado una época, de ello no tengo ninguna duda, pero los rasgos fundamentales y unificadores de la sociedad que se está fraguando en los inicios del siglo XXI (cibersociedad globalizada y que parece carente de unos criterios consensuados de gobernabilidad) es probable que sólo los percibamos de manera clara retrospectivamente al cabo de unos años o decenios. En cualquier caso, los historiadores seguiremos teniendo un compromiso intelectual y cívico con la verdad, la libertad y la solidaridad para tratar de iluminar, desde el largo rodeo del tiempo, nuestra condición humana. Seguiremos escribiendo historias en pos de la Historia.

---

<sup>176</sup> Calvi, G. : *La mujer...*, p. 111. Este libro me parece, en el ámbito de la Historia de las mujeres, un buen testimonio de la tendencia hacia la Historia antropológico-existencial a través de la narración de las experiencias vitales.